

ANDRÉ MAUROIS
**BERNARDO
QUESNAY**



Entre las novelas de Maurois, una de las más típicas es *Bernardo Quesnay*. En ella enfoca un problema de la industria moderna del enriquecimiento de la postguerra. Se trata de una familia de fabricantes, cuyos miembros se ven disputados por necesidades domésticas y por exigencias de la riqueza. Maurois logra, a través de tal disputa, magníficos efectos. Y ratifica, una vez más, sus dotes de observador agudo y narrador galano, que le son características.

OceanofPDF.com



André Maurois

Bernardo Quesnay

Áncora & Delfín - 25

ePub r1.1

Titivillus 23.12.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Bernard Quesnay*
André Maurois, 1926
Traducción: Rafael Vázquez-Zamora

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

El escritor francés de origen judío Emile Herzog (conocido por el seudónimo de André Maurois) nació en Elbeuf en 1885 y murió en 1967 en París. De familia industrial procedente de Alsacia, hizo sus estudios en Rouen, donde tuvo por profesor de filosofía a Alain. Durante la I Guerra Mundial desempeña el cargo de intérprete en el Estado Mayor inglés, situación que le facilita material para su primera novela: *Les silences du colonel Bramble* (1918), de fulminante éxito. Cuatro años más tarde repite la experiencia con *Les discours du docteur O'Grady*, sabrosa obra confeccionada sobre una detallada observación de las costumbres británicas. Maurois nos ha legado una serie de elegantes novelas de sutil psicología: *Bernard Quesnay* (1926), *Climats* (1928), *Le cercle de famille* (1932), *Terre promise* (1947), *Les roses de Septembre* (1957); relatos de anticipación: *La machine à lire les pensées* (1937), *Les mondes impossibles* (1947); ensayos: *Aspects de la biographie* (1928), *Alain* (1949), y, sobre todo, brillantes biografías: *Ariel ou la vie de Shelley* (1923), *Vie de Disraeli* (1927), *Byron* (1930), *Chateaubriand* (1938), *Proust* (1949), *George Sand* (1952), *Hugo* (1955), *Les trois Dumas* (1957).

Miembro de la Academia Francesa desde 1938, Maurois, cuya anterior relación de obras no es, con mucho, exhaustiva, permanecerá siempre como ejemplo de hombre de letras culto, sagaz e inteligente, creador, junto a Stefan Zweig y Emil Ludwig, de un nuevo género literario: la biografía novelada.

Bernard Quesnay pertenece de lleno al ciclo de novelas psicológicas. La acción se sitúa en una pequeña ciudad normanda en 1919. El protagonista —que da título a la obra— es el heredero de una dinastía de fabricantes textiles. Tras la guerra, debe afrontar la responsabilidad que lleva aparejada

el ser jefe de la empresa. Además, el ambiente provinciano le ahoga, después de haber conocido el brillo de la capital. En resumen, una obra autobiográfica —más en el ambiente que en la trayectoria—, matizada maravillosamente por la extraordinaria sensibilidad de Maurois, y a la que muchos críticos han considerado la mejor de sus novelas.

OceanofPDF.com

I

—*Monsieur Aquiles* —dijo el notario—, cuando ustedes quieran.

—Señor Pelletot, puede usted empezar.

El notario se ajustó los lentes y comenzó su cometido:

«—*En este día, quince de marzo del año mil novecientos diecinueve, ante Maître Pelletot, Alberto-Amadeo, notario de Pont-de-l'Eure, han comparecido:*

»*Aquiles Quesnay, fabricante, domiciliado en el castillo de la Cruz de San Martín, en Pont-de-l'Eure;*

»*Camilo-María Lecourbe, caballero de la Legión de Honor, fabricante de Pont-de-l'Eure;*

»*Antonio-Pedro Quesnay, fabricante de Pont-de-l'Eure;*

»*Y el teniente Bernardo Quesnay, movilizado actualmente en el 15.º Batallón de Cazadores;*

»*Los cuales han establecido del siguiente modo las cláusulas y condiciones de la Sociedad regular colectiva que han decidido constituir entre ellos, bajo la razón social “Quesnay y Lecourbe”, y que tendrá por objeto la fabricación y venta de tejidos de lana.»*

Bernard Quesnay contempló la escena con ojos de aficionado a la pintura.

Frente a él, el rostro de su abuelo —rosa vivo bajo los cabellos blancos— se destacaba sobre el sombrío tapiz con la nítida brillantez y el contorno de un Holbein. A la derecha y a la izquierda del anciano, respectivamente, su yerno Lecourbe y el mayor de sus nietos, Antonio, personajes secundarios y velados de sombra, escuchaban con resignación el mamotreto

del notario. El monótono batir de los telares de la fábrica comunicaba a las facciones y manos un temblor, una vibración mecánica que prestaba a estos tres hombres la pasiva apariencia de las máquinas.

«El fallecimiento de uno u otro de los socios no implicará la disolución de la Sociedad, que continuará de pleno derecho entre todos los socios sobrevivientes, sin que la viuda o los derechohabientes del socio difunto puedan aspirar más que a las cantidades inscritas a cuenta de aquél en el inventario precedente.»

—Sí que es un tema agradable —pensó Bernardo—; sólo se habla de nuestra muerte... Pero el fuego sagrado tiene que arder eternamente bajo las calderas de la familia. Este notario acumula precauciones para asegurar la perduración del culto. ¿Qué haría el abuelo Aquiles si supiera que había de morir mañana? Seguramente dictaría la correspondencia y prepararía su liquidación...

«La presente Sociedad se constituye por una duración de veinte años, que se comenzarán a contar a partir del primero de julio de mil novecientos diecinueve. En caso de liquidación anticipada...»

—Maitre Pelletot es el capellán de mi abuelo... Ya tenemos asegurados veinte años de paz con los dioses... y yo, amarrado veinte años a este oficio. ¿Hago bien?

«—... Otorgado en Pont-de-l'Eure, en el domicilio social de la Empresa, a quince de marzo del año mil novecientos diecinueve...»

—Comprar lana, vender lana... Ésa será mi vida, esta vida mía breve y única... Dentro de veinte años habrá terminado el juego, habré perdido toda esperanza de aventuras, y se habrá evaporado toda posibilidad de dicha. Recorreré, cada mañana, los talleres; por la tarde, en el despacho, dictaré: «En respuesta a su estimada...» Y lo más terrible es que ya no me dolerá hacerlo... Después de todo, ¿quién me obliga a firmar?

Lo envolvió una densa melancolía. Tornó a decirse:

—Mi vida breve y única. ¡Dios mío! ¡Qué feos son esos ventanales! Y las paredes, cubiertas con esta tela azul ribeteada de rojo; qué horroroso... Sin embargo, tengo que prestar atención. Comprometo mi vida entera en este acto y no consigo que me interese. Mi tío Lecourbe es de lo más ridículo. Hasta cuando está inmóvil, se da importancia.

«—... Y, una vez verificada su lectura, lo han firmado los comparecientes, así como el notario.»

La voz del señor Pelletot subió de tono al pronunciar la última frase, como se eleva la gama de las últimas gotas de agua que repletan un jarro. Se levantó.

—Señor Bernardo, permita a este viejo amigo de su familia felicitarle por su entrada en una Empresa que no ha cesado de prosperar y desearle el buen éxito que tanto merece y que siempre sonrió a su abuelo y al pobre de su padre de usted.

El anciano estaba ya sentado, para firmar el acta, en el sillón donde lo había estado el notario.

El señor Lecourbe, amable y solemne mientras se acariciaba su barba cuadrada, quiso explicarle a Pelletot la situación económica del momento. Como gran lector de revistas financieras, edificaba, sobre estadísticas movedizas, unas teorías que en seguida se le agrietaban. La deslumbrante evidencia de sus errores no restaba autoridad a sus profecías.

—Las industrias —dijo— van a pasar por un largo período de prosperidad. Esto ocurre después de todas las grandes guerras. Lo mismo que en 1815 —y que en 1871— son inmensas las necesidades de la mutilada Europa.

—Inmensas —aprobó el notario, que se miraba tristemente las mangas abrillantadas de su levita.

—Los economistas más distinguidos —dijo Lecourbe acariciándose la barba— predicen que este período de las vacas gordas durará por lo menos treinta años. Piense usted, *maître* Pelletot, que habremos de reconstruir las regiones devastadas de Francia, Bélgica e Italia, sin contar Austria y Rusia. Nunca se han visto las actividades humanas ante una tarea como ésta.

Bernardo y su hermano Antonio se miraron, sonriendo. Les divertía la elocuencia del señor Lecourbe por el ropaje científico de su incoherencia. En la familia eran célebres sus «hasta cierto punto y en cierta medida», y sus «a este respecto y en otro orden de ideas». Los Quesnay, raza ruda y silenciosa, se asombraban de haber podido acoger a este charlatán.

—Los stocks de lana —continuó el señor Lecourbe— han sido agotados por los pedidos militares. En el Japón...

Aquiles Quesnay oía impaciente este inútil palabreo. Su huesuda mano, poblada de vello, esbozó unos giros rápidos, poniendo en marcha una máquina invisible. Ante tan ruda señal, al serles recordados repentinamente los derechos del engranaje sobre el hombre, desaparecieron en seguida su yerno y sus nietos, como si un cable poderoso hubiera tirado de ellos hacia la fábrica.

II

Aquiles Quesnay, anciano de setenta años, riquísimo, se dedicaba a la industria como se dedican al golf los viejos ingleses: con devoción. A la pregunta de su nieto «¿Qué objeto tiene pasarse esta vida, tan breve, fabricando telas?» hubiera contestado seguramente con esta otra: «¿Qué objeto tiene vivir sin fabricarlas?» Pero, para él, cualquier conversación que no tratase de la técnica de su oficio, era tan sólo ruido sin importancia.

Descendiente de unos labradores que se habían hecho tejedores en tiempos del primer Imperio, le quedaba al señor Quesnay, de este origen campesino, una violenta necesidad de trabajar y una desconfianza increíble. Sus máximas asombraban por su salvaje desprecio hacia los hombres. Decía: «Todo negocio que me propongan, es malo; pues si fuera bueno no me lo propondrían.» Y también esto: «Lo que no haga uño por sí mismo, nadie va a hacerlo.» «Todos los informes son falsos.»

La brutalidad de sus respuestas aterrorizaba a los viajantes en lanas, cuyas manos temblaban cuando abrían ante él sus paquetes azules. No admitía que fuesen virtudes compatibles la amabilidad y la solvencia. Si un cliente era adulador, le cortaba el crédito. En cuanto a los extranjeros —a quienes llamaba «los exóticos», sin establecer distinción alguna entre europeos y neocaledonios— se negaba rotundamente a negociar con ellos.

Como todos los grandes místicos, Aquiles Quesnay llevaba una vida austera. Según él, el primer indicio de la indigencia era el lujo. De las mujeres sólo veía las telas en que se envolvían. Dicho por él, eso de «Estoy palpando su vestido de usted, y noto lo muelle que es la tela» hubiera resultado ingenuo y sin segunda intención. Desmejoraba en cuanto se veía privado del cliqueteo de sus telares. Sólo envejecía los domingos y unas vacaciones lo habrían matado. Sus dos únicas pasiones eran el amor por

«los negocios» y el odio que profesaba a Pascual Bouchet, su colega y competidor.

Los tejados, rojos y elevados, de las fábricas de Quesnay, dominaban el burgo de Pont-de-l'Eure, como domina una fortaleza la región a la cual protege. En Louviers, pueblo que distaba sólo algunas leguas, alineaban sus naves tortuosas las «Fábricas Pascual Bouchet», a orillas del Eure.

Frente a la industria imperial de los *cartels* alemanes, esta industria francesa de anteguerra seguía siendo feudal y belicosa. Desde sus fortalezas vecinas, ambos fabricantes del Valle se hacían una guerra de precios y ansiaban lograr con ella el exterminio del enemigo.

Un negociante que dijera a Aquiles: «Bouchet vende más barato», le hacía bajar los precios al momento. Un contraamaestre del señor Bouchet que anunciara: «Me solicitan los Quesnay», conseguía que le aumentaran el sueldo a fin de mes. Esta lucha salía muy cara a los dos casas enemigas. Pero Pascual Bouchet, parecido en esto a su rival, consideraba la industria como un deporte guerrero y hablaba con orgullo de los golpes recibidos en las campañas de la temporada.

—¡Pascual! —decía el señor Quesnay después de cada inventario—. Ese Pascual es un loco que se arruinará de aquí a dos años.

Lo venía diciendo desde hacía treinta y cinco años.

El señor Bouchet disimulaba mejor la violencia de sus sentimientos. Más joven y mucho menos rústico que su enemigo hereditario, tenía la sólida cultura clásica característica de los burgueses de Francia hacia fines del segundo Imperio y solía compararla con el añil, sin el cual carece de solidez todo tinte. Sus discursos, siempre adornados de citas latinas, y su porte majestuoso, lo habían hecho nombrar presidente de la Cámara de Comercio de Pont-de-l'Eure. Vivía bien, había comprado el encantador castillo de Fleuré —construido para Inés Sorel—, poseía cuadros y hermosas ediciones, y cazaba con los hidalgueros del Valle, gustos frívolos condenados por su austero rival. Su hija mayor, Elena, se había casado con el conde de Thianges, diputado por Pont-de-l'Eure.

A pesar de ellos, la guerra había acercado a Aquiles y Pascual. En 1917, contrajo matrimonio Francisca Pascual-Bouchet con Antonio Quesnay —

herido y licenciado por ello—, revolución diplomática más sorprendente que la que alió Francia e Inglaterra tan pocos años después de Fachoda.

Desde su reconciliación, los dos ancianos se habían pasado sus largas vidas esforzándose pacientemente en arruinarse el uno al otro; no concebían placer más grande que el de reunirse por las tardes en casa de sus chicos y charlar sobre los tiempos heroicos. Hundidos en profundos butacones, cada uno a un lado de la chimenea, reanudaban el relato de sus luchas textiles en cuanto habían comentado —con bastante brevedad— el parte de guerra.

—¿Se acuerda usted, *monsieur* Pascual, de aquellas franelas blancas que le vendió a Delandrea quince céntimos menos del precio de coste?

—¡Claro que sí! Tenía prisa ese día y se me olvidó contar la hilatura... Pero, ¿y usted, *monsieur* Aquiles, quiere explicarme cómo podía usted hacer aquel abrigo de cinco francos, del que se llevaba Roch paquetes tan grandes?

—No podía; perdía dinero. Pero, ¿verdad que usted se fastidiaba? Eso pensaba yo.

El señor Quesnay se frotaba las manos mientras contemplaba la imagen retrospectiva del furor de Pascual Bouchet. Éste se reía dignamente, con su hermosa barba blanca. Cada uno de ellos, al oír cómo describía el adversario de antaño el aspecto —hasta entonces invisible para él— de los acontecimientos que tan intensamente lo habían apasionado, sentía la viva satisfacción intelectual que experimentarían —después de firmada la paz— dos jefes enemigos, pero que se estimaran, al hacerse visitar mutuamente sus sistemas de atrincheramiento; y el recuerdo de los días difíciles consolaba un poco a estos burgueses de la insulsa prosperidad de una industria sin competencia.

III

El batir de los telares animaba el aire con una leve vibración. Por la ventana abierta se veían, por cima de la vaporosa corona de los tilos, los largos tejados —color naranja— de la fábrica. La bruma azulenca de las mañanas normandas flotaba sobre el jardín de *los* Antonio Quesnay. Bernardo se desabrochó su alma militar. Le encantó la elasticidad del traje civil.

—¡Qué tiempo! —murmuró al vestirse—. No estaría mal montar a caballo y saltar algunas zanjás.

La guerra lo había sorprendido a los veinte años; y, después de siete de servicio, tenía la impresión de no poder ser ya nunca un verdadero Quesnay. Se había acostumbrado a considerar como camaradas, o jefes, a los seres en quienes su abuelo vio siempre sólo proveedores, clientes u obreros; y por eso los clasificaba ahora según el valor o la inteligencia que demostraban, y no —como corresponde a un Quesnay— por su crédito o su trabajo. A veces —olvidando que el hombre ha sido creado para comprar, llevar y vender telas— incluso se ponía a envidiar la estudiosa ociosidad de los acaudalados *amateurs* del arte.

En el 1.º de Cazadores había escogido como amigo más íntimo a un joven escritor —que entonces era sargento, como él— y había pasado en el piso que este Delamain ocupaba en París, un permiso breve y delicioso. En una habitación encalada amueblada con una silla y un lecho-jaula, pudo disfrutar los vivos placeres de la pobreza voluntaria. Delamain le había hecho leer a Stendhal, lectura muy peligrosa para un Quesnay, porque con ella se aprende a odiar el aburrimiento.

—Si tuviera voluntad, o sólo sentido común —pensó mientras se hacía el nudo de la corbata— anunciaría esta misma mañana mi marcha a mi

abuelo Aquiles e iría a instalarme a París. Estudiaría allí matemáticas e historia, practicaría la esgrima, montaría a caballo y vería a Simona todos los días.

—¡Bernardo! —llamó desde el jardín una voz de mujer.

Se asomó a la ventana y vio a su joven cuñada en el césped soleado.

—¿Cómo se ha levantado tan pronto, Francisca?

—¿Tan pronto? Pero ¡si son las diez!... El abuelo Aquiles va a comérselo a usted vivo. Antonio salió hace ya tiempo... *Come down and have hreakfast with me*^[1]... Le tengo preparado *haddock*; sé que es su debilidad.

—*But how nice of you*, Francisca!^[2] Estaré listo en un instante.

Terminó muy pronto de arreglarse y se reunió con ella en el comedor.

—Es estupendo: el mantel vuelto a teñir y encuadrado de violeta, esa *corbeille* de glicina y acacia... Tiene usted un gusto delicioso.

—El gusto Pascual-Bouchet —dijo ella en alegre reto.

Era cierto que había llevado a la familia Quesnay, insensible hasta entonces a las cosas bellas, el gusto de los Pascual-Bouchet tan alabado por los anticuarios de Évreux y Nonancourt.

Bernardo admiró la rusticidad del artesonado, el techo de vigas negras y blancas, la amplia ventana que daba al jardín, florido... Allá, muy al fondo de sus pensamientos, protestó un antepasado Quesnay —minúsculo, casi invisible— contra la excesiva perfección de este decorado.

—No se fija usted en lo más hermoso, Bernardo... Mis planchas policromadas... Admírelas.

—Ya las admiraré más tarde... Tiene usted razón, se me ha hecho tardísimo.

Se tomó de un solo trago el té de su taza, bajó de un salto los seis peldaños de la escalinata, salió galopando como un chico por el prado que descendía hasta el pueblo y la fábrica, y sólo reasumió el paso normal cuando estuvo a unos diez metros de los establecimientos Quesnay y Lecourbe.

En el despacho lo recibió el señor Aquiles Quesnay mirando el reloj; mudo reproche. El señor Lecourbe, acariciándose su barba cuadrada y

grisácea de presidente Carnot, tendió al militar «exclaustrado» el correo de la mañana.

—Los negocios —le dijo— se le presentarán a usted brillantes y fáciles.

—Demasiado fáciles —refunfuñó el abuelo.

Bernardo, repasando distraídamente las cartas esparcidas ante él, vio cómo imploraban humildemente todos los pueblos de la tierra el favor de comprar. En los pedidos de los «exóticos» había escrito el señor Aquiles con lápiz azul: «No contestar».

Bernardo se entretuvo en adivinar la psicología de aquellos desconocidos a través de la tipografía de las cabeceras. Había un papel de pequeño formato cuya discreta elegancia lo intrigó.

—¿Quién es Juan Vanekem, «gentilhombre y comerciante»?

—¿Vanekem? —dijo con orgullo el señor Lecourbe—. Pues un primo segundo mío. Montó en 1916 un negocio de representaciones y hoy ocupa un edificio entero en la calle de Hauteville. ¡Es un muchacho de admirable inteligencia! Tiene un despacho inmenso: ¡un despacho, amigo mío, tan grande como el Círculo de aquí!

Bernardo, en pie cerca de la ventana, observaba a cuatro hombres que cargaban —en el patio enfangado— un montón de piezas en un camión. Como no sabían que los miraban, holgaban un poco. Pero uno de ellos vio a los patronos, pronunció unas palabras en voz baja y el grupo recuperó su actividad y tristeza habituales. Bernardo suspiró:

—¿Y las relaciones con los obreros? —preguntó.

—Excelentes —dijo el señor Lecourbe acariciándose la barba con satisfacción.

El viejo Quesnay, poniendo en marcha con un giro de muñeca su máquina invisible, dirigió a sus nietos hacia los talleres.

El largo patio de la fábrica estaba jalonado por toneles de aceite, balas de lana, cajas de hilos... En los talleres, volvió a hallar Bernardo los olores que le eran tan familiares en su infancia: olor intenso a lana grasienta, olor desvaído del vapor húmedo. Los rostros familiares que encontraba le fueron evocando, con una rapidez que le sorprendió, los nombres que olvidara durante siete años.

—¡Hombre, Quibel! ¿Cómo es que cojea usted?

—Sí, señor Bernardo, desde la Somme... Cuando me sacaron la bota izquierda, se llevó el pie consigo.

—¿Y usted, Heurtematte?

—A mí me licenciaron después de los Dardanelos.

—¡Ah!, ¿sí? Los Dardanelos serían un infierno, ¿eh?

—No tenía maldita la gracia. Pero El Cairo sí que es una ciudad bonita. ¿No lo conoce usted? Mujeres, como las de París.

Atravesando la hilandería, donde los grandes telares maniobraban suavemente con sus amplios mantos de hilos blancos, llegaron a la sala de las cardadoras, en la cual un centenar de mujeres, sentadas ante mesas muy alargadas, arrancaban con cardas las pajuelas y los «tapones» de la lana. Allí, las obreras más antiguas y leales dieron alegremente la bienvenida a Bernardo.

—¡Señora Petitseigneur! ¡Señora Quimouche! ¿Siguen ustedes bien?

—¡Ah, si es el señor Bernardo! Señor Bernardo, ¿está usted de vuelta?

—Señoras, parece que ese género no tiene muy buena cara.

—¡Natural que no! Mal material nos dan, señor Bernardo; mala cosa. Lo que nos haría falta es material de antes de la guerra. Todo lo que hacen ahora es de pacotilla.

Por detrás de estas señoras —ya través de la ventana, inclinada como el muro— se veían los tejados rojos de la fábrica, el agua verde de los depósitos, el río —pincelada azul viva que relucía por entre los álamos plateados— y, más allá, las suaves curvas de las colinas violeta. El edificio era alto, y el movimiento de los telares comunicaba al observador un balanceo que hacía bailar al paisaje.

IV

Aquiles instaló a su nieto en su despacho particular, antro oscuro, atestado de centenarios registros, y le confió la tarea de comprobar unos precios de coste. Un profano no hubiera visto en estos cálculos —que son los ritos más secretos de la magia industrial— sino unos problemas vulgares; en cambio, los iniciados sabían la parte que desempeñaba en ellos la inspiración poética. Sólo el genio de los Quesnay podía dictarle a Aquiles —en una especie de delirio sagrado— la súbita decisión de olvidar sus gastos generales para quedarse con una contrata ansiada por Pascual Bouchet, o aumentar su precio de hilatura, hasta extremos disparatados, para librarse de la peligrosa solicitud de los «exóticos».

Pero, Bernardo, novicio sin vocación, no se daba cuenta de la grandeza de su ministerio. Frente a él le tapaban el horizonte los ladrillos cochambrosos de un largo pabellón plagado de ventanas. Sobre el traqueteo de los telares, siempre perceptible en el aire móvil, bordó el comienzo de la *Pastoral*. Luego, meneando la cabeza, volvió a sumirse en el trabajo:

—12 kilos de urdimbre a 56 francos... 672 francos...; 14 kilos de trama a 27 francos... 378 francos... Hilatura: 82.000 duchas a... ¿a cuánto?

Tarareó la *Ronda de los campesinos*.

—Y serían capaces Delamain y sus amigos de decir que tengo mal gusto. ¿Qué puede importarme que Beethoven se repita si me agrada lo que repite? Lo que ocurre es que esto les resulta demasiado sencillo... También yo comprendo a Stravinsky, pero eso no le resta valor a Beethoven... Bueno, mi precio de coste... 82.000 duchas... El sábado tocan obras de Wagner en la Sala Pierné, y por la noche ponen una comedia de Molière en el Vieux-Colombier. Podría llevar a Simona... Avisándola a tiempo, se zafaría del marido. Pero me haría falta salir mañana mismo por la mañana;

loca ilusión... las sacudidas de los telares me recuerdan, al agitar esta mesa, que he de respetar las leyes de Pont-de-l'Eure. En el cristal de mi puerta repiquetea la mano temible del señor Cantaert, quien no parece estar satisfecho de mí. Aquí está ya el señor Cantaert con su blusa blanca.

Cantaert, director de compras, trataba con severidad a sus jóvenes patronos.

—Señor Bernardo, es absolutamente necesario que le hable usted a Desmares, el director de hilados. No es una persona seria. Me lleva pedidas tres llaves inglesas en tres días.

—Se lo diré, señor Cantaert.

—Sí, hay que decírselo. Además, señor Bernardo, quisiera que echara usted una ojeada a esta nota del papel de embalaje. Dígame: ¿es posible consumir una tonelada de papel en diez días, teniendo en cuenta...?

—Señor Cantaert, los embaladores son unos criminales, y se lo diré en su cara.

—Todo lo que estoy diciendo es en interés de la casa. Pone usted cara de aburrido cuando le cuento esos detalles; sin embargo, todo esto tiene su importancia.

—Claro, claro, señor Cantaert.

—Por las economías que se hacen gracias a mí, me gano dos veces el sueldo. No me comprenden como yo quisiera. Y, para poder controlar, necesito el apoyo del patrono.

—Lo tendrá usted, señor Cantaert.

La blusa blanca de Cantaert desapareció en el recodo de una bóveda. Bernardo, aplicado, se sumergió en el registro de los precios de coste.

—... 82.000 duchas a 0,60 fr, más diez céntimos por carestía de la vida..., 65 francos. Cardadura, urdimbre, encoladura..., 50 francos... ¡Adelante!

Entró el señor Desmares, enrojecido por la indignación.

—Señor Bernardo, ¿es cierto que le ha dicho usted a Cantaert que me llame la atención sobre mi consumo de utensilios?

—Señor Desmares, sería más exacto decir que el señor Cantaert ha venido a quejarseme...

—Si no tiene usted confianza en mí, señor Bernardo, tendré que dejar de dirigir su hilatura. No me como las llaves inglesas; si las pido, es porque las necesito. ¡Ese Cantaert!... ¡No quiero tener nada que ver con él!

—Señor Desmares, sólo tendrá usted que ver conmigo.

—De usted, señor Bernardo, lo acepto todo. ¡Pero de ese...!

Calmado por fin, se marchó. El joven suspiró:

—Gobernar a los hombres es un oficio complicado. Para triunfar en ello hay que estar totalmente desprovisto de tozudez. La psicología de estos directores es la misma que la de los héroes de Homero. El libro más útil para un jefe industrial, no es el baremo de Taylor, sino los *Caractères* de La Bruyère. Sustituyendo la lucha por los cargos por la de la fortuna, el capítulo «De la Corte» se convertirá en uno admirable «De los negocios»... Dentro de cinco minutos me reciará el abuelo Aquiles su precio... Tinte... 22 kilos a 6 francos, 132 francos... Aprestos... 50 francos... Gastos generales... ¡Vaya, otra vez!... ¡Adelante!

Llamaron dos veces, con timidez.

—¡Adelante! —gritó más fuerte—. ¡Pasen de una vez, por amor de Dios!

Unas manos temblorosas hicieron girar con dificultad el pestillo de la puerta. Entraron cinco viejas, con las manos nudosas entrelazadas sobre el delantal negro y los honrados rostros pálidos de emoción. Este coro de suplicantes se alineó y esperó un poco para tomar aliento.

—¿Señora Petitseigneur? ¿Señora Quimouche? ¿Qué puedo hacer por ustedes, señoras cardadoras?

—Señor Bernardo, aquí hemos venido porque no nos atrevemos a ir al señor Aquiles. Espero que no nos guardará usted rencor por haber venido a hablarle de aumento de sueldo al día siguiente de su regreso, pero es que, ¿sabe usted?, no puede una vivir. Los campesinos, señor Bernardo; sí, los campesinos son los que nos devoran. Vaya usted, vaya usted al mercado de Pont-de-l'Eure: un conejo, cuatro francos y cinco perras chicas; los guisantes... ¡ni hablar! ¡Mientras más nos paga usted, más sube todo! Los tejedores que cobran ochenta, cien francos, no se paran a pensar si es caro o no; pero nosotras... ¡nosotras estamos siempre sacrificadas! Las cardadoras

son viudas la mayoría, pero son indispensables para la fabricación, señor Bernardo...

Les sonrió, azarado. Era evidente la angustiosa buena fe de aquellas mujeres. Le habría encantado distribuirles riquezas que las hubieran dejado asombradas y contentísimas, pero la sombra de Aquiles Quesnay flotaba, temible y prudente, en el vapor de las calderas que empañaba los vidrios del despacho. Dijo algunas frases vagas: acababa de llegar, no estaba al corriente, tenía que consultar a su abuelo.

—No faltaba más, señor Bernardo, tómese el tiempo que quiera para pensarlo. Esté tranquilo, no vamos a declararnos en huelga... No nos gusta hacer de monas por las calles.

Con las manos entrelazadas sobre el delantal negro, se alejó el coro de suplicantes.

OceanofPDF.com

V

Desde la muerte de su mujer, Aquiles Quesnay comía en casa de Antonio todos los domingos. Hablaba poco, aparte de las dos o tres bromas que gastaba a Francisca sobre sus *gustos Pascual-Bouchet*. Después de comer, fumaba un puro mientras lanzaba hostiles miradas a ciertos objetos que le eran más odiosos que otros: una silla de manos pintada de verde, un modelo de fragata, un barómetro antiguo. En las paredes, los violetas pálidos de los lienzos de Jouy, y, en las ventanas, los visillos de un amarillo pajizo, parecían difundir por el salón una luminosa serenidad.

Antonio leía *El Consulado y el Imperio* o reparaba algún timbre, o un plomo fundido; sólo era feliz con Thiers, Taine, Tocqueville, o teniendo en la mano un destonillador o un martillo. En la fábrica, se pasaba todo el tiempo en el taller de los mecánicos e inventaba pequeños e ingeniosos perfeccionamientos para las máquinas. Cuando su abuelo se hallaba presente, Antonio parecía azarado y como a la defensiva. Lo miraba de vez en cuando, y sabía que el viejo estaba pensando: «¡Vaya un salón para un nieto mío, y vaya una mujer!», convencimiento que le hacía sufrir un poco, en silencio.

Francisca, mientras tocaba distraídamente unos acordes sueltos, los miraba con una triste extrañeza que dos años de experiencia no habían conseguido apaciguar. La vida sombría de los Quesnay la asfixiaba. En casa de su padre, en Fleuré, estas reuniones de la tarde resultaban casi siempre vivas y alegres; había invitados, se organizaban juegos, se leía en voz alta, se tocaba algo de música... Pero estos Quesnay, fuera de las horas de trabajo, eran como máquinas desembragadas. Estaban esperando el momento de volver a la fábrica y sólo recobraban alguna vida cuando uno

de ellos evocaba un detalle olvidado: cliente descontento, obrero enfermo, pieza averiada...

—Qué distinto era Antonio durante nuestro noviazgo —pensaba Francisca—. Pero entonces era oficial, y apenas si veía a su abuelo; miraba de lejos, con indiferencia, a esta fábrica que detesto. Le quedaba tiempo para pensar en mí. Me prestaba libros; me los explicaba. Era tierno y atento.

Recordó sus citas a orillas del río, a medio camino entre Pont-de-l'Eure y Louviers. En aquella época, se enorgullecía de poder acercarse a los Mánteseos y Capuletos del Valle. Antonio le había dado una magnífica edición de *Romeo y Julieta*, encuadernada en piel de gamo, violeta, con esta dedicatoria: «*To Juliet*». Siempre le había gustado ese color «parma». Hacía dos años de aquello, y un entusiasmo tan delicioso había venido a parar en veladas como ésta. Sus dedos, deslizándose suavemente por las teclas, esbozaron una melodía de Schumann.

—«Las rosas, las azucenas, él sol, las palomas...» —tarareó Bernardo, y sonrió a su cuñada.

El joven se levantó, fue a sentarse junto a su abuelo, y contó la visita de las cardadoras.

—En realidad —concluyó— tienen razón.

—¿Que tienen razón? —refunfuñó Aquiles—. Es muy fácil decirlo. Todos tienen razón.

—No se trata de todos —dijo Bernardo, un poco nervioso—. Si concediera usted veinte céntimos por hora a esas mujeres, seguiría la tierra dando vueltas.

—Veinte céntimos por hora y por obrero —dijo el anciano— representa un millón al cabo del año.

—Pero vuelvo a insistir —recalcó Bernardo— en que no se trata de toda la fábrica.

—No puedes aumentarles el sueldo a unos —dijo Antonio, abandonando a Thiers— sin aumentárselo a los demás. La jerarquía de los telares es sagrada. Una zurcidora quiere ganar más que una cardadora; y un hilador más que un tejedor.

—Y, ¿por qué? —preguntó Bernardo—. Tienen los mismos estómagos y las mismas necesidades.

—No hay *por qué que valga* —dijo el abuelo encogiéndose de hombros—. Es así porque sí.

Estaban dando las nueve. Se levantó. Nunca se despedía de ninguno de ellos. Antonio lo acompañó hasta la verja. Bernardo quedó solo con su hermosa cuñada, la cual, girando en el taburete del piano con una especie de juventud liberada, lo miró sonriéndole amistosamente y casi con complicidad. Antes de la guerra, lo había tratado poco, pero lo venía viendo con bastante frecuencia desde que el armisticio hizo más fáciles los permisos. Inspiraba a Bernardo un sentimiento muy curioso, mezcla de admiración, simpatía y temor. ¿Temor de qué? No habría sabido decirlo. Parecía siempre dispuesta a tomarlo como confidente; quizás fuera de eso de lo que tenía miedo. Concedía una gran importancia a la lealtad que debía a su hermano. Pero, ¿qué podía confiarle ella? Antonio adoraba a su mujer; era un marido perfecto.

—*Well, Bernard, how are you getting on?*^[3] —dijo Francisca.

Había sido educada por una institutriz inglesa y siempre había hablado en inglés con sus hermanas. Era para ella el idioma del misterio, de la intimidad. Bernardo, que había pasado un año en Londres, también gustaba de emplearlo frecuentemente, y esto les había aproximado. Antonio comprendía bastante, pero con dificultad.

—Pues, ya ve usted —dijo Bernardo—. Trato de hacerme otra vez a las costumbres de Pont-de-l'Eure. No es muy divertido...

—¿Divertido? —interrumpió ella con indignación—. Desde luego que no. Pont-de-l'Eure no tiene nada de divertido. Yo, por lo menos, estaba algo preparada. Louviers no está tan lejos ni es tan diferente. Pero si se casa usted con una francesa, tendré que compadecerla.

—No tendrá usted que compadecer a nadie, Francisca. Tranquilícese, no pienso casarme.

—¿Cómo puede asegurarlo?

—¿Es usted discreta? ¿Sabe guardar un secreto?

—No es ningún secreto, mi pobre Bernardo; todos saben aquí que tiene usted un apañó, que se le ve por París, y por otras partes, con una mujer muy bonita. Pero eso no puede ser eterno.

—Claro que no, puesto que no soy inmortal, pero durará todo el tiempo que ella lo desee.

—¿De verdad? —dijo Francisca, animada y dichosa—. ¿La quiere usted mucho? ¿Es guapa?

—¿Qué puedo decirle yo? Soy parte en el asunto. Pero he de reconocer que desde que la conozco no he encontrado una mujer que pueda comparársele, salvo usted, quizás, Francisca. No, no es un cumplido idiota; se parece a usted. Incluso he pensado muchas veces que es curioso se hayan enamorado los dos hermanos Quesnay de mujeres del mismo tipo. Sólo que Simona tiene una cierta audacia que le falta a usted. La expresión que la caracteriza a usted, es más bien una resignada dulzura.

—¿Tengo yo aspecto de «dulzura resignada»? —se preguntó Francisca con curiosidad. ¡Me siento tan poco resignada! Me entran ganas de...—. Pero, Bernardo —dijo—, ¿por qué no se casa usted con ella?

—En primer lugar, porque está casada. Además, no creo en el matrimonio.

Francisca lo miraba, inclinada hacia delante, con el codo apoyado en la rodilla y la barbilla sobre la mano. Era su actitud habitual durante sus ensueños.

—(¿Le escribiré? ¿Todos los días? ¿Puede ser «novelesco» un Quesnay? ¿Por qué tengo en este momento la impresión de haber frustrado mi vida? Antonio me ama sólo a mí. Lo único malo es que me aburro...) ¡Cómo lo siento! —dijo en voz alta—. Contaba con usted para que me proporcionara una compañera de harén. ¿Sabe usted que aquí hay toda una conspiración para que se case usted con su prima Lecourbe?

—¿Yvona? Si es una criatura, ¿no? Hace años que no la veo. Estaba siempre en el internado cuando yo llegaba aquí con permiso. El último recuerdo que tengo de ella es de haberla columpiado en el jardín de los Lecourbe. Pesaba mucho.

—No es tan niña. Tiene diecinueve años y es muy interesante. Es muy instruida; tiene el título de bachiller y prepara la licenciatura de lengua inglesa. Ahora está en Oxford... ¿Verdad que es curioso? Los dos hijos de Lecourbe son inteligentes. Rogerio es un portento en sus estudios.

—Bueno, después de todo —replicó Bernardo— son medio Quesnays... ¿Y cómo es mi prima? ¿Bonita? ¿Fea?

—Es difícil explicarlo; tiene bonitas facciones, pero es muy «fuerte». Es atrocemente deportiva, ¿sabe usted?; creo que desarrolla demasiado ciertos músculos. Intellectualmente, tiene una autoridad que espanta.

—¡Buen retrato! —dijo él, riendo—. Entonces, ¿me la destinan?

Entró Antonio. Traía las manos negras de grasa.

—Perdón —dijo—, me he llegado al garaje. El auto ha subido muy mal la cuesta esta tarde y he ido a examinarlo con Carlos.

—¿Qué le pasaba? —dijo Bernardo.

—No llegaba la gasolina.

Discutieron un rato sobre los problemas de la mezcla explosiva, y luego se despidió Bernardo.

Habían decidido la víspera que viviría en casa de su abuelo.

—Este Bernardo es el mismo de siempre —dijo Antonio a su mujer cuando se quedó solo con ella—. Durante una huelga, teniendo solamente diez años, preguntaba: «Abuelo, si vendiera mi bicicleta, ¿podría darles lo que piden?»

—¡Qué detalle! —dijo Francisca—. ¿Qué respondió tu abuelo?

—Lo ha estado contando por espacio de diez años. Nunca he llegado a saber si era por orgullo o por desprecio.

—Me pregunto —dijo Francisca, pensativa, mientras empezaba a desnudarse—, me pregunto si se hallará Bernardo aquí a gusto, después de una ausencia tan larga.

—No tendrá más remedio —dijo Antonio mirándola con cierta inquietud.

Antes de acostarse, estuvo un buen rato reparando el grifo de agua caliente del baño. Francisca leía una novela y, de cuando en cuando, miraba la hora.

VI

Gracias a la firmeza de Bernardo, aumentaron el sueldo a las señoras cardadoras; siguieron las señoras zurcidoras; los tejedores, cuyos jornales elevados habían irritado a los otros gremios, reclamaron a su vez, pues había que mantener las distancias y la antigua jerarquía de los telares.

El alza de los jornales acarreó consigo, una vez más, la de los tejidos. Bernardo Quesnay recibió el encargo de ir a París para informar a los clientes de la casa Quesnay y Lecourbe.

Los antiguos recuerdos le hacían temer esta misión. Antes de la guerra, los clientes —seres augustos de quienes sólo se hablaba con respetuoso terror— imponían sin esfuerzos sus crueles caprichos a los industriales, que por entonces andaban divididos y siempre hambrientos de pedidos. Al menor indicio de rebelión, amenazaban a Quesnay con Pascual Bouchet. En aquella época se necesitaba una diplomacia complicada, sacrificios, y hasta súplicas para aplacar a estos amos salvajes.

—Los tiempos han cambiado, señor Quesnay —dijo el anciano señor Perruel, representante de los Quesnay en París.

En efecto, el señor Roch —de la casa Roch y Lozeron, la más temida por Bernardo (pues compraban cada año más de un tercio de la producción total de los Quesnay)— lo recibió con una dulzura completamente insólita en aquel hombre irascible. El despacho del señor Roch era una especie de cubo formado por delgados tabiques de madera y apenas amueblado, que se ocultaba, como con vergüenza, detrás de las pila de piezas que llegaban hasta el techo. Este almacén había sido construido para guardar telas, y el paño imponía allí enérgicamente su superioridad sobre el espíritu.

—Mi querido Bernardo —le dijo el señor Roch— (bien puedo llamarle así por la amistad que me unía con su padre de usted), mi querido Bernardo,

no le regateo, nunca le regatearé... Pero no puedo pagarle las amazonas a más de quince francos...

—Nuestros obreros nos piden aumentos de jornal, señor Roch; tenemos que contentar a todo el mundo...

—No, mi querido Bernardo, a todo el mundo, no. A los antiguos amigos no debe usted sacrificarlos nunca. ¡Ah, si su pobre padre viviera aún, seguro estoy que me dejaría las mil piezas a quince francos cada una! Me parece que lo estoy viendo... Ahí sentado donde está usted, vestido con aquel abrigo negro tan grande, que siempre llevaba encima... ¡Él sí que tenía el sentido de los negocios; y eso, o se tiene o no se tiene!... Bueno, bueno, iré a ver a su abuelo de usted a Pont-de-l'Eure y llegaremos a un acuerdo, estoy seguro. Él y yo siempre hemos acabado por entendernos.

El señor Roch deprimía mucho a Bernardo, que lo encontraba impermeable y poderoso. Cuando iba a verlo, salía siempre suspirando.

El señor Delandre, de la Casa Delandre y Compañía, describió así la dictadura de los fabricantes:

—A las tres de la tarde telefono a la casa de Lapoutre; les pido el precio de una pequeña diagonalina, y me dicen que 13 francos 32. Espero a que llegue mi socio y le pregunto: «¿Nos quedamos con el género?» «Sí.» Vuelvo a telefonar... Ya son 13 francos 47. ¿Por qué? ¡Porque sí!... Pero el peor autócrata de todos es ese amigo de ustedes, Pascual Bouchet. Le cita a usted para el 23 de julio a las 9 y 45. Le hacen entrar a usted en un despachito. A las 9 y 45 en punto, aparece el señor Bouchet. Si llega uno tarde, ni lo recibe. Si se llega en punto, va y dice: «Señor mío, le he asignado cuarenta y ocho piezas a 29 francos. Aquí tiene usted las muestras; le doy un cuarto de hora para escoger los dibujos.» Un cuarto de hora después, vuelve a pasar por allí y hay que tenerlo todo decidido. ¡Así está hoy el comercio! ¡Reconocerá usted que es absurdo!

El señor Perruel lo llevó inmediatamente después a casa de Cavé Hermanos, que exportaban tejidos a Túnez y Argelia.

—No nos importa el precio, señor Quesnay; lo que necesitamos es un paño pesado, que pueda sustituir el género que vendían allá los austríacos antes de la guerra, para los albornoces árabes.

—Podríamos hacerlo —dijo Bernardo—, pero tenemos ahora tanto trabajo...

—¿Ve? ¡Siempre iguales! —protestó indignado el señor Cavé—. Se lo he dicho muchas veces a su padre de usted: «En su fábrica se pasan la vida contemplándose el ombligo.»

—Por Dios, señor Cavé, ¡si eso es lo mejor que podríamos hacer! Los sabios de la India lo pasaban divinamente mirándose el suyo, según se dice.

El señor Perruel dio con el codo a su jefe. Y, una vez fuera, le sermoneó:

—Señor Quesnay, hay que tomar en serio a los clientes. Ahora no los necesita usted, pero quién sabe cómo pueden ponerse las cosas. Además (si por mi edad me admite usted un consejo), no hable tanto. En los negocios se habla siempre demasiado. El primer vendedor de la plaza de París es un inglés. Nunca dijo más que *good morning* y *good bye*. Llega con su caja: *Good morning*. Saca las muestras, muy despacio, ante el cliente. Si le dicen que no, vuelve a empaquetar. Si le hacen algún pedido, lo anota. No discute; no se defiende. Sabe lo que hace. Y lo más curioso: es de Montmartre y no sabe inglés. Otra cosa: siempre me está usted pidiendo que diga la verdad a los clientes. Señor Quesnay, ¡a los clientes les molesta la verdad!

—¡Por desgracia, señor Perruel, a todo el mundo le molesta la verdad!

—Créame, los clientes presumen de saber lo que traen entre manos. No hay que quitarles esa ilusión.

Lo llevó luego a almacenes más «nobles». La plaza de las Victorias, la calle Étienne-Marcel, la calle Réaumur y la calle Vivienne encuadraban la vieja ciudad de la aristocracia pañera.

Allí reinaban nobles mercaderes, de hijos atléticos y prudentes. En sus techos de roble hubiera querido Bernardo pintar la Cortesía y la Amistad sacándole una sonrisa al Comercio. Después de explorar durante toda la tarde la Ciudad del Paño, recordó haber prometido a su tío Lecourbe visitar al señor Juan Vanekem.

El despacho de este personaje era de estilo Directorio. Por una puerta entreabierta se veían otros despachos, con mecanógrafas rubias, bonitas todas ellas, y una máquina de calcular, relucientes con su barniz rojo y negro.

El señor Vanekem, muy joven, con el cabello cepillado para atrás, y de una vivacidad muy norteamericana, recibió a este Quesnay provinciano con una mezcla de buena voluntad y altanería.

—¿Me perdona usted un momento? —le dijo—. Es la hora en que reúno a mis jefes de servicio.

Hacía girar rápidamente la manivela de un pequeño teléfono interior, y daba órdenes breves con voz tajante:

—Señor Perrin, al consejo... Señor Eurand, al consejo... Señor Chichard, al consejo... Señor Meyer, al consejo...

Por las tres puertas del despacho afluyeron unos individuos con chaqueta negra, deferentes y lujosamente ataviados.

—Estadística A —llamó el señor Vanekem—. ¿Hungría?... —2.000 metros, señor. —¿Inglaterra?... —5.000 metros, señor. —¿Rumania?... ¿Ve usted? —dijo luego a Bernardo—. Sé exactamente todo lo que se vende en el día, el stock que me queda en los diferentes países y el total de mis pedidos a los fabricantes. Todo es matemático.

—Sí —pensó Bernardo con admiración—, he aquí el verdadero hombre de negocios. Es posible que acabase tomándole afición a este oficio si no tuviera que desempeñarlo en ese vulgar despacho de Pont-de-l'Eure donde disputan el señor Desmares y el señor Cantaert por una llave inglesa.

—¿Quién se ocupa —preguntó el señor Vanekem— del banato de Temesvar?

Cuando el coro de estadistas abandonó la escena, expuso Bernardo, tímidamente, la petición del señor Lecourbe. Vanekem sonrió:

—¿Que le ayude a encontrar capital para montar una fábrica de productos de tintorería? ¡Eso es como un juego de niños para mí!... ¿Cuánto necesita? ¿Dos millones?... ¡Ah, eso es más difícil...! Ya comprenderá usted que un capital de dos millones no interesa a los banqueros... Pídamelo diez, veinte, treinta millones, y los tendrá usted mañana... ¡En cambio, dos!... En fin, voy a ver qué puedo hacer... ¿Quiere usted cenar conmigo, señor Quesnay? Seguiremos hablando de su negocio; sólo vendrá con nosotros una amiga mía, Liliane Fontaine, una actriz poco conocida todavía, pero que tiene mucho talento.

—¡Si la conozco! —dijo Bernardo—. Fue a Pont-de-l'Eure y trabajó en *Hernani*. Iré con mucho gusto.

OceanofPDF.com

VII

La señorita Liliane Fontaine llevaba el cabello hacia atrás y completamente liso; tenía hermosos ojos negros, era más bien delgada de pecho y llevaba anudado un pañuelo amarillo limón en la muñeca derecha. Bernardo le dijo haberla admirado cuando interpretaba a doña Sol en Pont-de-l'Eure, por donde pasó de turné.

—¿Pont-de-l'Eure?... ¡Ya lo creo! El Hotel del «Cabrito de Plata»... ¡rebosa suciedad!... Y aquel público de viejas con bertas de auténtico encaje, medallones, vestidos color violeta y capotas de cuclillo... En el gallinero, se desternillaban de risa los obreros...

—Es cierto —dijo Bernardo— que el público de Pont-de-l'Eure es poco romántico... Pero usted gustó mucho... De quien se rieron fue de su pareja...

—¿Quién era? ¡Ah, sí! Pouroy... el viejo ese que estuvo en el «Odeón». Es verdad, declama a la antigua, muy hueco... Y además, ¡tiene unas mañas!... Figúrese cómo puede una decir: «Sois mi león magnífico y generoso» pensando esto: «¡Cómo me gustaría que no me escupieras en la cara!» Pouroy es uno de esos tipos de antes de que no saben nunca cuándo van a acabar una frase. Es terrible. Trabajé en *El Cid* con él, que hacía el papel de Don Diego. Me dejó una hora a sus pies; no sabe una qué hacer en esa postura.

A Bernardo le encantaba esta frívola charla de actriz. Escuchándola, le parecía que el batir de los telares —que todavía le zumbaba en la cabeza— se iba ensordeciendo hasta no ser sino un apagado son, como de violines en sordina. El abuelo Aquiles, silencioso y brutal; el señor Lecourbe, solemne y pedante; Cantaert y Desmares, hermanos enemigos; en fin, todas las figuras que flotaban con tan vivos colores en sus melancólicas

ensoñaciones, se difuminaban, y convertíanse poco a poco en lejanos personajes de unas *Escenas de la vida provinciana*.

—¡Hombre! —dijo la señorita Fontaine—. ¡Si está ahí la Sorel!... Y Susana Caruel con su griego.

Bernardo miró en torno suyo. En la mesa de la derecha había dos parejas que, hablando muy alto, trataban de asombrarse mutuamente lanzándose a la cara Rolls, Delage, Monet, Corot... Dos hombres solos, en la mesa de la izquierda, «edificaban» un negocio: «Fíjate bien, querido: la corona húngara vale tres céntimos. Puedo conseguir, por diez millones de coronas, la concesión de una casa de juego en el lago Balakon. Se puede atraer allí a...»

—¿Y nuestro asunto? —dijo el señor Vanechem a Bernardo—. He pensado en ello. No hay motivo para limitar el capital a dos millones...

—Es que nosotros —dijo Bernardo— no disponemos del dinero necesario... La lana está tan cara...

—¿Cómo? —dijo Vanechem, sorprendido—. Pero, ¿es que tenían ustedes la intención de invertir dinero propio? No se les ocurra nunca hacer eso, querido... No; constituyan una pequeña sociedad con un capital de seis millones, tres de ellos en acciones de aportación, que repartiremos entre ustedes y yo. El público suscribirá las demás... Fíjese; yo, cuando monté mi negocio de importación de nuez de coco, reuní un capital de diez millones; y no disponía de barcos ni de plantaciones... Pero todo fue a pedir de boca.

Bernardo, pensativo, admiró el genio poético del señor Vanechem, quien, de plantaciones ideales y de cocoteros quiméricos, sabía extraer collares auténticos para el lindo cuello de la señorita Fontaine. La orquesta tocó *El Relicario*; entre las mesas bailaban las parejas, mejilla contra mejilla. Una mujer muy guapa, medio desmayada de languidez, rozó un vaso de cristal con los flecos de jade de su vestido atorbellinado, y el vaso vibró delicadamente. En el ritmo monótono de los violines creyó oír la obsesión de Bernardo el batir de los lejanos telares, como una melancólica llamada. La música lo entristecía siempre, dándole la viva sensación del tiempo fugitivo. El triste cinismo de los seres que le rodeaban chocaba con su puritanismo ancestral de Quesnay.

El señor Vanekem, que conocía a los dos individuos de la mesa de la izquierda, se había inclinado hacia ellos, entablando conversación profesional. Bernardo se volvió hacia el encantador rostro de la señorita Fontaine.

—¿No le parece —le dijo— que la música, incluso la más vulgar, inspira siempre un afán de soledad?... ¡Qué artificial es esta vida! ¿No le gustaría vivir en alguna isla lejana, en Fidji, en Tahití, por ejemplo, donde no supieran que existen máquinas ni el dinero tuviera valor, pero donde unos salvajes, felices y desnudos, bailaran en un divino clima tropical?

—«Niña mía, hermana mía, piensa en lo dulce que sería ir juntos allá...» Me parece que esto también se canta.

—¿Se burla usted de mí? En cuanto me hallo, como en este momento, entre mujeres elegantes, iluminación moderna y hombres demasiado bien alimentados, experimento en seguida «ese no-sé-qué amargo que se desprende de los placeres»... He visto demasiados desventurados.

—¿Es usted bolchevique? —dijo ella.

—¡No, por supuesto! —protestó Bernardo enérgicamente—. Soy absolutamente leal a mi clase; mi ideal es el Senado romano de los primeros tiempos, o ciertos conservadores ingleses que tienen plena consciencia de sus deberes... Pero me estoy poniendo en ridículo ante usted y la aburro.

—¡No, hombre! —dijo la señorita Fontaine—. Ahora, que lo único que existe para mí en el mundo es el Teatro. Lo demás...

En este momento se animaron los hermosos ojos negros de la señorita Fontaine.

—Fíjese en ese chico que entra ahora —dijo a Bernardo—. ¿Verdad que es guapo? Un perfecto querubín. Quisiera lograr que me acompañara en mi turné de este verano, para que representase *Las bodas* conmigo. Pero está muy despreciativo el angelito. Su sueño dorado es el *Polyeucte*. Vamos, es como para troncharse de risa.

—¡Un puro! —ofreció el señor Vanekem—. ¿Saben ustedes que he encontrado en los *stocks* americanos unos Larrañagas estupendos?

VIII

Las visitas del señor Roch a Pont-de-l'Eure se ajustaban a un ritual invariable y metódico. A las diez, la victoria de Aquiles Quesnay (nunca pudo decidirse a sustituir su viejo cochero por un chófer), se dirigía a la estación. Cuando el coche se paraba ante la puerta, el señor Quesnay asumía un aire de indiferencia y contemplaba atentamente una pila de piezas mal equilibrada.

—Caramba, si es el señor Roch —decía con el mismo tono que si hubiera esperado ese día a veinte personajes de idéntica importancia.

—Siempre joven, señor Quesnay —decía Roch con un buen humor artificial.

El visitante se sentaba a un lado de la mesa; Aquiles, enfrente, y hablaban del pasado, de cuando eran jóvenes ambos, durante un tiempo que —según las observaciones de Antonio, hombre exacto en todo— oscilaba entre veinticinco y treinta y cinco minutos. Varias veces al año desfilaban entre ellos las mismas anécdotas. Cuando Bernardo asistió por vez primera a este espectáculo, se extrañó de que un hombre tan avaro de sus palabras y de su tiempo como lo era su abuelo, perdiera unas y otras en conversaciones tanto más inútiles cuanto que siempre eran idénticas. Al prestar atención, se dio cuenta de que aquellas frases desempeñaban el mismo papel que los pases de muletas (*sic*) bajo los ojos del toro, que saliera del toril con todos sus bríos; tenían por objeto deslumbrar al animal, cansarlo y retrasar la lidia. Roch no tenía tren para marcharse hasta las cuatro de la tarde. Sólo se decidiría cinco minutos antes de su marcha. Había que evitar el prematuro empleo del estoque.

A la media hora, aproximadamente, de la llegada, tenía orden el señor Lecourbe de aparecer. Sus funciones eran, al mismo tiempo, las del caballo

del picador —desgraciado animal destinado al sacrificio— y las del agosto de los circos, que crea con la comicidad de sus movimientos una atmósfera alegre y simpática. El señor Roch se complacía mucho en hacerle demostrar las tesis más contradictorias con citas de los economistas más notables.

Cuando el picador (*sic*) con el vientre desgarrado, se batía en retirada, Aquiles Quesnay hacía una señal a los banderilleros. Antonio y su hermano se encargaban de esta suerte. Tenían que pasear al señor Roch por la fábrica.

—Mi nieto —decía el señor Quesnay— querría que viera usted una nueva máquina.

—Sí —decía Antonio—, su opinión me será útilísima, señor Roch.

—Amigo mío —decía Roch—, es lo menos que puedo hacer en recuerdo de su pobre padre... Siempre me parece estarlo viendo, con aquel abrigo negro tan grande...

Antonio lo volvía a traer al cabo de una hora. Llegaba derrengado, harto ya para un año, de engranajes, camas y excéntricas. Casi a punto para la estocada.

Se servía el almuerzo en casa del viejo Aquiles y siempre era excelente. Jamás se hacía la menor alusión al verdadero objeto de la visita. Francisca se hallaba presente, y esto imposibilitaba un ataque por sorpresa. Empezaba haciendo grandes esfuerzos por mostrarse amable, pero luego se ponía nerviosa. Era insensible a lo que Bernardo llamaba la «faceta Balzac» del señor Roch, el cual, antiguo viajante de comercio llegado a jefe de la Casa a los cincuenta años por la muerte repentina de sus dos patronos, carecía de cultura, pero no de finura. Ella, cuando terminaba el almuerzo, se independizaba.

—Hice lo que me dijo usted, Bernardo; he vuelto a leer *Ana Karenina*. Por mi parte, comprendo muy bien el suicidio de Ana. Si Wronsky hubiese sido muy cruel en vez de ser bueno, no se habría matado ella.

—¿Hablan ustedes de teatro? —dijo el señor Roch—. No me agradan las obras de ahora; en cambio, voy con gusto a la Comedia Francesa para ver *El Amigo Fritz* o *El señor Poirier*. No se pasa tan divertido como en el Palais-Royal, pero le hace pensar a uno y es hermoso.

Francisca se hacía imprudente:

—Bernardo, *let's walk, round the garden. He is too boring. I can't stand it.*

—*Be careful. He might speak English.*

—*Certainly not. Just look at him*^[4].

Antonio suplicaba a su mujer, con la mirada, que permaneciera tranquila. El abuelo, sin comprender, adivinaba un peligro, y maldecía interiormente a los Pascual-Bouchet. Luego, proponía regresar a pie a la fábrica.

Los dos ancianos iban delante, jadeando un poco. Antonio y Bernardo los seguían y admiraban los juncos que enrollaban en las curvas del río su masa ondulante e intrincada. Antonio pensaba que, de novio, había paseado por allí con Francisca. Aquel año, llevaba ésta un vestido de *tussor* con un cuello de fular azul de lunares blancos. ¡Cómo le había gustado...! Ahora le gustaba igual, pero ¿qué extraño pudor le impedía repetírselo? Con frecuencia desaprobaba sus actos o sus palabras, pero tampoco esto se atrevía a decírselo. ¿Por qué había tomado aquella actitud durante el almuerzo? Por la mañana la había prevenido, rogándole que se contuviera. Era peligrosa. La quería...

Aquiles Quesnay continuaba ocultando el estoque hasta el momento en que el rodar de la victoria, al aproximarse, anunciaba que se acercaba la hora del tren. Entonces, soltaba bruscamente el «último precio» que tenía en reserva desde por la mañana, y el señor Roch, agradablemente sorprendido, sacaba del bolsillo un talonario de pedidos. Bernardo lo acompañaba a la estación, y al regresar meditaba tristemente sobre la mediocridad de aquella jornada.

—¡Qué comedia! —pensaba—. ¿Es imprescindible? Se debía dirigir una fábrica como se manda un regimiento, sin añagazas y sin humildad. ¿Por qué no hacerlo todo al descubierto? Podría resultar todo tan sencillo e incluso tan hermoso... ¿Qué necesidad tenemos de un Roch?... Francisca estaba nerviosa. Es natural... Si consiguiera convencer a Simona para que se casara conmigo, ¿cómo podría soportar a Pont-de-l'Eure?

Sin saber por qué, volvió a ver las pequeñas zapatillas violetas que llevaba ella por la noche, durante el único viaje que habían hecho juntos.

Antes de acostarse, las colocaba delante de la cama, emparejadas y buenecitas, como en la *Santa Úrsula* de Carpaccio.

—Las zapatillas de Simona bajo el techo del abuelo Aquiles... No, no es posible. ¡Qué lástima!

Recordó las dos manías idiomáticas que tenía ella. Empleaba «auténtico» para decir «sincero» y de ella había tomado la costumbre de decir «la faceta». Simona habría hablado, por ejemplo, de «la faceta Luis XVI» de Antonio y de la «faceta María-Antonieta» de Francisca. Otra de sus manías era hablar de música en lenguaje de pintura y, de ésta, en lenguaje musical. Utilizaba las palabras «cadencia» y «sonoridad» para describir un paisaje. Todo esto encantaba a Bernardo. El coche se paró. Estaba frente a la fábrica.

—¿Se marchó contento? —le preguntó su abuelo.

OceanofPDF.com

IX

Llamado a París por el señor Vanekem, Bernardo deseó ver a Delamain. No le había avisado, pero sabía que salía poco de casa. Un coche, que olía a paño mohoso, lo condujo hacia Montsouris. Una estrecha escalerilla subía de piso en piso. Llamó, temiendo no encontrar a su amigo en casa.

Pero, al cabo de un minuto, oyó pasos. Delamain en persona abrió la puerta y no pareció sorprenderse al verle.

—Hombre, eres tú. Me alegro... Entra.

—¿No te hago extorsión?

—Estoy trabajando, pero no importa.

El cuartito donde escribía Delamain pareció a Bernardo un envidiable refugio, un ensueño prohibido. De pie, apoyado en la chimenea, miró complacido a su amigo. Ambos sonreían, exteriorizando así una buena voluntad a la que las palabras habrían traicionado. Bernardo admiró la escritura enérgica que cubría las cuartillas. Como sabía que Delamain no gustaba de lugares comunes en la conversación, le habló de su trabajo.

—¿Qué escribes? Vi tu artículo sobre Sainte-Beuve. Está muy bien... ¿Has leído algo de ese Proust de quien se habla ahora? A mí me gusta mucho.

—Sí —contestó Delamain—, es una lectura sana. Por ejemplo, ¿a qué quedan reducidos los celos después de Swan?

Una curiosidad morbosa, sin amor... ¿Qué verdad es!

—¿Sigues viendo a Dionisia?

Delamain inclinó la cabeza.

—¿Y tú? ¿Qué haces en tu provincia? Tus fábricas están en Pont-de-l'Eure, ¿no? ¿Van bien tus negocios?

—Muy bien, pero me da igual... Mi abuelo lleva cincuenta años trabajando y ¿qué saca de ello? No me gusta ese oficio, Delamain. Mis obreros, con los cuales me esfuerzo en ser justo, no se fían de mí; y es natural. Para el Estado, para el funcionario, el industrial es un parásito que gana una fortuna gracias al trabajo de los demás. Nadie ve sus dificultades. Su papel en el mundo, nadie lo comprende. Tú mismo, estoy seguro... Es insoportable. Además, no puedes imaginarte lo que son los negocios. Es muy difícil, casi imposible, mantenerse en ellos con un carácter íntegro...

—¿Por ejemplo? —le interrumpió Delamain.

—Pues, por ejemplo, si te pide un cliente que le digas tu último precio, y se lo dices con toda honradez... ¿Crees que aprecia tu buena fe y renuncia a regatear? En absoluto. *A priori* está convencido de que le engañas. Es más, se enfurece si te mantienes en tus trece. Estas cosas me sacan de quicio.

Delamain se encogió levemente de hombros.

—Me parece —dijo— que te atormentas por poca cosa. Todas las relaciones humanas están regidas por convencionalismos. Uno de éstos, en la vida comercial, es que el «último precio» es en realidad «el penúltimo», y no queda sino conformarse. Tienes una crisis de escrúpulos, Quesnay.

Bernardo abrió las manos en señal de impotencia. Luego, señalando las cuartillas esparcidas sobre la mesa, dijo:

—¿De qué tratará tu libro?

—Va a ser muy árido... La resurrección de la libertad. Describiré la generación que nos ha precedido, aplastada bajo un fatalismo excesivamente pesado, aterrorizada por Darwin, el genial, y exaltada por Marx, otro guasón. Y espero demostrar que esas «leyes de bronce» no son sino alucinaciones que se desvanecen si lo desea uno con intensidad... No sé si comprendes mi punto de vista... En fin, quiero poner de relieve que el libre arbitrio y el determinismo son verdaderos al mismo tiempo, que no son contradictorios. ¿Comprendes?

—Sí, pero no creo que tengas razón... Precisamente, la sensación que me domina ahora es la de ser aplastado por un mecanismo más fuerte que yo. Esta tremenda alza de las cotizaciones, esos movimientos de los jornales, la riqueza que se nos mete ella sola en las cajas de caudales, dime,

¿qué influencia puedo yo ejercer en todo ello? Es una marea creciente o una terrible marejada... ¿Qué puede hacer un nadador en esta circunstancia?... ¿Y si es un mal nadador? Por otra parte, irme, abandonar la fábrica para hacer lo que me venga en gana cuando toda mi fortuna procede de ella, eso me parece una cobardía... ¿No crees?

Delamain echó un leño al fuego y lo levantó luego con las tenazas para atizar la lumbre.

—Te lo repito —dijo—; me parece que mezclas demasiado los escrúpulos morales con los negocios. En la acción, hay que seguir la costumbre. El individuo no puede revisar todos los valores. Además, ¿estás seguro de no estar transformando en preocupaciones morales lo que en el fondo puede ser orgullo? Existe una virtud «de tres cuartas partes» que consiste en decirse: «Soy tan virtuoso que no puedo ejercer mi virtud encuadrada en la sociedad.» Entonces, se queda uno al margen. Es muy cómodo.

—Quizás... —dijo Bernardo, pensativo—. Todo resulta difícil.

—Lo esencial —dijo Delamain— es conservar libre el espíritu. ¿No tienes algún amorío que te haga olvidar todo lo de Pont-de-l'Eure?

—Al contrario —respondió Bernardo—, tengo un amor que me hace odiar a Pont-de-l'Eure. ¿No te acuerdas de Simona Beix?

—¿Aquella mujer tan guapa que estaba en Chálons en marzo del 18? ¿La mujer del teniente de la Reguladora?... ¡Ah, sí! Era arrebatadora... Se parecía a la vez a los ángeles de Reynolds y a aquella deliciosa bailarina rusa, Lydia Lopokova. Sí, es verdad que tú le gustabas. ¿La quieres?

—No lo sé —contestó Bernardo lanzándose de pronto a hablar muy ligero—. Naturalmente, la encuentro muy bonita; y es inteligente, de una inteligencia un poco *snob*. Es muy *Nouvelle Revue Française*, como tú, pero incluso más avanzada; y en música, es muy «Grupo de los Seis»; pero todo eso lo es con mucha gracia. Pinta, y me gusta su estilo, que es sencillo y exacto hasta el extremo.

—Y, ¿qué hace el teniente Beix ahora, en la paz?

—Es banquero; tiene una gran banca... Pero su mujer no se lleva bien con él...

—¿Y tú? No me has respondido, ¿la quieres?

—¿Qué significa «amar»? ¿Lo sabes tú, acaso? Mi mayor placer es estar con ella; pero, por lo visto, no la amo lo bastante puesto que me falta valor para consagrarle mi vida, para venir a instalarme en París... Y eso que tengo la sensación de que la perderé si continúo viéndola tan de tarde en tarde.

—Pero, ¿podrías irte de la fábrica?

—¿Poder? Naturalmente que sí. Me bastaría decir: «Me voy.» Ninguna ley del mundo puede obligarme a vivir en Pont-de-l'Eure. Soy joven y activo; me abriría paso en cualquier parte... Pero, a veces, me parece tener una doble personalidad. Un yo dice: «Lo esencial es que funcionen los telares»; y el otro yo responde: «¿Estás loco? Me estás haciendo perder toda mi juventud.» Sé que el segundo personaje expresa con más exactitud mi pensamiento; sin embargo, en realidad obedezco al primero. ¿Verdad que es curioso?

—Y allí, en Pont-de-l'Eure, ¿nada?

Bernardo movió la cabeza:

—Nada... Tengo una cuñada encantadora, pero es mi cuñada... No, nada.

—¿Y de casamiento?

—Me aburren todas las muchachas... ¿Puedes explicarme por qué?

Permaneció en casa de Delamain hasta las dos de la madrugada y regresó andando, pues hacía muy buena noche. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz.

OceanofPDF.com

X

La inspección de las piezas de tela una vez fabricadas la realizaba, en la Casa Quesnay y Lecourbe, el tío Leroy —a quien temían los obreros negligentes. Aquiles Quesnay lo había entrenado, de joven, como sólo él sabía hacerlo.

—¡Ah, señor Bernardo! —decía—. ¡Otra vez han manchado las telas con el aceite de engrasar! Se lo he advertido veinte veces al contramaestre, pero estos jóvenes de hoy son unos vagos, no saben más que cuatro cosas para salir del paso, y a veces ni siquiera eso. Lo que yo digo: «Cuando se hace una cosa así, hay que hacerla.»

Este Leroy entraba ya en una venturosa ancianidad cuando cometió la imprudencia de «charlar» con una linda joven que trabajaba a sus órdenes y codiciaba sus ahorros. «Charlar», en el idioma de Pont-de-l'Eure, es una palabra escandalosa y enérgica. Así, por ejemplo, la frase «Hablo con él, pero no charlo» significa «Somos amigos, pero nada más».

El tío Leroy hablaba y «charlaba» con su ayudanta. Era un hombre honrado y la muchacha consiguió casarse con él.

Su mujer gastó medias de seda y lo engañó cínicamente. Mal casado, mal alimentado, mal cuidado, el viejo se dio a la bebida para consolarse. Se hizo sucio y mísero.

Una mañana, las dos mujeres que le ayudaban en su tarea vieron llegar a este hombre —tan sobrio antes— completamente borracho. La víspera, había encontrado vacía su casa; se le había fugado la mujer con un albañil. Cuando llegó al trabajo, se puso cuidadosamente la blusa blanca, quitó el polvo a sus alpargatas, se las calzó, y, subiéndose repentinamente a lo más alto de un gran montón de piezas preparadas para que él las revisara, sacó

una pistola que había heredado de un tío suyo soldado y anunció a las dos mujeres:

—Me voy a saltar la tapa de los sesos.

—¡Jesús! —gritaron aquéllas, tapándose los oídos—. ¡No haga usted eso, tío Leroy, no haga usted eso!

—Sí —dijo—, mi mujer me ha abandonado y no quiero que se salga con la suya. Lo leerá en el periódico y se le requemará la sangre... Me voy a saltar la tapa de los sesos.

—Eso no está bien, tío Leroy... Vamos a buscar al señor Bernardo.

Disciplinado ante todo, esperó, pistola en mano, a su jefe. Pero como no encontraron a Bernardo, acudió en su lugar el mecánico Cazier, el amigo más antiguo que tenía el desgraciado.

—¡A ver si le quita usted el revólver! —le gritaron las mujeres.

—Cállense... Hay que convencerlo por la persuasión... Un borracho es capaz de matarse si se le contraría... Oye, tú, escúchame unas palabras... Mujeres no faltan, hombre. A mí, cuando regresé de la guerra, me dijeron que la mía me había salido rana... En el primer momento, se me revolvió algo por aquí dentro. Pero, cuando fui al Tribunal y vi que estábamos allí por lo menos doce para lo mismo, nos miramos y tomamos la cosa a broma... Haz como yo; recuerda que te quedan los compañeros.

—No, no —dijo el infeliz—. ¡Mi mujer es una zorra! ¡Me voy a saltar la tapa de los sesos!

En el instante en que buscaba el gatillo con un dedo temblón, llegaron corriendo el señor Cantaert y Langlois, secretario del Sindicato obrero. El secretario, con su bella y patética voz, se dirigió al viejo militante, diciéndole que no podía dejar plantados de semejante modo a sus camaradas. El director, hombre del Norte y muy religioso, habló con horror del suicidio. El tío Leroy los escuchó. Meneó la cabeza y volvió a levantar la pistola. El corpulento Cazier intentó en vano asaltar su posición. El borracho lo vio venir y lo amenazó con su arma. En aquel momento entró por fin Bernardo.

—¿Qué es eso, Leroy? ¿Se va a matar? Y, ¿qué sería de nosotros, sin usted? ¿Quién va a revisar nuestras piezas? Y todo eso, por una mujer que no es digna ni de ayudarle a ponerse la blusa...

—Señor Bernardo, no sabe cuánto siento dejarlos a ustedes desaviados... Lo siento muchísimo, pues de sobra sé que no podrán ustedes reemplazarme. Los jóvenes de hoy día son unos vagos. Pero le he dicho a esa zorra que me mataré. No quiero que se salga con la suya... Voy a saltarme la tapa de los sesos.

Aquiles Quesnay, que pasaba por allí, fue informado de lo que ocurría.

—¿Qué significa esto? —dijo a Leroy, severamente—. Te prohíbo terminantemente que te mates aquí... Me ensuciarías las telas.

Entonces, bajó el tío Leroy de su percha y lo desarmaron fácilmente.

Bernardo contó esta historia a Delamain, quien se divirtió mucho oyéndola.

—Es un símbolo sorprendente de tu propia existencia —comentó.

—No creo que encaje por completo con mi caso —dijo Bernardo.

Sin embargo, permaneció pensativo un buen rato.

OceanofPDF.com

XI

Simona Beix había alquilado por tres meses, en pleno país vasco —en un pueblecito que aún no había sido «descubierto» por el turismo— una antigua casa cuyos balcones eran de madera labrada. Su marido, aficionado a las salas de juego, se cansó en seguida de aquella soledad. A principios de septiembre, fue allí Bernardo para pasar diez días, y se alojó en la posada.

Todas las mañanas, a las once, iba a buscar a su querida en su casa. El mar estaba cerca. Simona dejaba tostar al sol —en un reducido maillot— su fino cuerpo, que adquiría así bellas tonalidades de cerámica etrusca. Tendido junto a ella en la arena, Bernardo —medio desnudo también— lo olvidaba todo menos la dulzura de acariciar, bajo el quitasol chino, un seno duro y pequeño. Hacia el mediodía, entraban en el agua. Bernardo nadaba bien; Simona lo hacía con mejor estilo. Almorzaban al borde de las rocas, en una hostería negra y ocre de amplios tejados asimétricos; luego, buscaba Simona un paisaje que pintar y Bernardo la miraba trabajar. Cuando regresaban, los carros tirados por bueyes volvían también —lentamente— hacia las granjas. Las sombras alargadas modelaban con más fuerza las henchidas curvas de las colinas.

Tres días duró la dicha de Bernardo. A la cuarta mañana, levantóse temprano, con una sensación de impaciencia y ansiedad.

A las ocho, un cartero con boina le entregó una carta de Antonio: *«No tenemos suerte, querido; hasta que te hayas marchado para que empiecen las dificultades. Siempre igual: la carestía de la vida. Ayer vinieron varios obreros protestando contra los nuevos jornales. Al recorrer las salas, sólo veo caras descontentas. Desmares me dice que individuos tan buenos como Heurtematte se le han quejado de manera violenta. Lo peor es que le había prometido a Francisca salir fuera este fin de semana y ya no me será*

posible. El abuelo no quiere ni oírme hablar de ello, con las amenazas de huelgas que hay en el horizonte, y esto ha decepcionado mucho a la pobre Francisca. ¡Qué asco de vida! Sobre todo, no vayas a acortar tus vacaciones por lo que te digo, pero nos dará una alegría tenerte de nuevo entre nosotros.»

Se guardó la carta en el bolsillo y se dedicó a pasear arriba y abajo por la carretera, entre la posada y el frontón del pueblo. «Estoy dando vueltas como un león enjaulado», se dijo. Qué fastidio estar tan lejos. Quizás podría haber creado un movimiento de opinión entre los obreros hablando con Heurtematte o con Ricard. A él le hacían más caso que a Antonio. No sabía por qué, pero así era... ¿Qué podía hacer desde aquel pueblo? Sentarse en la playa a los pies de una mujer... Miró con fastidio el bonito paisaje vasco; colinas verdes por doquier. Tuvo la impresión de que su espíritu encerraba un resorte comprimido que trataba en vano de soltarse. Se desperezó, bostezó y *miró* su reloj; eran sólo las diez.

Cuando pudo ya ir a casa de Simona y bajó ésta a abrir, sintióse más satisfecho de sí mismo. Llevaba ella un vestido de organdí rosa con un cuellecito «quaker» blanco, puños blancos y un cinturón de cuero también blanco: «Qué bonita es», pensó Bernardo, vencido ya, «y hay en ella algo tan claro, tan enérgico...»

Fue al garaje para sacar el pequeño auto. Se complació —con placer metódico e intenso— en manejar los cambios de velocidad, silenciosos y bien engrasados.

Tendido en la cálida arena, volvió a pensar en la fábrica: «Es curioso; me invaden otra vez sensaciones de cuando la guerra: estaba uno de permiso en París; se salía de una velada agradable y, al comprar el periódico, leía uno en el parte que la situación había empeorado en el sector. Esto le envenenaba a uno toda la alegría que podía haber tenido... Lo que haría falta sería hablar con Laglois, el secretario de esa gente... Le podríamos demostrar... Sí...» Esta última palabra la dijo en voz alta, distraído, contestando a una pregunta de Simona, pregunta que no había oído.

Ella lo miró con sorpresa.

Después del almuerzo, mientras que Simona pintaba, parecía Bernardo estar sumido en una larga y profunda ensoñación. Luego se puso en pie, se acercó a ver lo que hacía ella, alejóse unos cuantos pasos y volvió a acercarse.

—¿Qué te pasa? —dijo Simona.

—¿A mí? Nada, mujer.

—Sí, sí. ¡Qué nervioso estás hoy! ¿Has recibido carta de tu hermano? Huele algo a podrido en el reino de Pont-de-l'Eure.

—Sí, es verdad. ¡Qué bien me conoces!

—Eres tan transparente, querido. De cuantos seres conozco, eres el que menos sabe disimular su fastidio. Por otra parte, resulta simpático. Es tu «faceta» de niño... Bueno, ¿qué quieren? ¿Te reclaman?

—No, en absoluto; pero tienen dificultades y me pregunto hasta qué punto tengo derecho a...

—¡Eres terrible! —dijo Simona con cierto apasionamiento—. Sí, sí, terrible, te lo aseguro... Te preguntas si tienes derecho a pasar diez días con tu querida, ¿sabes? Es casi increíble.

—No, mujer; esto es cosa corriente hoy en todos los hombres. También tu marido está ocupadísimo.

—A mi marido no lo quiero, y me da igual lo que haga... Además, no se trata de eso. Admito perfectamente que un hombre esté muy ocupado... Es más, lo admiro... Pero necesito tener la sensación de que yo también ocupo un lugar en tu espíritu. Contigo, sé muy bien que el acontecimiento más insignificante de tu fábrica puede más que lo más importante de nuestro amor. Reconocerás que resulta triste y humillante... Cuando se me ocurrió telefonearte a Pont-de-l'Eure... si pudieras oír ahora el tono exasperado con que me respondiste por miedo a escandalizar a tu abuelo o al empleado que estuviera junto a ti. Lo que te reprocho es la vergüenza que te da tu propia ternura... ¿Comprendes?

—Comprendo —dijo Bernardo, sorprendido—, pero creo que te equivocas. Haces un retrato de mí ridículo e inexacto. Yo mismo me digo lo que tú acabas de expresar, y mi fábrica también me harta.

—No, querido mío; es que te lo crees... Lo que haces no te aburre nunca con tal de poder actuar, dar órdenes; en fin, con tal de creerte útil.

Durante la guerra, todos tus camaradas me decían que eras un oficial modelo. Tienes una «faceta» *Simón el Patético*^[5], una faceta de buen alumno, eres «honrado». Eso no es un crimen, pero sí un fastidio... Si, por lo menos, tuvieras esa misma conciencia respecto a nuestro amor...

—Es que en amor no necesito conciencia. Te amo de un modo natural, sin esfuerzo.

Simona puso a un lado los pinceles, se levantó y fue a sentarse a los pies de Bernardo, en el césped.

—Nada se consigue sin esfuerzo —dijo—. Por mi parte, intento convertir en una pequeña obra maestra cada momento de mi vida. Quiero que el encuentro matinal sea bello, que mi vestido vaya con el tiempo y con la hora, que la última frase pronunciada por la noche constituya un buen «fin de acto», un buen «telón». Y guardo rencor a mi pareja si me estropea mis efectismos... Siempre fue así... Recuerdo que cuando tenía quince años (era muy bonita a los quince años) tenía un primito que estaba enamorado de mí. Una noche —con un cielo magnífico— estando los dos en el balcón de casa de sus padres (bulevar Maillot) me dijo que me amaba. Los árboles del bosque temblaban a la luz de la luna. Aquello estaba muy bien... Entonces, pensé: «Para que todo sea perfecto, es preciso que me envíe mañana unas rosas blancas.» Y, como sabía que no lo iba a hacer, se lo dije... Cuando las recibí, me proporcionaron tanto placer como si no hubiera sido idea mía el hacérselas enviar... Tus rosas, querido, no me llegan nunca.

—Dime que te las mande.

—Si te lo estoy diciendo. Estas vacaciones aquí, en Cambo... Es la primera vez que paso diez días contigo. Soy muy, muy ambiciosa. Quiero que resulte tan hermoso como las grandes citas románticas... Sí, hombre, es posible... Pero necesito tu ayuda. Olvida tus telares, tus clientes y tu abuelo durante diez días... Anda, dime que esto no significa nada para ti; total, diez días con una mujer como yo, que se esfuerza en serte agradable... ¡Vamos, dígame usted algo!

—¿Me hablas de usted de pronto? ¿Te has enfadado?

—No; qué disparate. Sólo que me gusta variar; no hay que abusar del tuteo. ¡Es tan agradable que no pierda, con el uso, su encanto!

Apoyó la barbilla en la mano y murmuró:

—«El suave tuteo, suave como un pie desnudo...»

—¿De quién es eso?

—De Paúl Drouot, claro está... ¿No conoce usted nada de él? Bernardo, tiene usted que leer *Eurydice*; es admirable. Ahí tiene usted un hombre que era un amante de verdad.

—¿Por qué me dice usted eso en tono de desafío? ¿Acaso no soy yo un verdadero amante?

Simona lo miró con melancolía un momento. A la izquierda de ellos se extendía una especie de arenal cubierto de heléchos y brezos; a la derecha, un bosquecillo de encinas bajas y ahorquilladas.

OceanofPDF.com

XII

Bernardo no acortó sus vacaciones. Su abuelo Aquiles lo recibió fríamente. Los jornales fueron aumentados y renació la paz en el Valle. La tregua duró dos meses; luego, la señora Petitseigneur y la señora Quimouche —mejor pagadas ya— vieron que subían los huevos y la mantequilla en el mercado de Pont-de-l'Eure, como si unos tubos misteriosos hubieran puesto en comunicación, para mantener un nivel único, el portamonedas de estas señoras y su olla.

Bernardo volvió a ver entrar en su despacho el desolado coro de las suplicantes.

—No puede una resistirlo, señor Bernardo; no lo puede una resistir... Tiene usted que darnos una pizca más.

—Esto es una locura —dijo Aquiles Quesnay.

—La ley de la oferta y la demanda —dictaminó el señor Lecourbe.

Pero el sindicato patronal concedió también esta vez lo que le pedían. Los industriales vivían felices en un paraíso absurdo, en una disparatada prosperidad. Mientras más subían los productos, a vertiginosa velocidad, más los perseguía la multitud aborregada.

—En mis tiempos... —gruñía el viejo Aquiles.

Estaba descontento de sus nietos. Francisca había suplicado tanto a su marido que la sacara de Pont-de-l'Eure que éste hubo de acabar —aunque violentándose— llevándola a Marruecos. Puso como pretexto un viaje de estudios para documentarse en lanas. Había pasado tres semanas en Rabat, Fez y Marrakech, trayendo de allí unos paños mal tejidos cuya basta calidad era alabada por su mujer. Bernardo iba mucho a París, pero por lo visto perdía el tiempo, pues sus clientes se quejaban de no verlo nunca.

—No os ocupáis de vuestro negocio —decía el abuelo a los dos jóvenes.

—El negocio marcha solo —respondieron éstos.

—Las telas están mal hechas.

—Todo el mundo las encuentra bien.

—Pagáis demasiado a los obreros.

—Ellos no opinan así.

Pues los obreros, descontentadizos ciudadanos del paraíso de los locos, esperaban que los jornales (por algún milagro, seguramente) subieran sin interrupción y que los precios de los objetos fabricados bajaran al mismo ritmo. Esto los llevaba (con un sentimiento nuevo en la prudente Normandía) a odiar violentamente a unos patronos cuya dicha era demasiado constante. La prolongada prosperidad, que los había unido al principio con la novedad de sus venturas, había terminado desuniendo a las dos clases. Así como en ciertos matrimonios demasiado felices acaba la mujer —enervada por tanta calma— deseando la muerte de un marido excesivamente doblegado a sus caprichos, asimismo estos compañeros, a quienes se les concedía todo, reprochaban a unos jefes, colmados de bienes, la munificencia que ellos estimaban más indiferente que generosa.

En el sindicato obrero, el secretario Langlois —del 48 y prudhoniano— había sido sustituido por Renaudin, hombrecillo de rostro enérgico que hablaba a los burgueses con severidad y les anunciaba el próximo fin de esta clase social. La aplicación de la nueva ley de la jornada de ocho horas le dio pretexto para entablar la ansiada lucha.

El señor Pascual Bouchet, en nombre de los patronos, ofreció conservar los jornales de diez horas a cambio de la disminución de la jornada en una quinta parte. Renaudin declaró que esto no era suficiente.

—Basta ya —le dijo el señor Bouchet—. ¿Quieren ustedes trabajar menos y ganar más?... ¡Es insensato! Si lo que andan ustedes buscando es un *casus belli*... ¡lo tendrán ustedes!

—Señor Bouchet —dijo Renaudin—, tenga mucho cuidado con lo que dice... Esas palabras que ha pronunciado usted no me gustan... Los ánimos están muy excitados.

—No hay nada que hacer —dijo el señor Bouchet—. *Quod dixi... dixi...* En todo caso, si, además de las ocho horas laborables, se avienen ustedes a que los días festivos se recuperen pagándose como horas extraordinarias...

—¿Qué entiende usted por días festivos? —preguntó Renaudin.

—Hombre —dijo el señor Bouchet, sorprendido—, Navidad, Semana Santa...

—Eso de la Navidad estaba bien en tiempos de Jesucristo. Para mí, no hay más que un día de fiesta: el Primero de Mayo.

Un murmullo de descontento corrió alrededor de la mesa patronal.

—*Quousque tandem, Catilina...* —murmuró Bouchet.

Sin embargo, también cedió en la cuestión de los días festivos. Pero lo extraño de estas negociaciones era que las sucesivas concesiones no servían para acercarse a un final pacífico. Ambos bandos temían la guerra, pero la deseaban al mismo tiempo. Se hallaban —como las naciones europeas en agosto de 1914— cansados de su propia moderación. Semejantes a quienes, viajando en automóvil y viéndose conducidos por un chófer borracho hacia una muerte cierta, no intervienen para disminuir la velocidad —por impedírsele un puntillo de honor—, así conducían la enérgica voluntad de Renaudin y la grandilocuencia de Bouchet a unos rebaños resignados hacia un choque temido por ambos bandos.

En el momento en que todo parecía arreglado:

—¿Y los fogoneros de las calderas? —dijo Renaudin—. Exigen...

—¡Eso sí que no! —gritó Bernardo Quesnay con una fuerza de que él mismo se sorprendió—. ¿Cómo es posible? ¿No ve usted que...?

—No discuta usted, Bernardo —dijo el señor Lecourbe.

Cuando un prolongado período de sequía y calor ha acumulado en el aire inmóvil una reserva demasiado grande de energía, se hace imprescindible la tormenta. Ninguno de aquellos industriales habría podido decir con certeza por qué se negaba a última hora a los fogoneros lo que se había concedido con tanta facilidad a los demás gremios. En verdad, no existía razón alguna, pero estos continuos asaltos contra la paciencia de los patronos habían acabado por hacerles perder los nervios.

—Muy bien —dijo Renaudin con su voz tajante—. Los fogoneros no se presentarán en la fábrica mañana.

—¡Que se queden en sus casas!

—¡Hasta la vista, señores! ¡Ya cederán ustedes!

Luego, cuando se marcharon los obreros:

—¡Bueno! —dijo el señor Bouchet—, mañana cerramos y en paz.

Bernardo Quesnay lo interrumpió, vibrante y sombrío:

—¿Parar una fábrica de mil obreros a causa de cuatro fogoneros? ¡Qué ocurrencia, señor Bouchet! Si es preciso, calentaré yo mismo las calderas.

—Me gustaría verlo —dijo el señor Lecourbe.

—Ya lo verá usted.

La tormenta se cernía por todas partes.

OceanofPDF.com

XIII

Brillaban las estrellas en un cielo de terciopelo negro cuando Bernardo Quesnay, animado por una emoción bastante agradable, atravesó la pequeña ciudad dormida. Hacía aire fresco. De vez en cuando, a lo lejos, resonaban unos pasos en el pavimento. Al llegar ante la fábrica, adivinó —más que vio— su negra masa en la densa oscuridad.

Cuando cruzaba el patio, una voz saltó de la noche a su encuentro:

—Buenas días, señor Bernardo.

Reconoció el firme acento del capataz de los mecánicos.

—Buenos días, Cazier... ¿Qué, nos abandonan?

—Eso temo, señor Bernardo, puesto que no se han presentado todavía... Han votado a favor de la huelga; 40 votos contra 30. Los nuestros votaron en contra, pero no se atreven a venir. Aunque no estoy sindicado, hablé con algunos de ellos. Tienen miedo de que les partan la cabeza... ¿Quiere usted que dé la luz? Es preferible, por si hay gresca.

Hizo funcionar un conmutador. De pronto, se iluminó brillantemente toda la fábrica; y aunque la maquinaria estuviese inmóvil, tomó el local entero un aspecto vivo, como un enfermo cuyos ojos conservan aún el reflejo de la vida. Inmediatamente dieron las cinco.

—No vendrán —dijo el corpulento mecánico—. ¡Qué banda de bueyes! Y, ¿qué vamos a hacer?

—Buscar unos fogoneros improvisados y poner esto en marcha.

—Me extrañaría que los encontrase usted... Este pueblo no se distingue por su valentía. Aquí, cuando le atacan a uno, vale más gritar «¡Fuego!» que «¡Socorro!» si quiere uno que se asome la gente a las ventanas.

—Mi hermano y yo, con algunos empleados, podremos ocuparnos de las calderas...

—No resistirían ustedes mucho tiempo.

Hacia las seis, empezaron a formarse grupos delante de la verja; estaban indecisos, y Bernardo se dirigió hacia ellos. Lo saludaron de mala gana. Las mujeres se daban con el codo, riéndose.

—¿Trabajamos, señor Bernardo?

—Naturalmente que trabajamos... Pero necesito unos cuantos hombres de buena voluntad para las calderas. Los maquinistas están ahí dentro... ¿Van ustedes a consentir quedarse parados mil por falta de cuatro voluntarios?... ¿Y tú, Ricard, tienes miedo?

Ricard, un coloso con medalla militar, se puso muy colorado.

—Miedo no, pero no puedo quitarles el puesto a esos hombres.

—¿Quién habla de quitarles el puesto? Cuando vuelvan, lo ocuparán de nuevo.

—No es precisamente por eso, sino porque no quiero líos con nadie.

—Y, ¿qué te importa lo que te puedan decir? Eres más fuerte que un roble.

—Precisamente por eso, señor Bernardo; me conozco. Mataría a dos o tres... Sería una pena.

A fuerza de razonamientos, reclutó a unos cuantos hombres que bajaron a las calderas. Pronto se convenció de que los camaradas de éstos no los consideraban como héroes, sino como unos traidores. Sufrió por ellos y por sí mismo.

Vio cómo subía la presión en las calderas.

—Cuesta trabajo, ¿eh?

—No, señor, está todavía caldeado; unos cuantos haces más de leña y prenderá la lumbre.

Aprendió el oficio junto a los fogoneros improvisados. Una hora después el pito de la fábrica anunciaba triunfalmente la resurrección de ésta. Bernardo recorrió la hilatura. Las salas estaban casi vacías. En una sala de cuarenta telares, discutían tres mujeres, indecisas.

—¡Dios mío, qué silencio! ¡Da una pena verse tan solas! Si estuvieran aquí todos, quizás nos armaríamos de valor.

—¿De valor, señoras? ¿Qué temen ustedes?

—Claro que tememos... Los que están ahí abajo no son del oficio... Si estallan las calderas...

También ellas, como el mecánico Cazier, temían y deseaban a la vez que ocurriera alguna desgracia, como los habitantes de una ciudad ocupada por el enemigo, quienes temen y desean al mismo tiempo que sobrevenga un bombardeo.

—¡Qué ocurrencia! Los maquinistas están en su puesto y les aseguro a ustedes que saben manejar las calderas.

—De todos modos... Más valdría pararlo todo que trabajar así.

Un sentimiento de clase, oscuro y vigoroso, les hacía odiar los jornales que iban a ganar. Cuando Bernardo bajó otra vez al patio central, le comunicó el señor Cantaert que uno de sus equipos se le había desbandado, vencido por el remordimiento. En aquel momento, llegó Antonio.

—Antonio, ¿quieres que nos encarguemos de una caldera entre los dos?

—De acuerdo.

Con el torso desnudo y pantalones de basta tela azul, pusiéronse ambos hermanos a servir su caldera.

OceanofPDF.com

XIV

Cuando se sentaron a comer, a última hora de la tarde —con su fina camisa, los cabellos bien peinados y el rostro caldeado—, estaban muy satisfechos de sí mismos. Así como un buen soldado que ha combatido lo mejor posible en su rincón, se imagina que la batalla ha resultado victoriosa para los suyos e ignora tanto la insignificancia del papel que desempeñó como la derrota, así los dos hermanos se desentendían de la huelga y, molidos de sano cansancio, sólo pensaban en comunicarse sus impresiones, y en comer, acostarse y dormir. Francisca, muy en su papel de «mujer de en tiempo de guerra», admiraba a los combatientes y los recompensaba con sus elogios.

—¡Qué cansados deben estar ustedes!

—No tanto, pues cuando se tiene la costumbre de los deportes, se es capaz de todo. Lo único que se nos hace cuesta arriba es descostrar la caldera.

—¿Y los obreros? ¿Qué dicen?

—No lo sabemos; metidos en nuestro agujero, no hemos visto a nadie.

Después de comer, cuando Francisca acababa de iniciar —a petición de su cuñado— el andante de la Quinta Sinfonía («No diga sólo la Quinta, Francisca, porque me recuerda a la señora Verdurin») y desgranaba pausadamente esas notas tan delicadas que se posan como una leve caricia sobre la frente cansada, se oyó cerrarse, con estruendo, en el jardín, la puertecita de la verja; luego unos pasos precipitados sobre el sendero. Francisca sabía, por tales indicios, que había llegado Aquiles Quesnay. Los dos hermanos se pusieron en pie.

—¿Él a esta hora? Algo andará mal...

El viejo entró en el salón, con el sombrero puesto y un bastón en la mano. Lo seguía Pascual Bouchet, tan tranquilo y sonriente como siempre.

—¡Ah, por fin os encuentro! ¿Qué demonios habéis hecho todo el día?

—¿No lo sabe usted? Hemos hecho de fogoneros en la caldera dos.

—¡Ah, vamos! —dijo el abuelo, irónico, agitando su bastón—. Entonces, ¿el puesto del capitán, en vuestro barco, está en el pañol?

—Sí, cuando no hay quien lo sirva —respondió Bernardo, furioso.

Francisca, aproximándose lentamente al anciano, le quitó con discreción el sombrero y el bastón, y le acercó una butaca. Como única mujer de esta familia, desempeñaba junto al viejo el mismo papel que la duquesa de Borgoña en la corte de Luis XIV. Para distraerlo le hacía carantoñas; a veces, con buen éxito. Otras, en cambio, lo odiaba. Pascual Bouchet encendió un puro y empezó su discurso:

—Sí, han dado ustedes pruebas de gran energía, muchachos... Pero, en principio, tiene razón vuestro abuelo: *de minimis non curat praetor*... Y, en efecto, vuestra iniciativa ha dado mal resultado... Acabamos de recibir la visita de uno de mis más antiguos obreros —uno que me es totalmente adicto— que ha asistido a la reunión de la Bolsa del Trabajo, a las seis... Y resulta que los ánimos están muy excitados contra ustedes, contra la Casa Quesnay y Lecourbe... Los fogoneros están furiosos de que las máquinas hayan funcionado a pesar de ellos... Cuentan por ahí que han obligado ustedes a trabajar en las calderas a unos chicos de trece años, que uno de ellos se ha producido quemaduras muy graves, que un tubo de vapor ha estallado... ¡En fin, sabe Dios cuántas cosas!

—Pero, señor Bouchet, todo eso son idioteces; nadie se ha quemado y, si quiere usted acompañarme, se convencerá de que las calderas están en perfecto estado.

—Sí le creo, amigo mío; pero, de todos modos, el daño está ya causado.

—Es fácil probar lo absurdo de todos esos embustes.

—No, amigo Bernardo, no; nada hay tan difícil de desmentir como lo completamente falso... Es mal asunto, malo... ¿No conoce usted la aventura del soldado Vibulenus?... ¿No? ¡Ah, estos jóvenes de ahora no saben por dónde andan!... Pues bien, amigo mío, léala en Tácito esta noche antes de dormir... ¡Verá cómo se vio envuelto un general romano en las

mayores desdichas por haber condenado a muerte a un legionario que nunca había existido!

—Por lo pronto —dijo Aquiles— han decidido impedirnos trabajar mañana por la mañana recurriendo a todos los medios, «inclusive la violencia». Una palabra que nunca habíamos oído en Pont-de-l'Eure. ¡La habéis hecho buena! ¿Teníais más que haberlos dejado llevar a cabo esa huelga, puesto que tanto les divertía?

—No me arrepiento de nada de cuanto hice —dijo Bernardo, con los brazos cruzados, en pie ante su abuelo— y volveré a hacerlo mañana... En última instancia, la fuerza física es la que gana las batallas, y es muy justo. Si los burgueses quieren conservar el mando, han de saber...

El señor Quesnay se encogió de hombros, y, refunfuñando, pidió su bastón y su sombrero. Estando ya junto a la puerta, se volvió con su brusquedad habitual y llamó a Bernardo.

—Además, ¿qué es eso que me han contado de un cartel colocado en la puerta de la fábrica en el que te jactas de desbaratar la huelga a fuerza de millones?

—¿Cómo? —dijo Bernardo, estupefacto—. Lo único que puse fue un aviso anunciando que trabajaríamos mañana.

—¿Cómo estaba redactado ese aviso?

—No me acuerdo bien... Era algo así: «Los señores Quesnay y Lecourbe comunican a su personal que, a pesar de la huelga de fogoneros, han conseguido poner en marcha la fábrica con medios de fortuna^[6] y que...»

El anciano levantó los brazos.

—¡Medios de fortuna! ¡Medios de fortuna! ¡Tienes un modo de expresarte!...

Y, blandiendo su bastón, se alejó hecho una furia.

OceanofPDF.com

XV

En la puerta de la fábrica Quesnay, una gran lámpara de arco voltaico alumbraba con luz fantástica algunos rostros exasperados que se destacaban con extraño relieve sobre el fondo de la multitud que hormigueaba en la densa sombra. Varios centenares de huelguistas, agolpados ante la puerta, vituperaban a los pocos obreros que se empeñaban en querer trabajar. Al llegar, los hermanos Quesnay vieron de lejos, en el sector luminoso, una mujer que se abría paso a empujones y que por fin consiguió escapar con el mantón roto y con unos desgarrones en la falda.

Pálidos y decididos, dispuestos a luchar, se acercaron a los manifestantes. Pero —con gran sorpresa de ambos— les dejaron paso libre y cesaron en sus gritos en cuanto los reconocieron: tal era la ley de esta guerra, así eran las reglas de este juego. El patrono estaba en su derecho defendiendo lo suyo. Incluso era esto un motivo para estimarlos más. Pero los traidores a la causa obrera quedaban sometidos a la ley de sus ejércitos.

Bernardo recorrió los talleres casi vacíos. Sólo habían acudido los que necesitaban tan perentoriamente su jornal que les era indiferente cualquier humillación: algunas madres solteras que lo precisaban para su criatura, algunas viudas sin ahorros...; y sólo tres o cuatro hombres, de esos que se oponen siempre al régimen que sea.

—Es inútil insistir —dijo Aquiles Quesnay cuando llegó, a las ocho—. Manda pararlo todo.

Entonces, empezó a inspeccionar la fábrica acompañado por sus nietos. Las correas fueron paralizando su movimiento giratorio. Los de fuera oyeron el ardiente soplo de las calderas que se iban vaciando. Luego, se inició un gran silencio. El viejo amo de la fábrica —solitario en aquella sala inmensa donde relucían las máquinas ya inútiles y donde colgaban las

correas impotentes— semejaba un gran brujo que, víctima de un ataque de parálisis, contempla con estupor sus miembros inmovilizados. Sin dirigirse una palabra, los tres hombres volvieron al despacho, anonadados por una terrible sensación de tristeza y soledad.

—Y, ¿por qué todo esto? —pensaba Bernardo, andando y con la mirada en el suelo—. Tenemos a toda esa gente contra nosotros. ¡Qué injusticia! También ellos se encontrarán algún día ante las máquinas inmovilizadas. Tendrán tensas sus energías, dispuestos a hacer funcionar los telares, pero no vendrá el carbón de Inglaterra ni la lana de Australia porque se habrá destruido un delicado organismo, por haber destronado a un viejo...

En aquel momento oyó tras él la voz de su abuelo.

—Bernardo, pon derecha esa caja.

Aquiles estaba alineando bien una fila.

En el despacho, encontraron al señor Lecourbe muy excitado y acariciándose precipitadamente su barba de presidente Carnot.

—Los excesos a que se entregan esos agitadores, son incalificables. He visto desde la ventana cómo cogían a Ricard cuando salió de aquí. Le han dado una paliza, le han atado un letrero a la espalda: «Esquirol»; ¡y Renaudin invitó a las mujeres a que lo acompañaran hasta su casa, escupiéndole encima! Hasta cierto punto, y en una cierta medida, no nos conciernen estas querellas entre obreros, y sin embargo...

Bernardo, con los puños crispados, gritó:

—¿Que no nos conciernen? ¿Tratándose del único valiente que se ha puesto a nuestro lado? ¡Qué bajeza! ¡Más vale que cerremos durante un mes! ¡Vámonos de una vez! ¡Marchémonos de Pont-de-l'Eure!

—No digas estupideces —le increpó su abuelo—. Aquí no estamos en el teatro... No hemos sabido llevar este asunto. Ahora hay que esperar los acontecimientos.

El señor Cantaert traía noticias. Renaudin acababa de salir para Louviers, donde se proponía cerrar la fábrica Bouchet.

—Debemos telefonear a la prefectura —dijo Lecourbe— para que lo detengan.

—Con eso le prestaría usted un gran servicio —dijo Aquiles Quesnay.

Luego entabló éste con Bernardo una interminable conversación a propósito de las precauciones que debían tomar para que los tejidos abandonados no se pudrieran en la humedad de los batanes.

Pascual Bouchet —otro gran brujo que llegó por la tarde— fue de la misma opinión.

—Renaudin —dijo— ha desencadenado un movimiento que lo pondrá en un apuro dentro de dos días. El entusiasmo se agota. La semana próxima empezarán sus leales a pedirle cuentas. Si lo convertís en un mártir, lo libraréis de toda responsabilidad. Y los mártires, más pronto o más tarde, resucitan... Hay que esperar.

—Tenga mucho cuidado con el sol, sobre todo —le dijo el viejo Quesnay—; si no se mueven las piezas de vez en cuando, blanquea la parte expuesta a la luz. Luego, con el tinte, quedan en esos sitios unas vetas claras.

—Desde luego —asintió Bouchet—. Yo tenía un antiguo contraamaestre de aprestos que contaba siempre cuánto le habían dado que hacer las vetas del tinte cuando dejó unas piezas en el río una noche. «Y, mentira parece, señor Pascual», me decía el buen hombre, «pero fue esa zorra de la Luna la que nos veteó las piezas en el agua».

Aquiles Quesnay, con su característico movimiento de la muñeca, envió a los jóvenes a combatir contra los astros hostiles.

Los dos viejos quedaron solos: Aquiles, reseco y algo amarillento, y Pascual, bastante rollizo, con su eterna rosa en el ojal. El primero, desde que las sacudidas de los telares no agitaban ya su despacho, estaba abatido y daba la impresión de estar enfermo. El segundo, para distraerlo, le ofreció llevarlo a Louviers y enseñarle su fábrica, también parada.

Era la primera vez que el viejo Quesnay penetraba en aquel misterioso reducto, que tanto tiempo había considerado como la caverna del Espíritu del Mal. Se extrañó de encontrarse con unos antiguos pabellones semejantes a los suyos y el mismo olor a churre y a aceite recalentado. Pero la fábrica era más moderna, los muros parecían recién pintados, se entreveían unos lavabos limpios y unos vestuarios con barras niqueladas...

Pascual Bouchet, buena persona y orgulloso de su reino, paseó por sus dominios al gran jefe enemigo dando muestras de afectuosa complacencia.

Aquiles, turbado por penosos recuerdos y vagos temores, estuvo allí poco tiempo.

Cuando volvió a pisar el suelo de su tribu, pasó un buen rato en el silencioso patio, cruzándolo en todas direcciones y husmeando voluptuosamente el olor de *su* lana y de *su* aceite.

OceanofPDF.com

XVI

Los quince días que pasaron los jóvenes Quesnay en la fábrica aletargada, les parecieron interminables. No había perspectivas de paz. De una y otra parte, se habían pronunciado tantos juramentos que la palabra «conciliación» era considerada vergonzosa en ambos campos. Las calles de Pont-de-l'Eure, asombradas, veían pasar por ellas tumultuosas manifestaciones. Bernardo, que las presenciaba desde las ventanas de la fábrica, admiraba aquel entusiasmo y sentía no poder seguir las.

En primera fila marchaba Renaudin, con los brazos enlazados a los de dos camaradas y el semblante transfigurado por una especie de éxtasis. «En el fondo —pensó Bernardo—, quizás no sea mala persona; y esa popularidad debe de ser tan embriagadora...» Tras él iba un numeroso grupo de muchachas, bonitas, y luego, llevando una bandera roja, el fogonero Ricardo.

—Pero, oye, Antonio, ¿se nos ha vuelto ése también revolucionario? ¡Yo que lo creía trompeta del cuerpo de bomberos y suizo de la iglesia de San Luis!

—Y es cierto —dijo Antonio—. No puede ver un desfile, sea de lo que sea, sin ponerse a la cabeza de él.

—Sería una lástima que no lo hiciera —dijo Bernardo—. Es el tipo ideal de tambor mayor.

La muchedumbre se escalonaba, por orden de entusiasmo decreciente, de manera que al final del cortejo —donde iban a la zaga los viejos y los cochecitos de los bebés— no se sabía ya si veía uno manifestantes, paseantes o contramanifestantes.

Un grupo de sindicatos que cerraba la marcha, impresionó a Bernardo por sus hoscos semblantes. «¡Qué cabezas de septembrinos!», pensó. En

aquel momento, uno de ellos descubrió a los hermanos Quesnay tras la ventana y dijo en voz muy alta, con ingenua sinceridad: «¡Qué jetas tienen de explotadores!» Esto sumió a Bernardo en interminables reflexiones.

Al regresar a casa, encontró a Heurtematte y le dio las buenas tardes.

—Perdóneme, señor Bernardo —dijo el obrero—. No puedo seguir andando a su vera. Dirían que me he vendido... Es horroroso el odio que hay.

Llegó el domingo. Bernardo, después de misa, acompañó a Francisca a casa de ésta. En el jardín, las primeras rosas —perfectas— cincelaban la plenitud de sus formas. Un confuso murmullo musical se elevaba de la pequeña ciudad adormilada y ardiente.

—¡Qué calma! —dijo Bernardo—. ¿Quién creería que ese apacible poblacho pueda envenenar así nuestra vida?... Qué bien está eso que cantaba usted ayer... «Dios mío, Dios mío, ahí esta la vida, tranquila y sencilla...» ¿Creerá, usted, Francisca, que a veces echo de menos la guerra? Era horrible, desde luego; se padecía. Pero, a pesar de todo, ¡qué felicidad sentirse «de acuerdo»! Sabía que mis hombres me respetaban; yo corría los mismos peligros que ellos; estaba satisfecho de mí mismo. Aquí siento que desconfían de mí, que me envidian. Y, ¡es tan injusto! En fin, un hombre como mi amigo Delamain, que sólo trabaja en lo que le apetece y a quien sobra el tiempo, puede permitirse ser socialista y amigo del pueblo y, si se le antoja, hacer que lo aclamen. Y a mí, que en el fondo sólo llevo adelante este estúpido negocio para permitir a unos obreros que sigan trabajando (pues ya sabe usted lo poco que me importa el dinero), a mí me detestan... ¡Ya está bien! Me repugna todo esto; estoy harto... No crea usted que bromeo... Me voy a desentender de todo, me sacudiré de los hombros definitivamente el peso de la fábrica, con sus ladrillos y sus máquinas.

—Y yo, ¿cree usted que no estoy harta? No sé, Bernardo, pero a veces tengo la impresión de que todo esto es una inmensa locura. ¿Por qué viven así todos ustedes? Fíjese en su abuelo; dentro de cuatro o cinco años habrá muerto; pero, ¿qué ha conocido de la vida?, ¿qué hizo en ella? Es un desgraciado maniático, un loco, se lo aseguro, y Antonio también está loco. En cuanto a usted... usted enloquecerá como ellos. Me dice el corazón que

mi pequeño, Bacot, está ya sacrificado. Y yo, por mi parte, soy una desgraciada.

—¿Usted? —dijo Bernardo cruzándose de brazos y mirando a su cuñada—. ¿Y por qué? Usted no tiene una fábrica parada y unos obreros en huelga. Cuenta con todo lo necesario para ser feliz: dos niños encantadores, una bonita casa y una vida fácil.

—¡Qué extraordinarios son ustedes! —dijo Francisca (y ese «ustedes» designaba sin duda a los Quesnay)—. Creen que para tener contenta a una mujer, basta con darle cuanto dinero desee y un beso en la frente de cuando en cuando. No es suficiente. Su abuela y su madre...

—No creo, Francisca, que nuestra abuela haya sido muy desgraciada. Nuestra madre sí, porque era parisina; nunca llegó a acostumbrarse a Pont-de-l'Eure.

—¿Su abuela? Estaba enterrada viva. Su abuelo de usted parecía no enterarse de que la tenía al lado tardes enteras. Durante el primer año de mi matrimonio, me espantaba su vida. Cuando yo me aburría, se asombraba: «¿Por qué no trabaja usted?», me decía; «en mis tiempos toda mujer joven, tenía siempre entre manos la labor». En efecto, ella fue quien hizo esos horrorosos visillos de encaje que están en la casa donde usted vive. Tenía un salón que siempre estaba cerrado por miedo a que el sol estropeará las cortinas. Nunca salía; no llegó a ver Chartres ni Dreux, que están ahí a dos pasos. Cuando yo le decía: «¿No echa usted nada de menos? ¿No ha sentido ganas de ver Italia, Egipto... en fin, de divertirse?», me respondía: «La vida no está hecha para divertirse. He ayudado a mi marido; no me presentaré ante Dios con las manos vacías.»

—¿Y no le parece eso muy bien? —dijo Bernardo con bastante orgullo.

—¿Muy bien? Quizás. Sin embargo, yo no lo comprendo; lo que deseo es ser feliz.

«Son tan iguales —pensó Bernardo—, Simona diría lo mismo.»

—Pero, ¿no cree, Francisca, que ese afán de felicidad característico en las jóvenes de su generación, es más bien una debilidad, un indicio de pobreza interior?

—Es usted como Antonio —dijo ella un poco irritada—. Se conceden ustedes el derecho al descontento y decretan que para las mujeres todo está

bien.

Detrás de ellos, rechinó el sendero. Volvieron la cabeza.

—¡Ah! —exclamó Francisca con alegría—, ¡si es el Pachá!

Era el nombre que los hijos de Pascual Bouchet daban a éste. Lo querían mucho.

Se unió a ellos, sonriente, con su enorme rosa en el ojal.

—¡Vaya cara que ponéis los dos! ¿Algún inconveniente, Bernardo?

—¿Le parece poco lo que hay? —replicó éste.

—Todo va a arreglarse.

—¿Cómo va a arreglarse? Ambos bandos han jurado...

—¿Jurado? ¡Dónde iríamos a parar, amigo mío, si hubiera que cumplir lo que se jura! ¿Que no transigiremos nunca? Eso quiere decir: no dentro de cinco minutos, ni en todo el día de hoy... Ahora bien, mañana... Mañana puede llegarse a un acuerdo.

—¿De qué manera, señor Bouchet?... Si es para continuar sosteniendo con nuestros obreros una lucha sorda, prefiero hacerme chófer de taxi... Necesito sentir que me tienen afecto.

—Un jefe —dijo el señor Bouchet— no es una persona a quien quiera o deteste la gente; es un jefe, es decir, un responsable.

—Bueno, pues convengamos, si así le parece mejor, en que se me han quitado las ganas de ser jefe.

—Afortunadamente, no se le pide a usted su opinión —dijo Pascual Bouchet dándole unas palmaditas en la espalda—. Francisca, niña, ¿dónde están Bacot y Michelina? Por mi parte, Bernardo, aprovecho la huelga para ver a mis nietos. *Renaudin nohis haec otia fecii.*

XVII

Simona Beix había compadecido mucho a Bernardo al comienzo de la huelga. Le había dicho por carta que se imaginaba sus preocupaciones, que lo amaba sinceramente y que pensaba en él. Bernardo respondió con dos líneas en un papelito, con un tono de general que garrapatea un parte en plena batalla. Luego olvidó por completo la existencia de su querida. La emoción de aquella lucha lo hacía incapaz de sentir otras. Dedicado, en cuerpo y alma, a la búsqueda de los medios con que vencer a Renaudin, no cultivaba los necesarios para retener a Simona. Ésta confiaba en que fuera a verla a París, aunque sólo fuese entre un tren y el siguiente.

Al cabo de diez días, sintióse herida por tanta indiferencia y Bernardo recibió una carta de cierta ironía: «No acabo de entenderlo bien, querido mío. Cuando tu fábrica funcionaba, no podías salir de ahí porque funcionaba; y ahora, porque no funciona. ¿Por qué no te declaras tú también en huelga? Te veo sentado sobre un montón de máquinas destrozadas... Bernardo Quesnay sobre las ruinas de Pont-de-l'Eure... O, a lo mejor, subido a un hito, conquistando con tu elocuencia a las masas obreras y conduciéndolas al trabajo. No, no tendrás éxito como orador popular. Creo que te falta un poco de ductilidad, de abandono. Eres demasiado natural para parecerlo. En serio, querido, ¿qué haces? Es preciso que vengas a París el martes. Estaré libre, completamente libre... Puedo ir a buscarte a la estación y pasar el día entero contigo. Telegráfame al estudio la hora de tu llegada.»

Bernardo, al leer aquello, se dijo: «Y, ¿por qué no?» Era verdad, no hacía nada. Durante los primeros días, había ocupado varias horas en adoptar las medidas necesarias para conservar en buen estado las piezas, para concertar ciertas expediciones. Los clientes, que desconocían aquella

huelga, habían seguido escribiendo. Hubo que contestarles. Al cabo de una semana, la correspondencia fue disminuyendo hasta desaparecer totalmente. Pero las costumbres de los Quesnay ejercían tal dominio sobre ellos, que seguían yendo al despacho a las ocho de la mañana. Allí se estaban hasta la hora del almuerzo; volvían, puntuales, a las dos y no se marchaban hasta la caída de la tarde. Estos días, tan largos, transcurrían en interminables y vanas conversaciones; el señor Lecourbe edificaba sus teorías sobre los salarios; Bernardo exteriorizaba una violencia de sentimientos que su abuelo ridiculizaba con un gruñido. Hallaban cierto encanto en esta angustiada pereza. Se parecía a la pereza que se da en la guerra. Como buenos soldados de centinela en una posición poco peligrosa, pero honrosa todavía, los Quesnay sólo podían sentirse en paz con su exigente conciencia negándose el derecho a abandonar su puesto. Permanecían a la cabecera de esta fábrica moribunda como a la de un enfermo que ya no puede hablar, cuya familia espera —con una mezcla de impaciencia, tristeza y compasión— oírle exhalar el último suspiro, y los parientes menos cercanos —fastidiados— hablan a media voz en la habitación contigua, sabiendo perfectamente que su presencia es inútil, pero que no está bien marcharse.

A veces, una visita de Pascual Bouchet, del alcalde, o del comisario, amenizaba un instante la monotonía de las horas. Al principio, trataron de leer Bernardo y Antonio, pero el abuelo Aquiles les dijo con tal retintín: «¡Libros en el despacho!» que hubieron de renunciar a ello. El carácter sagrado de aquel lugar se les aparecía con mayor relieve en los tiempos difíciles.

Bernardo se guardó en el bolsillo la carta de Simona sin dejar traslucir sus sentimientos. Poco después murmuró con fingida indiferencia: «Quizás vaya a París el martes...» Ni su abuelo, ni el señor Lecourbe, ni Antonio le respondieron; los tres estaban mirando con melancólica atención el paño azul que cubría las paredes. Bernardo hubiera debido limitarse a aquellas palabras, pero un oscuro sentimiento de culpabilidad le hizo continuar: «En realidad, aquí no hay nada que hacer.» Entonces, Aquiles Quesnay, elevando sus cejas espesas y enmarañadas, dijo: «Siempre hay algo que hacer», y Bernardo comprendió en seguida lo indigno de su proyecto. Era

vergonzoso pensar en sus placeres en medio de las desdichas de la patria. Llevó muy a mal a Simona el haber sido causa de semejante falta de tacto.

A mediodía, le envió un telegrama: «Imposible abandonar fábrica. Lo siento. Tuyo, Bernardo.» A eso de las cinco, entró un chico de Telégrafos en el despacho de los Quesnay y preguntó por Bernardo. Éste leyó: «Señor, sois rey; aunque lllore yo, os quedáis ahí. Berenice.» Con gesto de impaciencia, arrugó el telegrama y se lo metió en el bolsillo. Los otros tres lo miraron con aire de interrogación y reproche. Los Quesnay no admitían que se recibieran telegramas en el despacho sin hablar de su contenido. Pensó: «Desde luego, no iré.»

Cuando llevó su negativa a Correos, la encargada de Pont-de-l'Eure sonrió; seguía con interés los amores del señor Quesnay y se había preguntado varias veces, desde por la mañana temprano, si cedería éste o no, pero había perdido el hilo cuando Berenice —otra mujer— había entrado en la trama.

No pesó a Bernardo el haberse quedado, pues el martes tuvo lugar un pequeño drama. Hacia las diez de la mañana, el señor Cantaert llegó al despacho, muy conmovido, enjugándose el sudor de la frente y jadeando, pues era muy grueso y había corrido.

—¡Señor Aquiles! —exclamó—. ¡Un muerto!

Todos se levantaron.

—¿Cómo? ¿Un muerto? —dijo Bernardo.

—En la hilatura que está a orillas del río... Es el viejo Leroy; lo han matado.

—Pero, ¿quién? ¿Los huelguistas?

—Sí, señor... Ese Renaudin.

Lo explicó. En aquella hilatura, antiguo edificio de estilo Luis XV a cuyos muros se apoyaban los rosales, quedaban aún algunos telares movidos a mano. Cantaert quiso utilizarlos con objeto de fabricar con ellos las muestras necesarias para preparar la temporada siguiente. Había antiguos tejedores retirados y los había reclutado. Los tejedores a mano pertenecían a una época en que se desconocían los sindicatos y las huelgas. Acudieron con entusiasmo. Los vigilaba el tío Leroy, el viejo a quien Aquiles Quesnay salvara del suicidio. Renaudin estuvo quince días sin

saber nada de aquello. La fábrica, movida a vapor, estaba parada, y nadie pensaba en los telares a mano; ¿cómo inquietarse por una chimenea que no despedía humo? Luego, probablemente, los delató el ruido de los telares, o quizás un espía. De pronto, aquel martes por la mañana, una multitud compuesta por mil quinientos huelguistas había cercado la hilatura, gritando «¡Abajo los esquiroles!» y rompiendo los cristales a pedradas. Los viejos, estupefactos, pararon los telares y trataron de salir. Al verlos aparecer, los huelguistas los acogieron con una borrasca de injurias y silbidos. En aquel momento, se desplomó el viejo Leroy. Como esto pasó inadvertido, la gritería no se interrumpió durante un rato. Luego, al verlo inmóvil, y a sus compañeros inclinados sobre él, se asustaron los manifestantes y dejaron de vociferar. El conserje se atrevió a acercarse y dijo con estupor: «Pero... si está muerto...» Las primeras filas lo habían oído y, como una bandada de cuervos espantados, se alejaron de este cadáver a todo correr.

—¿Lo ha visto usted? ¿Está usted seguro de que estaba muerto? —preguntó Aquiles Quesnay, que desconfiaba de todas las informaciones indirectas.

—Completamente seguro, señor Aquiles. Además, he mandado venir al médico.

—Un muerto —dijo Bernardo—. Esto se pone grave. Lo que es esta vez, ese Renaudin...

—¿Renaudin? —le interrumpió su abuelo—. Es muy probable que Renaudin no tenga nada que ver con eso. Además, no comprendo esta historia. ¿De qué ha muerto Leroy? ¿Le ha puesto la mano encima alguno de los manifestantes?

—No, señor, no. Estaba a diez metros de aquella gente.

—Entonces, le han disparado —dijo Bernardo.

—¡Disparar! —exclamó el viejo Quesnay—. ¿Le tiraron, Cantaert?

—No, señor, claro que no. Ha debido morir de un ataque al corazón.

—No deja de ser cierto —dijo Bernardo— que esa emoción ha sido la causa inmediata de su muerte... Es Renaudin quien lo ha matado... Hay que gritarlo a los cuatro vientos y anunciarlo en letreros en todos los muros de Pont-de-l'Eure.

—Lo que puedes hacer es ir a ver qué ha pasado —le dijo su abuelo.

Bernado fue allá. A través de la verja de la hilatura, vio cómo abrochaba una camisa el doctor Guerin. Se acercó y miró el rostro del muerto. Era un buen viejo de bigote y perilla blanca. En un árbol, cantó un pájaro. Bernardo, impresionado, se destocó.

—¿De qué ha muerto este hombre, doctor?

—No sé, amigo mío. No lo conocía... No encuentro herida alguna, ni contusión. Supongo que ha sido un accidente cardíaco.

Llegó el comisario de policía y preguntó si era preciso telefonar a Evreux para que acudiera un juez de instrucción.

—¿Por qué? —dijo el doctor—. No se trata de un asesinato... Háganlo llevar al hospital; voy a hacer la autopsia.

Por la tarde, fue Bernardo a informarse del resultado; conservaba todavía una vaga esperanza de poder probar la culpabilidad de Renaudin.

—Bueno, doctor, ¿qué hay de eso?

El doctor Guerin se frotó las manos con aire de coleccionista que acaba de hacer un excelente hallazgo.

—Una magnífica angina de la coronaria —dijo con satisfacción.

Bernardo vio al salir que los muros del hospital estaban cubiertos de grandes pasquines rojos. Se acercó y leyó un titular en letras de enorme tamaño:

¡UNA VÍCTIMA DE LOS PATRONOS!

LA RAPACIDAD PATRONAL HA CAUSADO POR FIN UNA VÍCTIMA. UN DESGRACIADO OCTOGENARIO...

XVIII

Al día siguiente por la mañana, telefonearon a Pascual Bouchet que el Prefecto deseaba verlo.

El prefecto, señor Caumont, gran artista en lo administrativo y gran conocedor de los hombres, estaba dispuesto, desde varios días antes, a ofrecer su mediación. Pero, así como los obispos ingleses esperan a que baje el barómetro antes de ordenar las rogativas para la lluvia, así había esperado él, para intervenir, a que la tormenta hubiera producido sus bienhechores efectos.

Sólo el cambio puede sostener el entusiasmo; y a esto se debe el que sea tan difícil el oficio de agitador. En tiempos de guerra, los jefes de gobierno tienen a mano mil atracciones momentáneas para atizar el cebo de sus pueblos: entrada en escena de nuevos aliados, pequeños ataques, notas diplomáticas. También Renaudin hacía por su parte cuanto podía para mantener la exaltación de sus tropas. Pero no le era tan fácil. A veces, bastaban las canciones y las manifestaciones. *La Internacional* les gustaba; luego se cansaron de ella. A falta de otra cosa, se pusieron a cantar «¡Vivan los estudiantes, madre mía!», y, cuando ya no quedó otra cosa, *La Madelon*. Aquellos cuantos días de reposo físico y de violencia verbal les calmaron bastante los nervios. La vehemente elocuencia de los oradores llegados de París desagradó a las masas tranquilas de Pont-de-l'Eure. Los obreros deseaban verse otra vez en los telares y los patronos en su despacho. Lo único que hacía falta era «salvar la cara».

Y ésta era precisamente la admirable especialidad del señor Prefecto del Eure. Una larga experiencia le había enseñado los saludables efectos de una elocuencia «seria». Si dos grupos se hallaban enfrentados y creían odiarse, al verse colocados por aquel orador inimitable en presencia del fondo

común de la humanidad, habían de reconocer que al fin eran hombres y que sus nervios vibraban movidos por la misma llamada.

El señor Prefecto, después de reunir alrededor de una mesa en herradura a los patronos —a su derecha— y los obreros —a su izquierda—, pronunció un breve discurso «del trono». «No siendo sino un simple administrador, sin competencia técnica, se guardaría bien de entrar en el fondo de la cuestión. Si creyó deber intervenir, fue sólo en consideración a las víctimas inocentes causadas por un conflicto entre intereses igualmente respetables; numerosas madres y sus hijos (*vivos rumores de aprobación entre los obreros*) se hallarían pronto expuestos a los horrores del hambre... En un momento en que nuestro país, tan postrado ya por crueles pérdidas (*fuertes rumores de aprobación entre los patronos*), necesitaba la cooperación de todas las fuerzas vivas patronales..., era indudable que el respeto hacia esos deberes sagrados pospondría, en todos los espíritus, los impulsos de la violencia (*entusiasta aprobación unánime*)».

Sin embargo, quedaba por resolver el verdadero problema, esto es, el de los fogoneros. Renaudin, que había dicho: «El quince por ciento, o nada...» quería batirse en retirada, pero no podía. Pascual Bouchet había sentenciado: «*Quod dixi, dixi...*», y deseaba ahora conceder el siete o el ocho por ciento, pero no sabía cómo hacerlo sin caer en el ridículo. Y es que ninguno de estos dos «líderes» estaba acostumbrado al parlamentarismo. En cambio, para el prefecto Caumont aquello era cosa de juego. Los jornales que unos querían obtener y los otros no podían consentir, los concedió él sin concederlos, los negó sin negarlos. Los negó como jornales, pero los concedió como «primas». Los negó sin herir la susceptibilidad del obrero; los concedió sin debilitar la autoridad patronal. Los negó a la vez que alababa la moderación proletaria; los concedió exaltando al mismo tiempo la buena voluntad burguesa.

El proyecto efectuó, naturalmente, varios viajes de patronos a obreros y de obreros a patronos; igual que viaja el presupuesto entre la Cámara y el Senado, sabiendo todo el mundo desde el comienzo de la ceremonia que, después de algunos remilgos de vieja púdica y ofendida, aceptará la Alta Asamblea una «fórmula de transacción».

En un breve discurso final, el señor Prefecto felicitó a los industriales por su iniciativa fecunda y generosa, y a los obreros por su inteligente comprensión de los problemas corporativos.

Alrededor de la mesa menudearon los abrazos y los apretones de manos. Renaudin, muy sonriente, estrechó la mano del señor Bouchet, diciéndole:

—No se guardan rencores.

—Seamos amigos, Cinna —respondió Pascual Bouchet.

Los obreros se reintegraron al trabajo al día siguiente, dichosos de reanudar su vida habitual después de aquellas vacaciones.

Se había firmado la paz, y los trabajadores volvían con la mano abierta. Este candor desarmó a Bernardo. Le costaba mucho creer fuesen aquellos hombres los mismos que, la víspera, aullaban ante la fábrica muerta. Interrogó a los que él había considerado, hasta la huelga, como verdaderos amigos, los que se habían hecho acreedores a su estimación y cuya confianza creía merecer.

—Bueno, y usted, Heurtematte, ¿por qué nos abandonó al segundo día? Nos conoce usted de sobra para saber que no somos capaces de obligar a trabajar a unos niños ni de arriesgarnos a que salte la fábrica hecha pedazos. ¿Eh?

—¿Yo, señor Bernardo? ¡Si yo no he creído esos infundios...! Sólo que, como es natural, tampoco quería que me tomarán los camaradas por un juanlanas.

OceanofPDF.com

XIX

En junio de 1920, pidió Francisca a su marido —con suave insistencia— que le alquilase un hotelito en Deauville. Su hermana, la señora de Thianges, iba a pasar allí el verano, y apenas si la había visto después de la guerra. Además, el aire del mar les sentaría bien a los niños y también ella necesitaba un cambio de aires.

Antonio se defendió durante mucho tiempo. Sólo podría ir a Deauville los domingos; le horrorizaba esa vida mundana; nunca había transportado un Quesnay su casa lejos de la sombra sagrada de las chimeneas; a su abuelo Aquiles le parecería monstruoso ese proyecto. Pero el temor más serio de Antonio era el de que Francisca pudiera aborrecer —al hallarse en un mundo diferente— la vida de Pont-de-l'Eure.

—¿Por qué vamos a marcharnos? —repetía desolado—. Los niños están muy bien en el campo; tienen unas caras estupendas.

—Pues pongamos, si te parece bien: porque se me apetece ese cambio... ¿No te basta con eso?

Como era débil, acabó por ceder; pero tan tarde y con tan escasa habilidad, que su mujer no pudo ni hacerse siquiera la ilusión de que había querido complacerla. El viejo Quesnay se encogió de hombros; ya había optado por considerar el caso de Francisca como irremediable. Marchó ésta a principios de julio.

La fábrica había adoptado, desde la huelga, el régimen de semana inglesa y Antonio prometió estar en Deauville todos los sábados a las cinco de la tarde, pero tenía un auto nuevo en el que había introducido tantos perfeccionamientos que no marchaba en absoluto. El primer sábado, llegó a las siete cubierto de barro. La lluvia, tenaz e intensa, caía sobre los manzanos rodeados de vallas blancas, sobre los geranios rosas...

—¡Por fin has llegado! —le dijo su mujer—. Empezaba a intranquilizarme. Tienes el tiempo justo para vestirte. Cenamos en casa de Elena.

—No, por Dios —dijo Antonio—. Estoy destrozado. Llevo ocho días sin verte. Me ilusionaba la idea de jugar con los chicos. No; telefonéale que no vamos.

—Es imposible; se vendría abajo toda la combinación de su mesa. Verás —continuó con tranquilizadora persuasión y en el tono de una madre que consuela a su hijo—, estará allí un grupito muy interesante: Lambert-Leclerc y su mujer... él es el subsecretario de Abastos; ella, Sabina Leclerc, estuvo conmigo en el internado. Me divierte volverla a ver; es encantadora, aunque algo vulgar. Además, está Fabert; ya sabes, ese autor dramático que ha escrito *La Estepa*, y también irá su mujer; y ese músico joven, Juan Felipe Montel, que es un prodigio. Improvisa parodias al piano; verás qué divertido es.

—¡Qué horror! —exclamó Antonio, espantado.

Pero el buen humor de Francisca era inalterable; desde por la mañana, venía diciéndose: «Tengo que ser amable con Antonio...» Era dichosa, lo pasaba bien, le estaba agradecida por ello a su marido y quería hacerle compartir su contento.

—Te enseñaré en el Casino una española guapísima, y la hermosa Lady Diana Manners... Esta mañana había en la Potinière unos vestidos deliciosos; los míos gustan mucho, ¿sabes?, sobre todo el blanco y rojo. No tengo un aspecto muy «Pont-de-l'Eure»; no te avergonzarás de mí.

Antonio la escuchaba aterrado. Se justificaban sus temores más secretos; había previsto que su mujer se aficionaría a esta vida. Era natural; siendo tan bonita, debía de experimentar un placer embriagador de que se fijaran en ella entre tantas mujeres. Pero él, por su parte, habría preferido hundirse con semejante belleza en algún escondido retiro. Sentíase indigno de conservarla, si para agradarla había de sostener la comparación con hombres de mundo. Quizá habría hecho mejor diciéndole todo esto francamente, pero era tímido y su timidez lo empujaba hacia los garajes y los talleres. Viendo perdida la partida, suspiró y fue a vestirse.

—¡Pobre Antonio! —dijo Francisca con cierto remordimiento—. Te prometo que no te aburrirás.

Aunque la villa de los Thianges estuviese muy cerca, hubo de ir en auto, porque Francisca llevaba zapatos plateados. Antonio permanecía mudo y sombrío. Le quedaba siempre la impresión de que su cuñado Thianges lo trataba con una condescendencia algo despectiva. Y se equivocaba: Mauricio de Thianges tenía un tono de voz protector y tan difícil le hubiera sido variarlo como cambiar la forma de sus cejas. Elena no era tan bonita como Francisca, pero gustaba mucho por la naturalidad de su carácter, suavemente burlón y sin maldad. Contaba con muchos amigos en las esferas más diversas; coleccionaba hombres célebres. Antonio encontró muy presuntuoso a Lambert-Leclerc, y Fabert lo decepcionó. El joven músico Montel (a quien todos llamaban Juan-Felipe a secas) le fue singularmente antipático porque parecía haberse hecho (en tan poco tiempo) muy amigo de Francisca.

En la mesa lo colocaron entre la señora de Lambert-Leclerc y la señora de Fabert: ambas lo asustaron. La mujer del ministro era joven, inteligente y mordaz; la otra era una señora gruesa de carácter bonachón, pero muy aficionada a hablar de actores a quienes Antonio no conocía. Estuvo todo el tiempo escuchando y con los dientes apretados. La rapidez de la conversación le producía una especie de vértigo. Aquella gente parecía haberlo visto y leído todo, y conocer el mundo entero. Cada uno de ellos podía contar con una anécdota a propósito de cada nuevo nombre que el azar de la conversación introducía en el juego. En cuanto alguna voz masculina se callaba, se disparaba la clara vocecita de Elena de Thianges como una especie de lanzadera que, cruzando la mesa, llevase el hilo de la conversación al que debiera reanudarla. Lambert-Leclerc habló de la deuda exterior y relató divertidas historias sobre la Conferencia de la Paz. Luego, sin que Antonio pudiera ver «cómo se había realizado la mutación», apareció en escena Juan-Felipe ejecutando unas paradojas sobre la música negra que Mauricio de Thianges encadenó con la escultura negra.

—Nadie posee en tan alto grado como los negros el sentido de las tres dimensiones —dijo.

«¿Eh? ¿Y por qué?», se preguntó Antonio.

Pero, el segundo en que su atención se había desviado, bastó para que la caza cambiara de dirección. Ahora hablaban del mundo de la inspiración en los artistas.

—¿El tema de *La Estepa*? —estaba diciendo Fabert—. Es una anécdota que me contaron teniendo yo dieciséis años y que ha ido alimentándose y desarrollándose poco a poco con cuanto me ha ocurrido después. Por regla general, no se hace nada aceptable con un tema que no haya pasado en el espíritu el tiempo normal de gestación. Los novelistas aprovechan su infancia, su juventud y raras veces su edad madura. La novela de la vejez no se ha escrito nunca «desde dentro»... Le falta tiempo para madurar.

—¿Y los músicos? —dijo Elena, tirando la lanzadera a Juan-Felipe.

—¡Ah, es muy diferente! Los temas nos los proporciona la casualidad, la naturaleza. Por ejemplo —continuó mientras se volvía hacia Francisca—, esos motivos de mi opereta que le gustaron a usted cuando los toqué ayer tarde, los encontré un día en el bulevar, al pasar por delante del Napolitano. Se cayeron al suelo los platillos de unas tazas y oscilaron en el mármol. Esto produjo un *tu-lu, tu-lu, tu-lu...* Ya había conseguido mi tema. Es rarísimo.

—¿No recuerda usted —dijo Francisca— lo que cuenta Wagner sobre aquel motivo de la trompa, en Tristán, que le sugirió una tarde en Venecia el grito de un gondolero?

Y sonrió a Antonio, como disculpándose.

(«¡También ella!», pensó éste.)

Era muy diferente de la Francisca de Pont-de-l'Eure o de Fleuré. Parecía abrirse como una flor que halle un clima propicio. Antonio habría deseado alegrarse de ello, pero se lo impedía la exasperación que le causaba su propio silencio. Y no es que careciera de cultura; había leído mucho, más quizá que todos los presentes, pero solía pensar pausadamente, en soledad. Y, ahora que reflexionaba sobre lo de la inspiración, también él sabía algunos casos. Por ejemplo, Flaubert concibió la idea de *La Educación Sentimental* durante un entierro... Mientras, la conversación seguía su

camino: catedrales romanas, poetas ingleses, jarrones chinos... Cuando Antonio prestó de nuevo atención, después de haber pulido su anécdota, era ya demasiado tarde: hablaban del amor.

—Creo que volvemos —dijo Fabert— a unas costumbres más sencillas y mucho más próximas a las de los antiguos. Los hombres y las mujeres se acostumbran otra vez a vivir desnudos en las playas; esto hace que el placer sea menos intenso y menos peligroso. No olvidemos que esa extraordinaria mezcla de pudor y de tentación, de instinto y de sentimiento —a la que llamamos «amor novelesco»— es una combinación muy reciente; sólo cuenta ochocientos años de existencia, y quizás desaparezca rápidamente.

—Será una lástima —dijo Elena.

—No, al contrario —replicó Juan-Felipe—; apenas si nos damos cuenta. A nuestros descendientes les parecerá tan natural separar del amor el deseo como a nosotros asociarlos.

—Sin embargo, es muy agradable —dijo Francisca.

Fabert se inclinó y murmuró unas palabras al oído de Elena de Thianges, la cual rompió a reír, y dijo:

—Ha logrado usted ruborizarme.

Juan-Felipe hablaba con Francisca. Antonio daba tales muestras de indignación que su cuñada le dirigió una mirada de reproche y se esforzó inútilmente en hacerlo hablar. Su silencio y su tétrico humor cohibía a toda la mesa. Francisca se dio cuenta de ello y sintióse avergonzada.

(«¡Verdaderamente», pensó, «Antonio es imposible! No hace ni el más mínimo esfuerzo por serme agradable. Qué bien lo he pasado estos cinco días, lejos de Pont-de-l'Eure y de él.»)

Los comensales se levantaron de la mesa y Francisca fue a sentarse con Juan-Felipe junto al piano. Antonio, acercándose, se acodó en éste. Su mujer se levantó. Fabert, testigo de la escena, acudió en su ayuda y la condujo hacia un diván.

—Tengo que preguntarle una cosa —dijo—. Me gustaría saber si hay alguna heroína de novela con la que crea usted tener rasgos semejantes, afinidad...

—Desde luego —dijo Francisca con vehemencia—. Ana Karenina.

—Eso pensaba yo —dijo Fabert con cierta compasión.

Habló un rato con ella. En cuanto se alejó, ocupó Antonio su sitio.

—¿Qué te ha dicho?

Su mujer lo miró, encolerizada.

—Me ha dicho cosas sobre mí que me han aterrado.

—¡Vámonos! ¡Ven! —dijo Antonio bruscamente.

—¿Cómo? Si acabamos de levantarnos de la mesa y tenemos que ir todos a ver la obra de Fabert en el Casino.

—No me encuentro bien; no puedo quedarme. ¿Me oyes, Francisca? No *puedo*.

Lo vio tan agitado que, por temor a una escena pública, optó por ceder. La partida de ambos dejó estupefactos y entristecidos a los Thianges y a sus huéspedes.

Un poco después, habló de ellos Juan-Felipe a la condesa de Thianges:

—¿Qué poco se parece su cuñado de usted a su mujer!

—¿Verdad que sí? Esta noche ha estado insoportable. Nunca hemos llegado a comprender por qué se empeñó en casarse con él. Había desavenencias entre ambas familias, pero estaba locamente enamorada. Verdad es que físicamente está bastante bien, que por entonces era oficial y que a Francisca —precisamente por llevarse tan mal nuestras familias— le parecía novelesco su matrimonio.

—¿Los veremos mañana? —dijo Juan-Felipe.

—Usted, déjela en paz —le replicó, riendo, Elena.

OceanofPDF.com

XX

Antonio permaneció un gran rato en el saloncito de la villa, sin atreverse a entrar en el dormitorio y reunirse con su mujer. En un rincón, había una pequeña biblioteca en la cual encontró *Los Orígenes de la Francia Contemporánea*. Leyó varios capítulos o, por lo menos, los hojeó para tratar de calmarse.

—«Aquellas escaleras de Versalles, tan anchas que ochenta damas con miriñaque...» No es posible —pensó—, no puedo dejarla aquí sola; ¡sabe Dios a qué individuos traerán aún los Thianges durante el verano! Ese ambiente parisiense es de una libertad peligrosa; sí, peligrosa. Francisca es honrada y sabrá darse cuenta... Bueno, ¿se dará cuenta o no? Está ya tan cambiada... ¡Me ha faltado la voluntad necesaria para impedirle venir aquí!

Por fin, hacia las doce, se decidió a subir y hablarle.

—¿Estará dormida?

Lo deseaba; pero estaba despierta. Acostada ya, tenía la luz encendida y esperaba sin ni siquiera leer. Denotaba su rostro una profunda pesadumbre: había llorado.

—¿No estás cansada? —dijo Antonio—. ¿Puedo hablarte?

Ella lo miró, silenciosa, clavándole los ojos. Continuó el marido:

—Lo he pensado a conciencia y creo que me darás la razón. No es conveniente que te deje sola en Deauville. Tu hermana seguirá recibiendo a un montón de gente: solteros, artistas... En ella nada tiene de particular, su marido está aquí. En cambio, tú te comprometerías sin querer... Y eso me haría sufrir muchísimo... Podemos subarrendar fácilmente la villa por el mes de agosto.

—¿Estás loco? —le dijo su mujer, fríamente.

—¿Por qué?

—¿Supones que puedo regresar a Pont-de-l'Eure en pleno agosto... privarme de un mundillo que me divierte... sí, que me divierte... sólo porque tú no destacas en él y porque estás celoso? ¡Nunca! ¿Lo oyes? ¡Nunca! Por mi parte, voy a proponerte otra cosa, Antonio, pues también yo he reflexionado en estas dos horas. ¡Estoy harta de pasarme la juventud enterrada en el campo, unida a un hombre para quien significo menos que sus chimeneas y sus telares! Me quedan todavía algunos años de juventud. Quiero vivir. Devuélveme mi libertad; educaré a mis hijos, y tú podrás dedicarte a tu paño, a tu lana, puesto que es lo único que cuenta para ti en el mundo.

La discusión adquirió una gran violencia. Francisca hizo de los Quesnay un retrato terrible, injusto y verdadero. De aquellos dos corazones atormentados parecía brotar, con fuerza irresistible, una tromba de mezquinas rencillas.

—¿Qué estoy diciendo? —pensaba Antonio—. ¿Qué estoy diciendo? ¿De dónde hemos partido?

Pero no podía contener las palabras. Por fin, se les apareció a ambos claramente la verdad: se odiaban, nada había de común entre ellos. Se callaron.

Antonio se pasó la mano, con dolorido gesto, por la frente y dijo:

—Me duele muchísimo la cabeza; voy a dar una vuelta por ahí fuera; necesito aire.

Salió; la lluvia había cesado. Un inmenso cielo estrellado cubría las villas dormidas. Seguramente sería muy tarde. En el Normandy, algunas luces silueteaban aún las persianas echadas; sólo resplandecía el Casino, como un barco en la oscuridad del océano. Antonio le volvió la espalda y se dirigió hacia el mar, que subía con un chapoteo lento y suave. La playa estaba desierta. Se tendió en la arena. A lo lejos, en dirección a El Havre, giraba un faro. Contó los segundos: «Uno, dos, tres, cuatro, cinco —luz— ...» «Uno, dos, tres, cuatro, cinco —luz—.» Este ritmo lo apaciguó un poco; luego, dejando caer la cabeza hacia atrás, tuvo la impresión de haberse sumergido por entre las estrellas. Las fue nombrando: «La Pequeña Osa, la Polar... Esa que parece una silla... he olvidado cómo se llama. Las Pléyades me hacen guiños... ¡Qué hermoso es todo esto!» El silencio le

sentaba bien, así como la inmensidad e indiferencia del cielo y del mar. Era como si tuviese a su lado un compañero gigantesco, cariñoso y mudo.

—Pero, vamos a ver —se dijo—. ¿Qué me ha ocurrido? ¿De dónde partió la cosa? Todo ha sido pueril. Es como un sueño absurdo. Quiero a Francisca de todo corazón.

Pensó en las pequeñas manías de ella, en su pasión por las flores y las telas antiguas, en ciertas expresiones deliciosas que adoptaba al mirar a sus hijos. «Me gusta todo en ella, incluso su “faceta Pascual-Bouchet”, como diría Bernardo. Y quizás sea eso lo que más me guste. Le agradezco el ser diferente a mí... ¿Entonces, esta noche...? Cuando he llegado, a las siete, estaba como siempre... Ha sido luego... durante la cena.»

Cerró los ojos e intentó, en vano, acordarse. El ruido de la ola que se desparramaba, fue como una caricia.

—No; esto viene de más lejos; lleva dos años desligándose, y la culpa es mía. Cuando nos casamos, me admiraba.

Yo representaba para ella una fuerza por las historias que le contaba de mi vida militar; y, sobre todo, porque para casarme con ella supe resistir la oposición de mi familia... Sí, heroico. Y no he podido convertirlo en realidad, eso es... Le he hecho esperar un amor muy grande, por culpa de los Quesnay. En cuanto estoy en el ambiente de la fábrica, me siento dominado, impotente. Me faltan ánimos cuando estoy delante del abuelo, y hasta delante de Bernardo, si me habla de cierta manera. Algunas mujeres necesitan recibir un don inmenso; y Francisca sólo ha encontrado en mí mezquindad... Me he dado cuenta de todo esto, pero no me he atrevido a decírselo y me he refugiado en esta vida de lectura, de mecánica... Y, sin embargo, habría sido capaz de morir por ella... Sí, desde luego... Es preciso...

Se levantó, y emprendió una rápida marcha por la arena, hacia la villa.

—Esto se va a acabar... ¿Cómo he podido creer que la fábrica y el abuelo Aquiles son más importantes que el cielo, el mar y, sobre todo, que ella?... Es verdad, estaba loco.

Al aproximarse a la casa, echó a correr. Una ventana iluminada estaba abierta; al acercarse, vio asomada a Francisca. «¿Eres tú?», dijo ésta. Tenía miedo. Viéndolo salir de noche, después de aquella escena, había pensado

cosas absurdas: en el posible suicidio, en la muerte, y también ella encontró a su lado un compañero gigantesco y tierno, que se encargó de darle a todo su verdadero enfoque. ¿Había tenido razón? ¿No debía reprocharse haber sido algo coqueta? Intimó demasiado con ese Juan-Felipe durante la semana que precedió a la llegada de Antonio. Sabía muy bien que, si lo trataba unos días más, acabaría él propasándose. Ya el otro día, en el piano, las manos del joven... Mientras, trabajaba Antonio en Pont-de-l'Eure, y trabajaba para ella, para los niños. En el fondo, quería mucho a su marido. Todo lo que ella sabía que mereciera la pena, se lo había enseñado él. Era muy bueno y sencillo. Habría sido perfecto sólo con que ella hubiera podido arrancarlo de la influencia de su abuelo. ¡Pobre Antonio! ¡Cuánto habría sufrido por culpa de ella!

Volvió a acostarse. Su marido entró, se acercó al lecho y arrodillándose sin pronunciar ni una palabra, tomó una mano de Francisca entre las suyas y la besó fervorosamente; Entonces, ella, incorporándose levemente, le acarició delicadamente los cabellos con su mano izquierda. Antonio vio que estaba perdonado.

—Me dirás cuál es tu plan. Viviremos como deseas.

—No, hombre, no deseo nada. Si te parece conveniente, mañana mismo me voy de Deauville.

—¡Qué ocurrencia! Al contrario, quédate todo el verano; vendré con más frecuencia. El abuelo protestará. ¡Allá él!

Su mujer sonrió.

—Me gusta verte así; sólo te pido una cosa: intenta ser más mío que de ellos.

—Lo intentaré —dijo Antonio, besándola.

La halló tibia y abandonada bajo la seda rosa de la camisa.

Despertáronse al amanecer, pues habían dejado abierta la ventana. Un tiempo magnífico. En el horizonte, se confundían mar y cielo en una bruma plateada. Aquiles Quesnay había anunciado a su nieto que vendría a pasar con ellos el domingo. El placer de indignarse le hacía acudir a estos lugares de perdición. Antonio dijo a su mujer: «Si te fastidia atenderlo, yo me

ocuparé de él y tú te quedas con tu hermana.» Francisca protestó: «¡En absoluto, hombre! ¡Al contrario, será muy divertido ver a *Monsieur* Aquiles en la Potinière!»

Llegó a eso de las once, acompañado por Bernardo. El mar, de un gris entre pizarra y plomo; el cielo, surcado por una bandada de nubes rosa; los vestidos de color amarillo, coral, o amapola, salpicaban con sus vivos colores el *beige* de la arena. El viejo Aquiles se negó a tomar asiento.

A sus espaldas gritó una voz alegremente: «¡Señor Quesnay, servidor de usted!».

Se volvió y se encontró con un joven, que se alisaba los cabellos hacia atrás con un movimiento agraciado, y cuya camisa, muy desabrochada, permitía ver su pecho sin vello. La idea de que esta aparición andrógina pretendiera conocerlo, lo llenó de violento furor. Lanzó a aquella criatura una mirada sombría y atónita. Pero el despechugado ser no se inmutó, pues era Juan Vanekem.

Había alquilado en Deauville una villa florecida de geranios que albergaba a todo un harén de mecanógrafas. Desde allí enviaba a los mercados del mundo entero triunfales órdenes de compra.

Dio su nombre, y Aquiles Quesnay no tuvo más remedio que tenderle un dedo, gruñendo unos hostiles «buenos días».

—Bueno, señor Quesnay —dijo el atleta con familiaridad—, ¡esto va subiendo que es un gusto! ¡El peinado a cien francos!

—No se fíe mucho —gruñó Aquiles—. Aún no ha muerto la madre del cordero. Todo se va hacer añicos antes de lo que usted se imagina.

—¡Vamos, no me gaste bromas! —dijo el otro con pesar—. Un día de estos iré a verle a Pont-de-l'Eure... Tengo que proponerle un asunto soberbio... La papelera de Yo-Ko-Nu... Una fábrica en medio de África... La mano de obra, tirada; y en cuanto a las materias primas, selvas enteras... Hasta pronto, y muchos recuerdos a mi primo Lecourbe.

El señor Vanekem se alejó con su paso elástico por la vereda de listones, llevando a cada lado una bonita muchacha; las dos se complementaban: una era rubia, con *sweater* violeta; la otra, morena, con *sweater* pajizo.

—¿Quién es? —preguntó Francisca, extrañada.

—¿Eso? —dijo despectivamente el viejo Quesnay—. Es mi mayor cliente, que va por ahí con el pecho al aire.

En pie, con su chaquetón de alpaca negra reluciendo al sol, contemplaba sarcásticamente a los jugadores de tenis —vestidos de franela blanca—, las bañistas, cuyos senos punzaban la tensa tela del maillot, y el brillante hormigueo de aquella multitud inútil. Francisca pensó que semejaba un brujo a quien todos aquellos locos se olvidaron de invitar, y que, de un solo gesto, iba a metamorfosearlos en renacuajos.

OceanofPDF.com

XXI

Antonio había adquirido la costumbre de no volver a Pont-de-l'Eure hasta el lunes. Le parecía que la vida de la fábrica se había convertido de repente en algo muy lejano y monótono. Era como quien después de mirar mucho tiempo por unos gemelos, los baja de pronto y ve que los objetos se alejan de él y recobran su verdadero tamaño. «¿Es posible —se decía— que sólo fuera esto?» Pensaba ya en el domingo siguiente. Volvía a experimentar la impresión juvenil de cuando era soldado y se pasaba la semana esperando un permiso. Entonces sólo contaba el domingo; ahora, el correo, las rondas por los talleres, las compras de lana se le hacían ejercicios obligatorios, fastidiosos e inútiles como la esgrima a bayoneta, y la vida verdadera se le concentraba en las pocas y preciadísimas horas en que se reunía con Francisca.

Hacia fines de julio, cuando salía de la fábrica con Bernardo, les gritó de lejos un corredor en lanas: «Señores Quesnay, han bajado en Londres...» Asimismo, seis años antes, les había dicho con indiferencia un amigo, abriendo *Le Temps*: «¡Hombre, han asesinado al Archiduque heredero de Austria!»

En aquel momento, la locura de comprar había llegado al colmo y los especuladores, enardecidos con su propio juego, no veían las montañas de lana acumuladas allende el océano —en las estancias argentinas o en las granjas australianas— dispuestas a derrumbarse sobre Europa.

La baja en Londres era leve —una ondulación, apenas visible, de la curva ascendente de los precios—, pero caía en un mercado tan recargado de *stocks* que arrastró todos los ánimos, como basta una gota para precipitar una solución saturada. Los negociantes, que habían comprado en demasía, se dejaron arrollar por el pánico al primer choque y anularon sus pedidos.

El señor Lecourbe los recibió con noble orgullo: «Aun así, tendremos de sobra.»

Pero el contagio fue rápido; y la epidemia resultó muy peligrosa. Los diarios anunciaban la vuelta a los precios de anteguerra. Una conspiración de ahorro unía a los consumidores contra la avidez de los productores. Llevar una chaqueta raída o hacerse volver un abrigo, eran pruebas de virtud. Los nuevos ricos, por esnobismo, dejaron repentinamente de gastar. La amiga de Vanekem, Liliana Fontaine, escribió a Bernardo Quesnay: «¿Podría usted mandarme tela de gabardina *beige*? Quiero hacerme un vestidito.» Surgían *stocks* de todas partes, como ratas ante una inundación. Vinieron las ventas de Amberes. En ellas bajaron los precios por la pendiente a toda velocidad.

Como cuando se detiene un tren violentamente ante un obstáculo (y el primer vagón descarrilado constituye un peligro para el segundo, sobre el cual se estrella el tercero), así fue a estrellarse el impulso de los tenderos contra la obstinación de los consumidores; contra los almacenes atestados chocó inútilmente la fuerza de las fábricas, y éstas, frenando bruscamente, recibieron el choque impotente de los países productores de lana.

El paso de la prosperidad a la miseria, como todas las grandes catástrofes trágicas, se verificó con el estilo teatral y brusco que emplea el Destino. Al comenzar un mes, una industria demasiado dichosa y rica rechazaba desdeñosamente los pedidos inútiles; a fines del mismo mes, se veía esa fábrica abocada a un próximo paro.

Así como, al día siguiente de una derrota, contempla aterrado un general su línea rota y, examinando uno tras otro los puntos sobre los que creía poder contar, comprende de pronto que toda aquella fortaleza no era sino debilidad, pues cada uno de los fortines sólo tenía un valor condicionado al apoyo de todos los demás, así ambos hermanos Quesnay, hojeando sus libros de pedidos cubiertos de numerosísimos tachones con lápiz azul, encontraban por doquier evidentes pruebas del desastre.

—La cosa está grave —decía Antonio a Francisca—. Si esto continúa en esta forma, nos arruinaremos.

Ella aceptó la noticia muy alegremente.

—Me da lo mismo —dijo—; trabajaré. Haré vestidos y sombreros. Me distraerá mucho.

En la Ciudad del Paño, le enseñaban a Bernardo sus clientes gigantescas pilas de telas; algo de miedo.

—¿Que dé trabajo a sus telares?... ¡Pobre amigo mío! Véalo con sus propios ojos; mis sótanos, mis desvanes, todo está atiborrado de tejidos... Y aún me quedan por recibir tres mil piezas. ¡Tengo género para dos años!

—¡Estas pilas! —gritó el joven Saint-Clair, que agradaba a los Quesnay por su manera ruda y directa de expresarse—. ¡Estas pilas me ponen negro! Si a un pobretón se le ocurre venir una mañana a comprar tres metros de paño azul, me lo devuelve por la tarde, con el pretexto de que le había parecido amarillo al comprarlo... ¡Y estas malditas pilas, sin disminuir!

El señor Roch, altanero, recibió bastante mal al embajador de Pont-de-l'Eure.

—¿Tiene usted ganas de broma, amiguito? Si tengo veinte millones almacenados, ¿para qué diablos quiere usted que compre?

—Señor Roch, no le estoy proponiendo un negocio; es un favor lo que solicito de usted. Tengo mil obreros que debo alimentar... Usted ha sido el mejor amigo de mi padre...

—Desde luego, amigo mío, desde luego. Pero su padre de usted nada tiene que ver en este asunto... No se trata de una cuestión sentimental. Se trata de saber si podré, o no, pagar a mis acreedores. Los negocios no se hacen a fuerza de recuerdos de familia.

Al señor Cavé, padre, le propuso Bernardo fabricar los tejidos pesados que preferían para sus albornoces los árabes de Argelia.

—Demasiado tarde, señor Quesnay; Argelia no compra ya... La cosecha ha sido muy mala por allí; los árabes carecen de trigo... Si hubiera usted trabajado el artículo cuando se lo dije, podría haberse abierto paso en ese mercado, pero en la fábrica de ustedes no han hecho nunca más que mirarse el ombligo... En fin, ustedes tienen la culpa.

Bernardo exploró París por espacio de dos largos días, extrañado de su tenacidad en perseguir a unos compradores que, por fin, se le escapaban. Como sucede a los enamorados, la dificultad del oficio empezaba a aficionarlo a él.

XXII

Estaba citado a las cinco con Simona, en un estudio que ésta había alquilado y donde solía recibirlo. A mediodía lo llamaron por teléfono desde Pont-de-l'Eure para decirle que el señor Roch deseaba verlo y lo esperaba a las cinco en punto.

—Eso sí que no —pensó Bernardo—; Roch me está fastidiando. Ya lo visité esta mañana. ¿Qué puede querer ahora? No iré... o, si acaso, iré mañana. Pero mañana me esperan en la fábrica y le he prometido al señor Cantaert ir a ver con él a ese ingeniero de las calderas. Aunque es verdad que el señor Roch nos interesa mucho... (¡Cómo me revientas —le dijo su otro yo—; me estropeas todos mis placeres!)... A lo mejor estará libre Simona un poco antes. Ésa sería la solución.

A las tres y media llamó a la puerta del estudio. Abrió ella y le dijo: «¡Cómo te agradezco que hayas venido tan temprano!» y se puso muy contenta y animada. En un caballete había una silueta de mujer rubia, vestida de negro y con una cintura estrecha surcada de rayas rojas y de azul vivo.

—¡Qué bonito vestido! —exclamó Bernardo.

—Me alegro de oírtelo; más que a la mujer, quise pintar el vestido. Llevo una temporada loca por las telas y por los sombreros. Creo que hay en esto toda una poesía no expresada aún por nadie. Incluso me he entretenido pintando escaparates del bulevar; mira...

—Sí, es estupendo —dijo Bernardo con sinceridad—. Pero, ¿no temes que parezcan ilustraciones de modas?

—Querido mío, salvando las distancias, es como si le hubieras preguntado a Monet: «¿No teme usted que la catedral de Chartres resulte “tarjeta postal”?» Nunca hay que asustarse de la vulgaridad de un tema si le

conmueve a uno verdaderamente. ¿Crees que antes de Berta Morisot y Monet se habría atrevido nadie a pintar los objetos caseros, los bancos de los jardines, las locomotoras...? Cuando ve una por primera vez unos Utrillo, se dice: «Qué idea tan extraña; esto no tiene belleza.» Luego, de repente, yendo por los arrabales de París, le encanta una escuela, un hospital, un café... y se comenta: «¡Caramba un Utrillo...!» Tú, que eres normando, ¿no has visto en el museo de Ruán ese magnífico lienzo de Blanche en el que se representa un almacén de Londres?

—Lo que me gusta de tu talento —dijo Bernardo— es que pintas con mucha honradez. No conozco los términos técnicos, pero quiero decir que tu pintura no está hecha a golpes, no es voluntariamente brutal. En la naturaleza, las transiciones me parecen siempre suaves y creo que muchos pintores (a veces los más grandes) se niegan a verlo para resultar más vigorosos. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Muy bien. Soy, como tú, muy sensible a la tersura de las cosas... Pero hay que tener cuidado, pues existen dos clases de tersura, la de Vermeer o de los grandes italianos, que cubre un relieve expresado ya, y que es auténtica, y luego la de Bourguereau o la de Cabanel, que es una pintura tersa porque es plana... Yo me esfuerzo en hacerlo lo mejor posible... Mira, estoy bastante satisfecha de los hombros de esta mujer...

Bernardo, que estaba detrás de ella, apoyó los labios delicadamente en su nuca y, desabrochándole la blusa, dejó al descubierto los hombros rayado cada uno por una cinta color «parma».

—Querida, cómo me gustas...

Media hora más tarde, Bernardo libró suavemente su brazo de la cabeza de Simona, que reposaba en él, y elevando la muñeca por encima del cuerpo de su amante, la giró levemente. Ella abrió los ojos.

—¿Ya estás mirando la hora?

—Sí —dijo Bernardo un poco avergonzado—; no me había atrevido a decírtelo, pero he de marcharme antes.

—Hace tiempo que lo sabía... Llegó usted a las tres y media. Bueno, y ¿a qué me sacrificará usted esta tarde?

Se lo explicó con toda exactitud.

—Y, ¿no podía usted haber dejado a ese Roch para mañana? ¿Siempre me ha de tocar a mí quedar en segundo lugar? ¡Ah, qué odioso sabe usted hacerse a veces! Tenga cuidado, Bernardito, que esto se va a romper el día menos pensado. No se lo pienso anunciar con tiempo, sino que recibirá usted una carta y se acabó.

—Eso probará que no me ama usted.

—Claro que no le amo. Esto es una comedia bien representada, y nada más. Me pasaré muy bien sin usted. Y, ¿por qué iba a quererlo? No es usted amable, ni divertido, ni me presta atención. Conozco cien hombres más seductores que usted. Si no lo hubiera conocido durante la guerra —en un momento en que necesitaba yo amor y en que era usted muy distinto— francamente, no me habría fijado en usted.

Bernardo la miró, un poco inquieto. Los Quesnay no comprendían bien la ironía. Simona se divirtió un instante viéndole tan sorprendido, y, luego, apelotonándose entre sus brazos, le dijo:

—Sí, hombre, sí te quiero.

El señor Roch esperó inútilmente aquella tarde. Pero Bernardo, cuando tomó el tren de Pont-de-l'Eure en la estación de San Lázaro, sintióse muy descontento de sí mismo. «Eso no volverá a suceder», pensaba.

OceanofPDF.com

XXIII

—Sí —dijo Quesnay—; se han enriquecido demasiados imbéciles; es necesaria una limpieza. En un país caben pocas fortunas. Antes de la guerra, la industria resultaba un oficio difícil. Apenas si podía uno sacar, con mucho trabajo, el cinco o seis por ciento de su dinero; los vagos se arruinaban. Y estaba muy bien.

Examinaba, con su yerno y sus nietos, las posibilidades de seguir tejiendo. Uno a uno, eran sometidos los pedidos que aún les quedaban en cartera al control de un severo juicio.

—¿Boisselot? Hay que anularlo. No puede salir adelante. Tiene dieciocho millones en *stocks*, y perderá por lo menos diez. No tenía fortuna antes de la guerra. ¡Sin salvación posible!... Es lástima, porque es buena persona... ¿Bemma, de Castres? Sí... dejará algunos mechones entre las zarzas, pero saldrá adelante... Sus indemnizaciones de guerra le servirán de colchón... ¿La Sociedad Anónima de Tejidos? Un tinglado administrativo... con su director... No pueden inspirar confianza... Anulad... ¿Cernay? Está perdiendo mucho, pero sabe trabajar; hay que meter las narices en su asado a ver cómo anda...

La incoherencia de estas metáforas distraía a Bernardo de su angustia. El señor Lecourbe las prodigaba: «La cola se está comiendo la cabeza. Tenemos que cambiarnos de hombro el fusil. Nos comeremos lo que nos queda, pero caeremos en pie...»

—Bueno, ¿en resumen, qué? —interrumpió Bernardo—. ¿Para cuánto tiempo tenemos trabajo?

—Para un mes.

—Entonces, o encontramos más o cerramos —dijo Aquiles Quesnay.

—¿Cerrar?... ¿Y los obreros?... ¿Un paro a principios de invierno?

El viejo Quesnay hojeó en silencio el libro de pedidos; luego prosiguió:

—Podemos trabajar al precio de coste... Desde luego... También se puede ayudar a los obreros con un subsidio a los parados... Sí... Pero no se pueden acumular *stocks*. Arruinarse no sirve para nada ni puede beneficiar a nadie... Si queréis mantener el personal, buscad mercados, vosotros que sois jóvenes.

Un movimiento rápido de la vieja mano, reseca y velluda, disolvió al consejo. Bernardo salió el primero. En el patio de la fábrica —donde las cajas de hilos y los barriles de aceite estaban ya más espaciados— encontró a su cuñada.

—Buenos días, Bernardo... Busco a Antonio, necesito franela para los crios de mi obra.

—¿Antonio? Acabo de dejarlo; debe de estar aún despachando la correspondencia.

—¿Con el abuelo? ¡No, gracias! No pienso ir.

—¿Le tiene usted miedo, Francisca?

—¿Miedo? No... Pero cuando me ve en la fábrica, parece como si me creyese la tentación personificada que va a arrancarlos a ustedes dos del Paraíso de los Quesnay... Ese hombre carece de alma, Bernardo.

—Sin embargo, Francisca, es un hombre de una vez. ¿Qué sería hoy de nosotros sin él?

—Mi pobre Antonio está de un humor fatal... ¿Es cierto que van tan mal los negocios de ustedes?

—Escuche los telares... Mi abuelo pretende que, cuando entra en una fábrica, puede conocer en seguida por ese ritmo la situación en que se halla ésta. Cuando el trabajo apremia, el obrero no tiene prisa. El dinero se gana fácilmente, y no es difícil encontrar colocación. Se entretienen charlando con un compañero, o comiéndose un bocadillo... Un trozo de la sala deja de batir, otro vuelve a empezar... como en esas sinfonías modernas; ya sabe usted, esas en que los gritos de los instrumentos surgen espasmódicamente, cuando menos los espera uno. Pero cuando la venta se atasca y es probable el paro, cuando el patrono, aterrado ante la perspectiva de un *stock* ruinoso, desea producir lo menos posible, entonces trabaja el obrero a pleno rendimiento. ¿Oye usted? Es que la cosa anda muy mal.

—Entonces, Bernardo, ¿se quedarán pronto en la calle esos pobres?

—Lo temo. A pesar de todo, he formado una bonita colección. Venga a verla.

La condujo hasta su despacho por escaleras y pasadizos. Sobre un largo mostrador, extendió muchísimas piezas. Había *tweeds* de tonos escandalosos, salpicados de copos rojos, verdes, azules; *saxonnés* de lana suave con delicados matices producidos por hilos de sedas brillantes, anaranjados, parma y rojos, que picaban el tejido con un rayado presente e invisible a la vez...

—Son muy bonitas, Bernardo; me encantaría un traje sastre de ese gris perla... ¿Se siente usted orgulloso?

—Pues sí, francamente. En resumidas cuentas, una hermosa tela puede serlo tanto como un hermoso tapiz e incluso como un bello poema. Además, ¿no le parece que se es feliz creando algo uno mismo?

—Es posible —dijo Francisca con amargura—. Trato de convencerme de ello. Por ejemplo, ahora me ocupo de esa obra benéfica para niños pobres. Reanudo las obras de su abuela de usted; hago lo que puedo.

—Ya lo veo y me alegra mucho —dijo Bernardo—. Nunca se lo había dicho, pero me parecía ver en su vida una «faceta» estética que no era por completo auténtica en usted. Desde luego, tener las cortinas más bonitas, la mejor vajilla... resulta divertido mientras se está creando la novedad, pero en seguida se convierte en una satisfacción negativa. Lo importante es olvidar la propia existencia. Me sucede con frecuencia estarme aquí desde las ocho de la mañana hasta que toca la sirena a las doce, y quedarme la impresión de haber trabajado sólo cinco minutos. Así sí que se desliza la vida.

—Quizá se deslice sin haberla saboreado.

Bernardo abrió lentamente los brazos y, con una mueca desdeñosa, dijo:

—¿Lo cree usted así? Y, ¿qué hay digno de saborearse?

Tale told by an idiot... No; vale más no pensar.

Se acercó un empleado.

—Señor Bernardo, le espera en el almacén el señor Vanekem.

—Perdón, Francisca.

XXIV

Juan Vanekem, un poco molesto por haber estado a punto de esperar, paseaba por el almacén negligentemente. Vestía un abrigo claro, ceñido a la altura de los pechos como los vestidos femeninos del primer Imperio; llevaba un sombrero de fieltro de un gris delicado, y calzaba botines con caña de ante pálido. Su rostro, de galán de cine norteamericano, se adornó con una sonrisa condescendiente al aparecer Bernardo Quesnay.

—¡Buenos días, querido! Pregunté por mi primo Lecourbe, pero los empleados me dijeron que estaba ausente y me he permitido molestarle a usted. En realidad, lo que voy a decir le interesa a usted tanto como a él... ¿Sigue usted bien? ¿Ha visto a Lilian en *La Aventurera*? Está encantadora en ese papel.

Bernardo lo condujo a su despacho, que inspeccionó con una mirada circular algo despectiva, dejándose caer en un sillón muy agradadamente.

—Querido, sabe usted tan bien como yo que la situación actual ha dejado malparadas a las mejores casas. Aunque he operado siempre muy bien, la acumulación de *stocks* por una parte, y por otra el haber fallado las ventas, me han colocado en la imposibilidad de cumplir mis compromisos con la regularidad que yo desearía. Sé perfectamente que, dadas las relaciones existentes entre nosotros, estas cosas no tienen importancia alguna. Sin embargo, considerando que debo a ustedes una cantidad bastante respetable, me he creído obligado —por un escrúpulo de conciencia quizás exagerado— a ponerlos al corriente de la situación exacta en que se hallan mis asuntos...

Bernardo lo escuchaba con sorpresa y desconfianza. «¿Qué se propone? ¿Vendrá a anunciarme su quiebra, con este aplomo y este aire triunfal? En

tal caso, está muy fuera de lugar esa soberbia... Nos debe cerca de un millón. *Monsieur* Aquiles se va a reír de lo lindo...»

—¿Sí? —dijo en voz alta—. No comprendo muy bien qué quiere usted decir, ¿su situación...?

—Pues... es muy sencillo, querido. Mi situación nada tiene de inquietante y estoy en condiciones de dominarla, siempre que inventaríe mis géneros y mis efectos bursátiles a su valor. Además, aquí tiene mi balance...

Se sacó del bolsillo un papelito que tendió a Bernardo.

—Ya ve usted que la situación es completamente saneada y que, con tal de que me dejen tiempo para liquidar...

Bernardo levantó la vista y miró con estupor la bonita cara, gorda y sonriente, de Vanekem.

—¿Saneada completamente? —dijo—. Pero, señor mío, está usted virtualmente en quiebra.

El señor Vanekem, indulgente, pareció más afligido que ofendido ante tan lamentable falta de tacto.

—¡En quiebra! —exclamó—. Querido, ¿cree usted que estamos en los tiempos de Balzac? Nadie quiebra hoy día. Es posible que me vea obligado a solicitar la liquidación transaccional de mis asuntos; pero, no lo creo. Supongo que a mis acreedores —entre los cuales tengo a la vez el placer y el sentimiento de contarles a ustedes— les interesaría aceptar un reparto amistoso del 30 ó el 40 por 100. ¿No opina usted así?

—No me incumbe tomar una decisión en este asunto... Esta misma tarde expondré el caso a mi abuelo y le comunicaré a usted...

El señor Vanekem pareció impacientarse un poco.

—Bueno, pero comprenderá usted que necesito saber a qué atenerme. Si es preciso consultar a todo el mundo, no puede uno maniobrar bien. Así pues, cuento con que me escribirá usted esta misma tarde...

—¿A cómo están las acciones de Ko-Ko-Nu? —dijo Bernardo, nervioso—. Representan una gran parte del activo de usted y además, como por mediación suya somos accionistas...

—Ko-Ko-Nu —dijo Vanekem— es un magnífico negocio, pero no puede esperarse que dé aún todo su rendimiento. El pequeño capital suscrito

hasta hoy ha servido principalmente para retribuir algunas ayudas financieras y políticas y efectuar ciertos viajes de estudios al Bajo Congo, para determinar el emplazamiento de las fábricas. Éstas no han sido construidas aún. Para ello vamos a quintuplicar próximamente el capital. Y los titulares de las primitivas acciones tendrán derecho a cuatro acciones nuevas: es un regalo... Y nada más, querido amigo, no le sigo distrayendo de su trabajo. He de ver en Louviers al señor Bouchet, a quien tengo el placer de contar también entre mis proveedores.

Tendió su mano, enguantada de suave reno. Bernardo lo acompañó hasta la puerta de la fábrica. Un chófer, con sobretodo de caucho blanco, abrió la portezuela de un lujoso cupé de líneas alargadas y rígidas.

—Un Cadillac de los *stocks* —dijo el señor Vanekem, modestamente—. Sí, es un cochecito muy aceptable.

Viendo alejarse la espectacular polvareda en la que envolvía Vanekem su divina apariencia y los últimos días de su gloria dorada, pensó Bernardo —no sin regocijo— en el inevitable furor de su abuelo Aquiles cuando le anunciara el ocaso de aquel dios, y en el sermón de que no se libraría el señor Lecourbe por haber embarcado a la Casa Quesnay en semejante galera.

Sabía que su antepasado había ido a inspeccionar la hilatura situada a orilla del río. Lo estuvo esperando.

—¡Ah, estás aquí! —exclamó Aquiles—. Me he cruzado en la carretera con el auto de ese Vanekem; va como un loco. ¿Ha venido aquí? ¿Qué quiere ahora?

—No quiere pagar los seiscientos mil francos que nos debe. Me ha enseñado un balance que es un primor... con una inconsciencia encantadora.

—¡Ah, ja...! —dijo el viejo Quesnay con un tono triunfal que indudablemente significaba: «Ya ocurrió lo que predije»—. ¡Ja, ja! ¿Conque el tal Vanekem es hombre al agua? Pues bien, ¡le debe cerca de dos millones a Pascual! Me lo dijo él mismo. Esto marcha.

Y se alejó a grandes zancadas, frotándose las manos, en busca de su yerno. Aunque refunfuñaba por principio, le consolaba completamente de su pérdida la alegría de haberla predicho y el saber que su amigo y compadre había perdido muchísimo más que él.

OceanofPDF.com

XXV

El señor Lecourbe y su sobrino Bernardo se encontraron con Pascual Bouchet al tomar el tren de París. El sol matinal hacía brillar los tejados blanquecinos; una bruma rojiza envolvía los árboles con ese ligero vaho característico de los paisajes de Turner.

Lecourbe, deprimido, habló de «la situación».

—Es espantoso. Las mejores casas peligran... ¿Sabe usted que Cavé ha convocado a sus acreedores? Les pide que esperen cinco años; tiene treinta millones en *stocks*. ¡Una casa que data de 1805! ¡Un hombre que no encontraba nunca cuellos duros lo bastante altos para él!... Y también hablan de Roch y de Loceron. Pero, ¿de quién no se habla? Mi primo Vanekem, un muchacho que no tenía un céntimo antes de la guerra, y que luego ha ganado una fortuna, estoy viendo que se queda otra vez con los bolsillos vacíos, por imbécil. En fin, por lo menos tengo la satisfacción de haberlo juzgado en su justa medida... ¿Qué quiere usted que le diga? Todo el mundo ha tirado demasiado de la cuerda, hasta que se ha roto. Hasta cierto punto y en cierta medida, había que esperar lo ocurrido.

—No se ha roto —dijo el señor Bouchet—. Esta Europa de la postguerra es más bien como una cuerda de violín que se estira con excesiva brusquedad; se pone a vibrar. Ahora presenciamos sólo la primera oscilación; por espacio de veinte años veremos una serie de altibajos de amplitud decreciente. Luego, volverá a quedar todo en calma hasta la próxima sacudida. Todo puede arreglarse.

—Nada se podrá arreglar —dijo el señor Lecourbe—. El paro engendra más paro. El único consumidor es el obrero, y no gana. El campesino tiene dinero, pero el campo nunca compra; sólo atesora. Vamos al desastre. Los economistas más notables han predicho una catástrofe mundial. Además,

esto ocurre siempre después de todas las grandes guerras: en 1817, en 1876...

—El mundo no se ha acabado todavía —replicó Pascual Bouchet—. Ahora se produce muy poco. La fábrica de ustedes sólo funciona a medias, y lo mismo la mía. Pronto aumentará la demanda. Todavía hay gente que se viste.

A través del cristal de la ventanilla, contemplaba Bernardo la inmensa llanura que cruzaban lentamente un hombre y un caballo. Le infundía confianza escuchar las lamentaciones del señor Lecourbe, infalible en el error.

—Vivimos en una triste época —dijo Lecourbe con acento trágico.

—¿Triste época? —protestó Bouchet—. No estoy de acuerdo con usted; estos tiempos me parecen admirables. Antes de la guerra, no podía abrirse paso el hombre de negocios genial. Hoy, en cambio, para sostenerse se necesita inteligencia y sangre fría. ¿Vivimos en plena tempestad? Muy bien, pero sabemos nadar. ¿Estamos en una hondonada? Esto prueba que volveremos a elevarnos... Los imbéciles venden cuando todo baja y compran cuando todo sube; luego les asombra verse arruinados... Mire, amigo Bernardo, es usted joven y tiene facultades; le voy a proporcionar el secreto de la fortuna... Haga lo contrario de sus compañeros... Como la mayoría de los hombres son imbéciles, puede usted tener la seguridad de haber operado bien.

Estaban llegando. Ya se erguían las casas de cinco pisos, aisladas en los campos pelados, como piedras que esperan a ser utilizadas en la construcción de una ciudad de nueva planta. Cézanne sucedía a Watteau. Bajo el sol de junio, algunos rincones arrabaleros —de horrible belleza— proyectaban sombras angulosas y duras. La estación de Asnières, importante y ridícula, enmarcó al tren con sus andenes desmesurados.

—Vamos —dijo Pascual Bouchet—. Hemos llegado. Volveremos a ver a estos buenos clientes.

—Es necesario... —dijo Lecourbe, mientras se arreglaba un poco—, es necesario que se estabilice la situación en un sentido o en otro.

XXVI

Bernardo iba a pasar la tarde con Simona, cuyo marido se hallaba ausente. Hacía varias semanas que no la había visto, ya que apenas si podía salir de la fábrica desde que la situación era tan peligrosa. Varias veces, después de haberle prometido ir a verla, había tenido que aplazar la cita a causa de inesperadas dificultades, de algún trabajo urgente que debía terminar o de los caprichos de su abuelo Aquiles, al que los acontecimientos agriaban el carácter. Se había propuesto verla el domingo, pero este día, precisamente, era el único en que a Simona le resultaba totalmente imposible quedarse libre. Le escribió ésta una carta irónica e ingeniosa y mostrándose bastante descontenta.

—¿Cómo irá a recibirme? —se preguntaba Bernardo mientras el taxi lo conducía hacia el estudio—. Comprendo muy bien su punto de vista. Tiene un marido aburrido y muy casero. Necesita un compañero de existencia que comparta sus aficiones, que salga con ella, que la lleve a los conciertos, al teatro... Lo malo es su convicción de que yo podría vivir en París y que me bastaría con desearlo. No es verdad. Una casa como la nuestra no puede administrarse bien sin vivir en ella... Claro, me respondería que una fábrica no constituye la finalidad de la vida. Quizás; pero entonces hay que decidirse. Lo que resulta de una hipocresía insoportable es aceptar los privilegios de una clase sin aceptar también sus funciones. Preferiría...

Se dio cuenta de estar hablando en voz alta en el coche. «¡Calma, hombre, calma!», se dijo, y trató de imaginarse las delicadas facciones de Simona y el sonido de su voz, que era claro y un poco velado a la vez, como las notas altas de un piano cuando se apoya suavemente el pedal.

No parecía estar demasiado enfadada. Ni siquiera aludió a las citas fallidas. Había preparado un pequeño refrigerio, muy ingenioso, que ella misma sirvió, compartiéndolo con él.

—Ahora —le dijo— quiero que poses una hora para mí. Siempre dije que haría un retrato tuyo.

—¡Qué ocurrencia! ¿Por qué ha de ser esta tarde? No se ve casi nada.

—Veo lo suficiente para dibujar.

Mientras él posaba, le describió Simona un té al que había asistido hacía poco: «Estaba la señora de Noailles... Deliciosa, créeme; dijo cosas muy interesantes sobre Barrés. Además, Jean Cocteau, los Pitoëff...»

Poseía una grandísima habilidad para imitar; no sólo reproducía la voz y los gestos, sino que improvisaba para cada personaje recitados completamente verosímiles: «Había también un poeta español; nos ha recitado unos sonetos. ¿Quieres que te recite un soneto español?»

—Pero, ¿sabes el español?

—Ni palabra, pero como nadie comprendía, resultará igual; te voy a reproducir el ambiente.

—Es verdad —dijo Bernardo cuando ella terminó—, es un magnífico poeta. Enséñame el dibujo.

—Espera aún cinco minutos. Tienes difícil la boca.

—¡Qué encantadora eres! —exclamó de repente Bernardo con evidente e ingenua sinceridad.

—¿De verdad que te lo parezco? Si me perdieras, ¿me echarías de menos?

—No te perderé.

—Bueno, pero en caso de que me perdieras, ¿te acordarías de mí? ¿Por mucho tiempo? ¿Cuánto? ¿Tres meses? No creo que llegara a tanto. Tienes muy mala memoria. Yo, en cambio, podría dibujarte dentro de treinta años, podría imitar tus gestos. En el fondo, no eres artista... No importa, te quiero tal como eres. No querría cambiar nada en ti, ni siquiera ese demonio de carácter que tienes. No intentes mirar la hora; hoy seré despiadada. Puedo volver a casa a la hora que quiera, a las cuatro de la mañana si me parece, pues estoy sola... Sí, sí, ya sé que te levantas temprano. Bueno, todo lo que puede ocurrir es que estés cansado mañana.

Lo tuvo con ella hasta el alba. En la calle Jouffroy encontraron un taxi que iba a encerrar.

—Calle de la Universidad, 24 —dijo Bernardo.

Simona vivía en el 14, pero siempre se apeaba a cierta distancia. Cuando cruzaban el Sena, Bernardo sintió un escalofrío. Simona, muy silenciosa, se acurrucaba contra él, que cerraba los ojos. El auto se detuvo. Bernardo ayudó a Simona a apearse. Era un día gris y triste. Los cajones de la basura se alineaban a lo largo de la acera. La calle estaba desierta.

—¿Hasta cuándo? —dijo Bernardo.

Ella, sacando rápidamente una carta de su bolso, se la tendió y salió corriendo. Un instante después se oía un ruidoso portazo. Bernardo permaneció un momento en la acera, extrañado, y luego, subiendo de nuevo al coche, dijo al chófer: «Estación de San Lázaro», y abrió el sobre.

«Ésta, Bernardo, es una carta de despedida, de verdadero adiós, pues no volverá usted a verme... No vaya al estudio, porque no hallará a nadie. No me escriba; no leeré sus cartas. He sufrido demasiado, y no quiero sufrir más. No creo que haya comprendido usted hasta qué punto lo he amado. Tengo yo un poco de culpa; como me horroriza el melodrama y el énfasis, me ponía a bromear cuando me sentía demasiado desgraciada. Lo terrible en usted es que no tiene dónde sujetarse. Su verdadera vida está ausente mientras está usted conmigo; esto no lo puedo soportar. A pesar de todo, le quiero. Le quiero a usted por razones que le sorprenderían mucho. Le quiero porque sus espaldas se parecen a las de las estatuas egipcias, porque es usted ingenuo y joven, incluso en esos escrúpulos que me parecen tan estúpidos. Le quiero por las frases tan bonitas que me ha dicho sobre mi belleza, frases que habrá usted olvidado ya, pero que yo recordaré durante toda mi vida. Te amo porque el placer te sienta bien. Podría amar hasta su frialdad, pero lo que me exaspera, lo que me separa de usted, es cuando quiere convencerse —y convencer a los demás— de que son virtudes esa frialdad de sentimientos y esa devoción por su oficio. Lo único que ocurre, querido, es que son innatas en usted. Se complace en decirse a sí mismo: he nacido para ser un filósofo ocioso, y cree usted estar ejerciendo toda esa actividad industrial como un martirio. No es verdad. En el fondo, le encanta. Nació usted para ello. Me hizo una semblanza de su abuelo; no

tardará usted mucho en ser como él. Créame, soy muy clarividente tratándose de usted. Esa abnegación suya es una forma de egoísmo, aunque con un nombre más bonito.

»Tenía interés en decirle todo esto porque admito que sea usted tal como es, pero no que juegue a dos barajas. Mucho más adelante, si no me ha olvidado usted por completo (contigo no sabe una nunca a qué atenerse; es posible que ocurra así), quizás empiece a comprender que ha desperdiciado un gran amor y que, al fin y al cabo, es una lástima. Se casará con una jovencita de por allá. Será horriblemente desgraciada. Quizás se dé menos cuenta de ello que otras mujeres, por desconocer a qué sabe la dicha. Tardaré muchísimo en hacerme a esta separación, pero más vale una añoranza que se extingue lentamente que esta vida de duda, espera y decepciones que he llevado desde que lo conozco a usted. Adiós, queridísimo mío; me alegro de haber tenido este valor; sólo te he amado a ti; te amo.»

Bernardo leyó tres veces la carta, y se encontró frente a su hotel. Subió a su cuarto, se tendió en la cama sin desnudarse y lloró un poco. Luego, se durmió. Soñó que cruzaba una sala de tejido y que se le acercaba una obrera. Ésta le enseñó un número de la *Illustration* que contenía reproducciones de cuadros. «Mire usted, señor Bernardo, le he hecho a usted este retrato y no han querido publicárselo porque no soy más que una obrera.» Bernardo miró el dibujo y le pareció muy bueno; su rostro resultaba rudo y benévolo a la vez. Así era como él solía verse a sí mismo. «Es natural —pensó—; si este retrato lo hubiera realizado Francisca o Simona, lo admitiría toda la gente, pero como es de una obrera, lo han rechazado. —No se preocupe —le dijo a la mujer—, escribiré al Presidente de la República.» Y, esperanzada, volvió al telar.

Se despertó a las ocho. Cuando salió del hotel hacía un tiempo despejado y frío; las gentes andaban de prisa, contentas. Bernardo sintió el impulso de actuar, de trabajar, y notó de pronto cómo bullía en él la vida. «¿Cómo es posible que me sienta así?», se dijo. «Tengo una pena intensa, adoro a Simona, mi vida ha perdido todo su significado...» Largas pandillas

de muchachas salían de la estación de San Lázaro; las contempló con agrado: algunas de ellas corrían torpemente, pero con gracia. Él también salió en dirección a la ciudad, con paso seco y decidido. A las nueve en punto llegaba a casa del señor Roch.

OceanofPDF.com

XXVII

Antonio Quesnay presidía la Sociedad de Antiguos Combatientes y Mutilados de Pont-de-l'Eure, cargo que le obligaba a salir solo —una vez al mes— después de cenar, para asistir a las reuniones. Se había establecido la «tradición» de que esas tardes cenase Bernardo en casa de Antonio para acompañar a Francisca. Ésta esperaba impaciente estas veladas porque Bernardo las solía aprovechar informándola de los nuevos acontecimientos de su vida sentimental. Las relaciones amorosas de su cuñado divertían a Francisca: le gustaba figurarse a este Quesnay tan Quesnay apartado de su trabajo por obra de una mujer, y, además, le proporcionaba esta aventura una satisfacción bastante parecida a la que puede dar una novela. A menudo, Bernardo no tenía novedades que contarle; entonces hablaba de la fábrica, de música... Antonio regresaba a las diez sin que en su ausencia se hubiera pronunciado el nombre de Simona Beix. En tales ocasiones, Francisca se iba a acostar decepcionada. Pero cuando Bernardo tenía confidencias que hacerle, ya lo adivinaba ella durante la cena, pues lo veía muy silencioso, sin interesarse por ningún tema de conversación, mirando con impaciencia su reloj y tratando de apresurar la marcha de Antonio.

Una de estas cenas tuvo lugar poco después de la carta de ruptura que le entregara Simona. Bernardo, en cuanto se levantaron de la mesa, se puso a recorrer la biblioteca en todos sentidos; cogía un libro, lo hojeaba, volvía a ponerlo bruscamente en el estante. Antonio se retrasaba; fumaba un puro y contemplaba el jardín, tranquilo y feliz. Sentíase en disposición de charlar y encontraba mudos a los dos. Por fin, se levantó: «En fin», dijo, «tendré que ir a la reunión... Tengo muchas ganas de presentar la dimisión».

—Hasta luego —le dijo Bernardo en seguida.

—Hasta ahora, querido —dijo Francisca alegremente.

Oyóse un fuerte portazo (todos los Quesnay cerraban las puertas violentamente); luego, el motor del coche, el leve chirrido de los cambios de velocidad y el roce de los neumáticos sobre la arenosa avenida.

—¿Un cigarrillo? —dijo Francisca.

—Sí, encantado... ¿Quiere usted dar una vuelta por el jardín, Francisca? Hace una tarde estupenda.

Salieron; el sol se ponía en el eje de la prolongada rosalada. Los perros les salieron, alegres, al encuentro; ambos se inclinaron para acariciarlos y luego se dirigieron en silencio al vergel. Francisca se volvió hacia Bernardo y le sonrió, mientras un vientecillo tibio le alborotaba un poco los cabellos. Tenía su cara una expresión de feliz curiosidad. Dijo:

—¿*Well*? ¿Qué gran noticia va usted a comunicarme?

—¿Cómo sabe que le voy a dar una gran noticia?

—Porque es usted el hombre menos capaz de saber ocultar esas cosas... Desde que llegó usted a casa, estaba deseando echar al pobre Antonio... Bueno, ¿qué? ¿Qué ocurre? ¿Se casa usted por fin con ella? Me parecería estupendo.

—¿Casarme con quién?

—¿Con quién? ¡Bernardo! Con su amiga, claro está.

—Al contrario, Francisca. Me ha abandonado... Sí; anteayer, cuando la llevé a su casa, me entregó esta carta en el momento de despedirse... La he traído para que la lea.

Francisca cogió la carta, se detuvo debajo de un manzano y empezó a leer para sí. Bernardo, de pie a su lado, trataba de seguir la estela de impresiones que la lectura producía en el rostro de ella. Cuando llegó a la frase: «Te amo porque el placer te sienta bien», la vio suspirar. Volvió Francisca la página, y Bernardo le puso la mano en el hombro para continuar leyendo conjuntamente. Le sorprendió la placentera sensación que le daba aquella tibieza a través de la seda y retiró la mano con brusquedad. Francisca no hizo movimiento alguno para separarse de él. Al terminar de leer la carta, se la devolvió.

—¿Eh? —dijo Bernardo—. ¿Qué le parece? ¿Cree usted que volverá?

Francisca reanudó la marcha lentamente.

—Es difícil saberlo... No creo... Parece muy orgullosa y no querrá humillarse. Además, que no lo quiere a usted. No es una carta de enamorada... Escribe demasiado bien... Y tiene el valor suficiente para no seguir con usted.

—Creo que se equivoca usted —dijo Bernado—. Siempre es absurdo que un hombre diga de una mujer: «Te quiere.» Da una impresión de ser un tremendo fatuo, pero sinceramente, tengo razones para creer que me ha querido. Si no, ¿por qué lleva tanto tiempo...? En cuanto tenía yo una hora disponible, se ponía a mi disposición... Además... no se lo puedo explicar bien... Le aseguro que tuve yo la culpa, me he portado muy mal con ella. La he pospuesto a todo lo demás que hay en mi vida, a la fábrica, a los clientes... ¡Dios mío..., qué bruto he sido algunas veces! Un día la dejé plantada del modo más grosero —a una mujer tan hermosa— para ir a discutir con un hilador... Durante la huelga, ni siquiera le escribí... Me enviaba cartas de cuatro carillas y yo le contestaba con telegramas... Si no me hubiese querido, hace dos años que me habría escrito esta carta. Todo ha sido culpa mía.

—Si lo hubiera amado, nunca le habría escrito... Sí, Bernardo, por lo visto es usted un amante odioso, con esa frialdad, esas doctrinas y sistemas, y esa moral que lo caracterizan a usted; pero una mujer enamorada soporta aún más... Yo, si amase a un hombre...

—¡Francisca!, ¿si lo amase...? Supongo, claro, que ama usted a un hombre. Pues, ¿y Antonio?

—No comprende usted a las mujeres, Bernardo. Ni las comprenderá jamás... Sí, de acuerdo, estoy casada, quiero mucho a mi marido, quiero mucho a mis niños, quiero mucho a mi casa... Y ésta será siempre mi vida... Pero, ¿cree usted que no sé que existe otra cosa... un sentimiento tan fuerte que la familia, el amor propio, la dignidad, en fin, todo, quedan relegados por él? Le extraña oírme hablar así; sé que no le soy simpática; es usted púdico... un Quesnay... Pero eso es hipocresía. Usted sabe lo que es para el hombre el deseo... Bueno, pues, para la mujer, amiguito, es exactamente lo mismo; y ante esta realidad, no cabe hacer nada... Y si su Simona lo quisiera a usted, ya podía usted hacerla de menos, engañarla, humillarla, que nunca le habría escrito esta carta... Nunca.

Para pasar del vergel a la huerta, había un sendero que se iba estrechando entre dos vallas, y ambos hubieron de avanzar muy juntos. Bernardo sintió contra su brazo doblado el firme contacto de un seno joven. Prolongó este contacto un instante más de lo necesario. Cuando la senda volvió a ampliarse y quedaron separados, respiró Bernardo profundamente. Una larga cenefa de claveles blancos esparcía en el aire un perfume intenso. Ya no había sol y los murciélagos volteaban en el crepúsculo.

—¿Y usted? —dijo Francisca, aspirando la fragancia de los claveles—. ¿La echa usted de menos?

—No sé... Tengo la impresión de haber perdido algo muy hermoso y de gran valor... En cuanto me quedo solo, recuerdo aquel cuerpo... Me digo: «Nunca volveré a verlo», y me parece inconcebible. La necesitaré de un modo terrible... y, sin embargo, tengo a veces como una sensación de alivio... Me he liberado de algo... Cuando esté en París, y den las cinco, no tendré que decirme: «Voy a llegar tarde, Simona se va a enfadar.» Puedo trabajar tranquilamente, sin turbación. Si vuelve a mí, me encontrará tal como era... Tan insoportable como siempre; sería el mismo.

—Y ¿por qué se empeña en serlo? Sabe usted muy bien que es absurda esa actitud.

—Porque no puedo ser de otro modo; porque hay que hacer las cosas bien... ¿Recuerda usted ese relato de Kipling titulado *El Hombre que quiso ser rey*?... ¿No?... Sí, mujer, aquel aventurero inglés que llega a ser rey de un pequeño país del Himalaya y a quien todos respetan profundamente hasta el momento en que quiere unirse a una mujer... Entonces, sus súbditos se dan cuenta de que es hombre... En eso radica todo... El hecho es que a Simona me atrevía a decirle: «No vendré el sábado porque mi abuelo me necesita en Pont-de-l'Eure.» En cambio, nunca me habría atrevido a decirle a él: «No volveré el lunes porque mi querida necesita que almuerze con ella...» ¿Comprende usted ese matiz?

Apenas si la veía ya en el camino, pero frecuentemente, al pasar ante un grosellero mayor que los otros, no podía evitar el rozarla. Hubo un momento en que tropezó ella y, sujetándose fuertemente en el brazo de Bernardo, continuó cogida de él.

—No, no lo comprendo —contestó—. Dice usted: hay que hacer las cosas bien. Pero, ¿por qué dar preferencia a las de Pont-de-l'Eure? No hay razón alguna para ello... ¿Quién ha decretado que esté usted ligado a Pont-de-l'Eure para toda la eternidad? Ha nacido usted aquí; nada más. Es una casualidad como otra cualquiera. De no haber sido usted, hubiera sido otro.

—Ésa no es manera de razonar —dijo Bernardo.

Ya estaban de vuelta en el mismo paso estrecho de antes. Ahora formaban los arbustos laterales, bajo la bóveda de los tilos, una especie de túnel totalmente oscuro. Penetraron en él. Bernardo tropezó con una rama y, al extender los brazos, encontraron sus manos la cadera de Francisca. De repente sintió un voraz deseo de estrecharla contra sí. Sintió que una cabeza se recostaba en su hombro. Apoyó los labios a la casualidad y halló el frescor, delicioso y húmedo, de otros labios. Se le borró de pronto el mundo.

—¡Uuu! ¡Uuu! —gritó una voz lejana.

Era la llamada habitual de Antonio a Francisca. Ésta se desprendió lentamente de aquellos brazos y, sin turbación alguna, con mucha naturalidad, respondió:

—¡Uuu! ¡Uuu!

Luego, anduvo con más rapidez. A lo lejos, se oían los pasos de Antonio sobre la arena.

—¿Dónde estáis?

—Aquí, hombre —dijo Francisca—. Atraviesa por el césped.

Bernardo iba tras ella, furioso contra sí mismo, y pensaba: «¿Qué nos ha pasado?» Para no ver a Antonio a plena luz, le dio las buenas noches en la oscuridad y se negó a entrar un rato en la casa.

OceanofPDF.com

XXVIII

En la fábrica «Quesnay y Lecourbe» los tejedores sólo trabajaban tres días por semana. Bernardo —como un buen médico que se alegra de oír los latidos, por débiles que sean, de un corazón amenazado— recorría las salas escuchando con delicioso placer los pocos telares sobrevivientes. Informado perfectamente de las verdaderas energías que quedaban a la fábrica agonizante, pensaba en las cantidades tan pequeñas que habían de fabricarse antes del colapso final.

—Estos telares podrán tejer gabardinas durante quince días más... Para esas mujeres, me quedan aún cien piezas de «soldado servio»... Después, nada... Las pobres no se dan cuenta de lo frágil que es todo esto. ¿Qué haremos? ¿Dónde podríamos buscar...?

Los obreros lo veían pasar, curiosos y confiados, como la gente civil que encuentra a un oficial en una ciudad bombardeada. En tiempos de paz, lo han juzgado, a menudo, sin indulgencia. Han contemplado su uniforme asociándolo a recuerdos de huelgas y de cuartel. Ahora, felices al verlo, confían en que los defenderá. Este cambio de actitud —tan impresionante, tan profundo— le resultaba a Bernardo agradabilísimo.

Todas sus fuerzas tendían ahora hacia un objetivo pequeño, que antes le hubiera parecido muy poco interesante: buscar compradores, seguir funcionando. En Francia era inútil insistir. Pero quizás estuviera mejor la situación en América, en el Este europeo o en los países —de alta cotización— del Norte.

Habló de esto con su abuelo, que lo miró indignado:

—¿Con los «exóticos»? ¡Nunca! Antes cerrar.

En vano atacó Bernardo durante varias semanas a su antepasado.

—No, no —le respondía éste—. Nunca lo hemos hecho.

—Pero, en resumidas cuentas —argumentaba Bernardo—. Inglaterra y los Estados Unidos no son países de salvajes ni de bandidos. Allí se hacen miles de millones en los negocios. ¿Qué teme usted? ¿Que no le paguen? Tenga en cuenta que allá hay tribunales como aquí.

—Gente a la que no se conoce... —gruñó Aquiles Quesnay.

Las aventuras le aterraban más que la muerte. Por fin encontró su nieto el arma que necesitaba.

—Pascual Bouchet trabaja ahora cinco días por semana... Tiene pedidos importantes de Holanda y de Rumania.

—¿Pascual? —dijo el viejo irguiendo la oreja—. ¡Ah, conque trabaja cinco días! No me lo había dicho.

Al día siguiente, sin que Bernardo abordase de nuevo el tema tabú, fue el viejo quien comenzó tímidamente:

—Después de todo, Holanda, si bien se mira, no está tan lejos... No se perdería nada con que fueras tú a ver...

Antes de marchar, tuvo Bernardo que ir a despedirse de Francisca. No había vuelto a verla desde aquel beso nocturno. La verdad era que había huido de ella. Se había negado, por dos veces, a comer en su casa. En la fábrica la vio de lejos un día, pero en vez de acercarse a saludarla, como hacía siempre, se refugió en el cuarto piso, en el taller de las cardadoras, y no reapareció en el terreno peligroso hasta mucho después. No sabía qué decirle. ¿Qué pensaría de él? ¿Esperaría que aquel gesto fortuito señalase el principio de un verdadero amor? ¿Anhelaría otras veladas semejantes, citas más secretas; o, por el contrario, se habría visto sorprendida, como él, por lo ocurrido? «Pero, ¿qué nos pasó aquella noche?», se repetía. «Nunca me he sentido más ajeno a un acto mío... Ni siquiera puedo sentir remordimientos... Ni por un momento he pensado: “Ahora voy a besarla”; sino que de pronto me he sorprendido a mí mismo besándola.»

Sin embargo él tenía parte de culpa. Había deseado y buscado, durante todo aquel atardecer, contactos imperceptibles, pero deliciosos. ¿Era esto un crimen? ¿Era desleal? Muy poco, en verdad. Lo desleal habría sido continuar conscientemente lo que había empezado sin saberlo. Era

imprescindible olvidar ese minuto. No formaba parte del resto de su vida; se le podía extirpar sin peligro. Desgraciadamente, experimentaba un placer tan intenso representándoselo, que lo volvía a vivir a veces en pleno trabajo. De repente, en una avenida de telares, entre los batanes que secretaban un agua amarillenta, sentía el húmedo frescor de aquellos labios y el contacto de aquel cuerpo entre sus brazos.

Lo que también le extrañaba era no sentirse distinto en presencia de Antonio. No le costaba esfuerzo dar sensación de naturalidad. Antonio —hermano suyo— y Francisca —su cuñada— no parecían tener relación con los personajes de la minúscula aventura. Seguía hablando con Antonio del aprovisionamiento de carbón que había de hacerse antes de la subida, de la nueva colección de invierno, de los precios de coste, y mientras, no lo turbaba ningún remordimiento. Ésa era, en verdad, la única realidad: la unión profunda del trabajo en común, de toda aquella larga convivencia fraternal, de las lamentaciones sobre la estupidez del señor Lecourbe, la preocupación por el paro, la fábrica...

El paseo nocturno y aquella mujer —joven y enamorada— eran como esos ensueños cuya fugaz imagen reaparece alguna vez en medio de lo verdadero, ilusiones que deshacemos con una sonrisa.

Temía a Francisca. El oscuro rencor de su abuelo hacia la raza Pascual-Bouchet, flotaba sin que él lo supiera en la idea que se formaba sobre ella. Raza alocada, liviana, insegura. ¿Poseía Francisca el firme concepto de la lealtad propio de los Quesnay? Quizás le dijera: «Bernardo, nos queremos; ¿qué importa lo demás? ¿Antonio? Ya no lo amo, y, además, no es preciso que se entere.» El amor... Las mujeres empleaban siempre esa palabra como si con ella pudiese explicarse algo. ¿Qué era el amor? Existe el deseo, cuya fuerza puede ser dominada, y existen también el afecto, la amistad, la fe conyugal y fraterna. ¿Cómo es posible la convivencia humana si no tiene una confianza en su mujer ni en su hermano? Desde luego, hay que contar con la resistencia de la carne a los compromisos morales; pero, ¿hay algo más despreciable que un hombre incapaz de comprometerse lealmente?

Cada vez que se embarcaba en esta corriente de ideas, acababa odiando a Francisca.

La víspera de su partida para Holanda le dijo Antonio:

—Supongo que irás a despedirte de Francisca. Me ha dicho que cómo no vas. ¿Quieres venir a casa?

—No, gracias —le respondió Bernardo—; tendré que hacer el equipaje; procuraré pasarme por tu casa a las cinco.

Francisca lo recibió con resignada dulzura. Mientras que Bernardo hablaba —bastante mal, por cierto— de su viaje, de Holanda, de su esperanza de traer trabajo, lo miraba ella con aire interrogante y melancólico, sin responderle. Por fin, le dijo:

—Había preparado una carta para usted, Bernardo, explicándole... Luego la he roto... Resulta demasiado difícil...

—Ha hecho usted muy bien.

A continuación, despiadado, le habló de sus niños. Francisca parecía estar sufriendo, pero no intentó insistir sobre aquello.

Amsterdam. Las pintorescas casas se reflejan en el agua lisa de los canales. Un barquero transporta, en una inmensa gabarra, un minúsculo fardo de té. Unas puertas macizas de madera, barnizadas por el roce de muchos años, cierran la entrada de establecimientos centenarios. Los hombres hormigean por las calles sin coches.

Kalverstraat, que evoca —con su bullicio— los *suks* orientales. Olores de especias en un sombrío almacén, un tipo mulato entrevistado en el rincón de una calleja, la fotografía de una sucursal exótica en el escaparate de una tienda, nos recuerdan que estos burgueses poseyeron, antes que nadie, el Imperio de las Indias orientales. Las riquezas de Java han adornado estas casas.

El representante holandés se disculpa, de antemano, de la mediocridad de la vida mercantil.

—Muchos *stocks*. La baja asusta a los compradores. Aquí tiene usted la *Nederlandsch Maatschappij*... un negocio enorme... muchos *stocks*... entraremos sólo a dar los buenos días.

El comprador, señor Loewekamp, es amigo mío; juego con él al billar en el café todas las noches... *Goede morgen, herr Loewekamp... Der herr Quesnay van Pont-de-l'Eure...*

—*Wij Koopen niet* —dice el señor Loewekamp, individuo muy gordo y con el cráneo afeitado.

Luego, en un francés macarrónico mezclado de inglés, se disculpa cortésmente.

—Situación difícil... Más tarde... *Another time*.

Bernardo sonríe, amable. El hombre gordo también sonríe. Vuelve a abrirse la puerta barnizada.

El joven francés, con su paquete de muestras bajo el brazo, sigue recorriendo con paso rápido la orilla de los hermosos canales, tan relucientes. El holandés le va hablando:

—Aquí queremos a Francia. Yo conozco París... la *rue Blanche*, ¿conoce usted la *rue Blanche*?... Mire usted esa placa; ahí, en esa casa; la pusieron por un francés: «Aquí vivió René Descartes...» ¿Quién es Descartes? ¿Lo conoce usted? ¡Ah!, ¿y al señor Langlois, el comisionista que vive en la calle de Hauteville, lo conoce usted también? Vamos a entrar aquí... Export Maatschappij... Gran *business*... Pero, muchos *stocks*... Sólo les diremos buenos días... El comprador, señor Croningham, es amigo mío: juego a los bolos con él. Se ha casado con una mujer muy guapa.

—*Wij Koopen niet* —dice el señor Croningham, excelente persona, muy benévolo y con el cráneo rapado—. Más adelante...

Más canales, más pisos y mostradores; tranvías tomados al vuelo; claustros agradabilísimos; síndicos de pañería —en carne y hueso— palpando con sus manos expertas los paños tejidos por las mujeres normandas. Mercaderes desconfiados y benévolos a la vez, que despreciaban las lanas mediocres.

—Nos interesa calidad... El precio, lo mismo da... Dibujos sencillos, tonos oscuros... Aquí, necesario trabajar moda del país. ¡Las faldas que mandan aquí los comerciantes de París! Las caderas de nuestras mujeres hacen así, y estalla tela... Aquí, mujeres fuertes, muy deportivas. ¿Viene usted a tomar un curaçao en casa de Focking? Todos van allí, los banqueros y los cocheros... Luego veremos a Sitjhof... Enorme negocio...

Bernardo se lleva de este país sólido unas cuantas promesas de verdad, un poco de trabajo inmediato. La Duval alimentará a sus crios tejiendo los pantalones de los jardineros de Haarlem; el tío Leroy revisará las franelas blancas que contendrán los robustos pechos de las hermosas patinadoras de Amsterdam.

Aquiles Quesnay, desconfiado, ve salir su paño hacia tantas direcciones extrañas:

—¿Loewekamp? ¿Groninghem? ¿Sitjhof? ¿Estás seguro de que son casas antiguas y acreditadas?

Bernardo describe por décima vez a aquellos mercaderes robustos y parecidos a su abuelo. Y, casi en seguida, llegan los cheques. Al ver los nombres de las casas de banca tan conocidas, se apacigua el viejo Aquiles.

—¿Puedo ir a Inglaterra?

—¡Buen negocio!

Es su manera de decir «buen viaje».

Londres. Las manchas rojas de los automóviles, el negro azulado de los *policemen* («¿De dónde les viene todo este paño negro?», piensa Bernardo) animan el gris de la City. Desde lo alto de un bus, admira las viejas casas del Strand. Vaporosas humaredas negriblancas que deforman a las estrechas casas de piedra, convierten a esta ciudad comercial en una ciudad de ensueño. A su lado, un *gentleman*, capitán retirado y representante de los Quesnay, le va enumerando —no sin erudición— las antiguas tabernas, los rótulos más ilustres...

En los almacenes, más atestados de piezas que los de París, entra uno sin llevarse siquiera la mano al sombrero. Un pañero de los más antiguos, de cómica y encantadora dignidad, inclina sus cortas patillas y sus gafas de concha sobre los tejidos franceses.

—*Well, sir...* Esto podría interesarme, no para el Home Trade, sino para el Canadá y el Japón.

Enamorado de la buena lana (como otros de su raza se entusiasman con la buena madera o el buen cuero) palpa amorosamente una ratina suave.

—*Very fine, indeed... I'm sorry I can't buy now.* Venga a almorzar a mi club, míster Quesnay.

Ante una mesa de maciza caoba («Fíjese en esta mesa, míster Quesnay; tiene trescientos años»), obliga a Bernardo a beberse varios vasitos de un Oporto de 1856 («Fíjese, míster Qesnay, entre los retratos de nuestros presidentes. Ése lo pintó Reynolds; ese otro, Sargent»), Con estas libaciones cumple el viejo *gentleman*, sin compras peligrosas, con lo que considera su deber hacia la amistad francesa.

Después del almuerzo, el capitán retirado pasea a Bernardo por los grandes almacenes —admirables por su orden y riqueza— de las Islas Afortunadas. Las vendedoras, lindas como chicas del Gaeity, sonríen al oír el acento francés. Los compradores al por mayor acogen favorablemente a Bernardo:

—¿Sarga? ¿Gabardina?... *All right*. Quizás podamos comprar.

Desde el puente del barco donde regresa a Francia, contempla Bernardo con alegría a Dieppe, las casas del Pollet, los torreones del Casino, y los delgados hilos del semáforo que, emergiendo de la bruma, se concretaban en la pantalla del cielo diáfano. Animado por el aire tonificante y salado, se imagina claramente su regreso a la fábrica.

—¡Trescientas piezas!... No está mal para los tiempos que corren. El abuelo me concederá un gruñido de satisfacción. Antonio estará encantado... ¡Y tendrá valor de decir el ciudadano Renaudin que hacemos todos los esfuerzos posibles para prolongar el paro! ¡Qué disparatados me resultan los hombres!... Todavía queda un cuarto de hora.

Calándose la gorra, se envolvió bien las rodillas con la manta de tela alquitranada e intentó seguir leyendo el libro que tenía entre manos, *El Príncipe*, que era, desde hacía algún tiempo, uno de sus preferidos.

«*De la crueldad y de la clemencia, y de si vale más ser amado que odiado*. —Me ocuparé ahora de las demás cualidades que han de poseer los gobernantes. Un príncipe, sin duda alguna, debe ser clemente, pero con tiento y cuando convenga. César Borgia pasaba por cruel, pero precisamente debió a su crueldad la ventaja de...»

A pesar suyo, se le fue el pensamiento a sus trescientas piezas.

—Cincuenta para Selfridge... Ciento para Scott... Ciento para Graham... Cincuenta para Robinson... Eso es, trescientas. Las sargas las harán en la tejeduría de las mujeres y los cueros azules en los telares de la ribera. Cantaert podrá ahora...

Se esforzó en vano por pensar en otros temas.

—Simona... Los únicos seres que pueden amar de verdad son los que entregan su vida entera al amor... Pero, ¿es anormal eso?... No lo creo... Cincuenta para Selfridge... Ciento para Scott...

El barco se deslizaba a lo largo del muelle. Una capa de musgo oloroso y verde tapizaba el alquitranado maderaje.

—Cincuenta para Selfridge... Ciento para Scott...

Bernardo musitaba su breviario.

OceanofPDF.com

XXIX

—Señor Desmares, dígame usted al jefe de tintorería que estoy harto... Ya llevamos diez piezas rechazadas en los Estados Unidos, porque el color pierde.

—No es culpa mía, señor Quesnay. Los tintes no sirven ahora para nada. Es imposible conseguir los tonos gris-rosa y los *beige*.

—No tengo que ver con eso; no soy tintorero. Yo sólo he de juzgar los resultados. Señor Leclerc, esta mañana he recibido una queja de un cliente rumano por los defectos en el tejido de sus gabardinas. Le he dicho a usted que no tolero más de tres defectos por pieza. Si tiene usted tejedores que no saben su oficio, que vayan a aprenderlo a otro sitio.

—Ya me he informado, señor Quesnay... El hilo venía en malas condiciones...

—Eso no me interesa; a usted atañe revisar el hilo cuando llega. Necesito piezas bien hechas. Además, de aquí en adelante las veré yo mismo. Hay una competencia terrible en todos los mercados extranjeros. Sólo hay un medio de triunfar: hacerlo bien... Además, hay que acabar pronto las piezas. En época de baja, los clientes están deseando anular sus pedidos: hay que entregar a tiempo.

—Es fácil decirlo, señor Quesnay; se conoce que no está usted en el interior del asunto. Cuando le corre prisa una pieza, le cuelga usted el cartelito: «Urgente»... Y, en los lavaderos, se meten cuatro piezas a la vez en una máquina, y no hay más remedio que quitar el cartelito...

—Pues no hay sino volvérselo a poner en seguida.

—¿Y si cae en manos de uno a quien le dé igual o que no sepa leer? Habría que andar tras ellos todo el santo día. En la tintorería, si le pedimos un gris a un buen hombre que ha preparado sus cubetas en azul o en verde,

¿cree usted que va a interrumpirlo todo por una pieza? Reconozca que estaría mal que lo hiciera. ¡No, no, no es tan fácil!

Suspiró, fatigado y nervioso.

«En el fondo —pensó Bernardo— tiene razón.» Pero lo que dijo en voz alta fue:

—Todo eso me es por completo indiferente, señor Leclerc. Necesito las piezas; lo demás le incumbe a usted.

—Se está formando —dijo Leclerc al salir del despacho.

—Sí —le contestó Desmares—. Los pajaritos cantan como les enseñaron.

Ellos también —indulgentes en los años de abundancia porque sus jefes lo eran con ellos— se volvían severos para la calidad del trabajo y se maravillaban de encontrar a los obreros —hasta ayer tan reacios— dóciles a sus exigencias.

—Es extraordinario —dijo el señor Desmares—. Les pedimos cosas que, hace seis meses, habrían provocado una revolución... Y nadie rechista... Todo les parece bien... El hombre cree dirigirlo todo, y es el trabajo quien lo conduce.

Bernardo, dichoso, veía alejarse y desaparecer en un pasado ya casi invisible aquel nubarrón de hostilidad que se había cernido, desde su regreso del servicio, sobre todas sus actividades e intenciones.

Al sentir apoyarse sobre sus jóvenes hombros el peso de esta máquina inmensa —de la que vivían tantísimas personas— experimentaba una alegría absurda y embriagadora.

La caída de Vanekem, la baja de la lana y la catástrofe bursátil, habían abierto una enorme brecha en la fortuna de los Quesnay. Pero la pérdida de esa riqueza artificial, los aproximaba a la humanidad media, proporcionándoles el placer de la amargura compartida, de los sufrimientos gregarios. Los obreros, privados de pronto de una parte de sus jornales y de la relativa abundancia de que habían disfrutado durante varios años, hallaban un poderoso consuelo a sus males imaginándose los de sus patronos.

—Sí —le decía Heurtematte a Bernardo—, para el que tiene millones y millones, esta baja debe de hacerle mucha mella.

—Es bastante duro —contestaba el patrono orgullosamente (como un herido que enseña su herida)—. Pero para ustedes resulta mucho más penoso. ¿Qué gana usted ahora por semana? ¿Cincuenta, sesenta francos, en vez de ciento treinta? ¡Qué desastre en una casa modesta!

—Desde luego... Los que han visto venir esto y han ahorrado algo, pueden ir tirando; pero los demás... Tengo una cuñada, señor Bernardo, viuda, que no puede sacar a sus niños de la cama en todo el día, por no tener camisa que ponerles. Yo la ayudo cuanto puedo, y puedo hacer poco, porque mi mujer está esperando el séptimo... Me dirá usted que no están los tiempos para eso. Pero ya sabe usted cómo son las cosas... Cree uno que le va a salir de una manera y sale de otra... Por eso, ¿comprende usted?, con una paga de tres días a la semana no puede uno ir muy lejos... En fin, también ha tenido el obrero sus buenos momentos; ha disfrutado de cosas que nunca podía permitirse... Siempre es un buen recuerdo...

Ambos, saboreando inconscientemente la dulzura de la compenetración recobrada, olvidaban de buena fe que la próxima oleada de prosperidad traería otra vez consigo la discordia, y se complacían en creer espontáneos los sentimientos que la humana riqueza decreciente abandonaba al retirarse, como queda al descubierto durante las horas de bajamar el olor de líquenes y algas.

XXX

En tiempos del Paraíso de los Locos, Aquiles Quesnay y Pascual Bouchet se habían ensañado al alimón contra la insensata competencia que ambos se hicieran mutuamente hasta entonces: «Francia es grande, y en ella hay sitio para todos.» De pronto se habían puesto de acuerdo con increíble facilidad sobre cuanto los tuvo separados durante tantos años.

De común acuerdo, habían disminuido los descuentos, suprimido los créditos y negado las muestras gratuitas. Hubieron de felicitarse por la energía con que supieron acabar en varios meses con abusos centenarios.

Sobre todo, convinieron en no disputarse ciertos clientes que —en los días, casi olvidados ya, de la anteguerra— manejaban a cada uno de ellos valiéndose del otro, aprovechándose así de ambos.

—¿Qué sacábamos con aquello? —decía Aquiles.

—*Quid prodest?* —corroboraba Pascual.

De manera que se había establecido un convenio entre los dos amos de la lana, por el cual se distribuían el Reino del Paño en «esferas de influencia» inviolables. Aquiles Quesnay vendería género a Roch y a Lozeron, mientras que Pascual Bouchet conservaba a Delandre. Esperaban que de este pacto emanarían grandes venturas.

Sin embargo, el señor Roch, observador desconfiado y sagaz, no tardó en notar que los precios de Pascual Bouchet seguían siendo —con asombrosa persistencia— un poco más elevados que los de Quesnay y Lecourbe. Mientras necesitó de «estos señores», se guardó muy bien de decir nada y esperó su hora. Cuando llegó ésta, el hábil maniobrero renovó entre ambos aliados la maniobra favorita del Emperador y, para combatirlos, los dividió.

En primavera, las mujeres, siguiendo la costumbre de su sexo, adoptaron un uniforme. Era un traje sastre en mezclilla blanquinegra, tela difícil de fabricar y cuya realización era uno de los éxitos de Aquiles Quesnay. Roch, que deseaba encargarle un centenar de piezas, fue a Pont-de-l'Eure y le pareció excelente el precio.

—Señor Quesnay, ya sabe usted que nunca le regateo; pero tenga cuidado, porque sé dónde encontrar mezclilla estupenda a dos francos menos que la de usted.

—Imposible... O se trata de un camelote sin los aprestos del Valle.

—Perdone —dijo el señor Roch con tono misterioso—. Me refiero a un género que se parece al de usted como a un hermano y cuyos aprestos no están lejos de aquí.

—¿Pascual Bouchet? —preguntó Aquiles levantando las cejas, invadido de repente por atroz sospecha.

Roch separó las manos y sonrió discretamente: era un método ingenioso que solía emplear para insinuar una falsedad sin tener que mentir. Aquiles Quesnay lo vio todo rojo.

—Ese hombre es incorregible —dijo con amargura—. Su padre era un embaucador; y su abuelo, otro embaucador. No se puede fiar uno de él... ¿Le pone a usted dos francos menos que yo?... Dígale de mi parte que, sea cual fuere su precio, el mío será siempre diez céntimos menos.

Aquella misma tarde, le escribió el señor Perruel, representante suyo en París, para que fuera a enseñar la colección Quesnay a Delandre, cliente exclusivo y coto reservado hasta entonces para Pascual Bouchet.

Así terminó tan prolongada tregua. En cuanto se enteró Bouchet de lo que podía considerar justificadamente como una traición, ya que se sabía inocente, vio reaparecer las rencillas anteriores a la guerra, que aún conservaban su rescoldo bajo la ceniza y que brillaban ahora con tétrica lumbrarada. El placer del odio y el deseo de pelear animaron a este viejo luchador. Una sombría historia de abrigos y un horroroso drama de franelas, resurgieron en sus ensueños, despertándole jadeante y furioso a altas horas de la madrugada, cuando le estaba diciendo cuatro verdades a un Aquiles espectral que se desvanecía con las primeras luces del alba. Fue a París,

corrió a casa de Roch y de Lozeron y les ofreció un millar de piezas al precio que se les antojara, fuese cual fuese. Había estallado la guerra.

Pronto hubo de escuchar Francisca las quejas alternadas de su padre y de Aquiles Quesnay. Cada uno de los dos viejos se las arreglaba para acudir a verla a la hora en que sabía no estaba el otro. Cuando por casualidad coincidían, salían huyendo los dos.

Francisca, yendo valerosamente de uno a otro campo, intentaba conseguir la paz. Era inútil que le dijera a su padre:

—Te aseguro que hay un lamentable error en todo esto. Les he preguntado a Antonio y a su padre; obran de buena fe, y creen que eres tú quien ha faltado a sus compromisos...

—*Arcades ambo* —sentenció el señor Bouchet—. Ya sabrán cómo las gasto.

Y también fue inútil que le suplicara al viejo Quesnay:

—Mi padre afirma que la lucha comenzó por culpa de usted... Parece estar convencido honradamente de llevar la razón. ¿Por qué no tienen ustedes una explicación? ¿Puedo invitarlos a los dos a comer?

—¡No! ¡No! No necesito sus explicaciones. Conozco a su padre de usted hace ya cuarenta años y eso me basta.

Cuando partió el abuelo Aquiles, miró Francisca reposadamente a su marido, con ese aire de intensa seriedad que aterraba siempre a Antonio.

—¿Por qué no dijiste nada? —le preguntó su mujer.

—¿Qué querías que dijese? Ya conoces al abuelo.

—Sí, pero tú... En fin, tú sabes cómo es el Pachá, te consta que es el hombre más honrado de la tierra. Es incapaz...

—Naturalmente, mujer... El Pacha es delicioso, yo le aprecio muchísimo... Pero, ¿qué adelantamos con ello?

—Y, ¿por qué no le dijiste eso mismo a tu abuelo?

Antonio se puso en pie, se arrodilló ante la pequeña estantería, y dedicóse a ordenar los libros.

—No puedo encontrar —dijo con tono de afectada indiferencia— ese folleto de Siegfried: *Cuadro político del oeste de Francia*... A lo mejor...

—Antonio —le dijo Francisca con pasión—, no puedo soportar verte hecho un cobarde.

Se volvió hacia ella, pero en cuclillas aún.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclamó—. Qué terrible eres... Te empeñas en dramatizarlo todo... ¿Qué importancia pueden tener para ti estas complicaciones de los negocios? No te preocupes. A tu padre, es igual que lo veamos en Fleuré en vez de aquí... Al contrario, es muy desagradable para ti tener que oír las cosas que suele decir mi abuelo de tu padre. Es preferible separarlos lo más posible.

—No quiero —dijo Francisca—. Eso me parece una estupidez y una cobardía. (Se había puesto en pie y daba la impresión de estar blandiendo una pequeña lanza de amazona; estaba muy hermosa. Antonio la admiraba en ese momento.) Sí, una cobardía... Desde luego, en esta querella hay uno que no lleva razón; quiero saber cuál de ellos es, quiero que el culpable se disculpe como Dios manda, que el otro acepte esa disculpa como corresponde a un caballero, y que podamos vivir en paz sin que tu abuelo —ni Bernardo— parezcan estarme mirando como si fuera la hija de un monstruo.

Antonio suspiró y no dijo nada. Luego, una vez hallado el libro que buscaba, sentóse en un sillón e intentó leer. No podía asirse a unos caracteres tan duros y lisos como los de Bernardo y Francisca... Era curiosa aquella teoría de Siegfried sobre la superposición del mapa físico y del mapa político, curiosa y cierta. Por ejemplo, en Pont-de-l'Eure... Levantó prudentemente los párpados para ver qué hacía Francisca. Pensó en el faro de la Heve, cuyo haz luminoso aparecía y desaparecía en Deauville aquella noche; pensó en aquella arena, en las estrellas... ¡Qué ternura le había producido entonces su heroica humillación!

—Hace como que lee; está demasiado agitada. Tengo que hablarle... ¿Cómo empezaré?

Sabía muy bien que mientras más se prolongase el silencio, más se agudizaría la discordia. Pero su mujer no levantó la vista y Antonio no supo dónde tomar pie, así que se fueron a acostar sin haber encontrado ocasión de dirigirse ni una palabra, aunque ambos lo deseaban. A la mañana siguiente, mostróse Francisca muy amable al despertarse y no aludió a la

discusión de la víspera. Pero, en cuanto salió su marido, telefoneó a Bernardo para que fuese a almorzar con ellos. Cada vez parecía huir más de ella.

La lluvia —barrida por el viento— curvaba los negros esqueletos de los rosales. Las hojas de los sicómoros y de los tilos, pudriéndose ya, ofrecían a los pasos una alfombra dorada. Bernardo, enfundado en su impermeable, e inclinándose hacia adelante para proteger su rostro empapado, recorrió lentamente la larga avenida.

Después de almorzar, su cuñada se instaló a su lado en un diván, mientras que Antonio encendía silenciosamente su pipa.

—Quería hablarle de una cosa, Bernardo... De esa estúpida riña entre mi padre y todos ustedes. No sé quién tiene razón, ni a quién le falta, pero me parece que todo eso es de lo más pueril... Ya comprenderá usted qué fastidio, e incluso qué pena, representa para mí esta situación.

Lo miró a los ojos; pero Bernardo se negaba a tomarla en serio y a comprender qué recuerdos quería sacar a relucir, sin lograrlo, con sus palabras. Así, sonriendo embarazosamente, dijo:

—¡Pobre Francisca! ¡Troyana cautiva entre los griegos! Sois encantadora, hija de Príamo, pero vuestro padre nos ha provocado. Le pondremos clavos en el camino. Bueno, en serio, Francisca: todo esto no cambia en nada nuestro afecto hacia usted, pero los negocios hay que dejarlos al margen de la zona afectiva... en interés de los afectos, precisamente.

El tono empleado quería ser bromista y simpático, pero Francisca conocía lo bastante bien el alma de los Quesnay para comprender que perdía el tiempo tratando de convencer a su cuñado.

Cansada de las lamentaciones de los jefes enemigos, fue a sentarse al piano. Una composición fantástica, quebrada y melancólica, le sirvió para exteriorizar su irónica tristeza.

Sentado a la larga en un sillón, hojeaba Antonio un catálogo de utensilios; Bernardo, en pie junto a la ventana, contemplaba a través de sus confusos ensueños las praderas, jalonadas de manzanos negros, que descendían en suave pendiente hacia Pont-de-l'Eure.

De repente, surgió de la alta corona de las chimeneas un chorro finísimo de vapor blanco que se elevó hacia las nubes; el prolongado pitido de la fábrica cubrió el canto del piano. Bernardo se acercó a su hermano, le dio una palmada a la espalda y, sin poderlo remediar, puso en marcha una máquina invisible con un rápido movimiento de la muñeca.

OceanofPDF.com

XXXI

Francisca no le hablaba ya a Antonio de la dureza del abuelo Aquiles ni de la frialdad de Bernardo. Daba muestras de una cortesía exacta y melancólica. Pero Antonio sabía que tras esa cortina de agrado se movían sombras hostiles y silenciosas. Por Navidad, le propuso llevarla a París unos días; y ella aceptó contentísima.

—¿Viene a París su hermana? —le dijo Juan-Felipe Montel a Elena de Thianges—. Si no me invita usted a cenar, no vuelvo a dirigirle la palabra.

Elena se lo prometió riéndose. Pero, con objeto de evitar escenas desagradables con Antonio Quesnay, tomó un palco en la Ópera Cómica, donde representaban *Pelléas et Melisande*. Llegaron tarde y todos iban de mal humor. Francisca no le perdonaba a Elena que hubiese resucitado, con su inoportuna invitación, el recuerdo de una discordia; la presencia de Montel la disgustaba. Antonio, que creía lo contrario, sufría. A Thianges no le gustaba aquella música. Solamente Elena estaba tranquila y contenta. No tenía pasiones violentas y consideraba la vida como un espectáculo.

Los cuchicheos para colocar a cada uno en su sitio, ponían nervioso a Antonio.

—Siéntese junto a Francisca —le murmuró su cuñada—. Yo he visto la obra siete veces.

—No, ¿para qué? —dijeron a la vez Antonio y Francisca, vejado cada uno de ellos por el «no, para qué» del otro. Antonio tuvo que sentarse por fin, pues los espectadores se volvían hacia ellos enfurecidos.

La música era una melopea muy suave que apenas si subrayaba al texto: «*No soy feliz aquí*», cantaba Melisande. En la penumbra de la escena, aquel perfil enmarcado en la cabellera rubia recordaba extrañamente a Francisca. «*Prefiero decíroslo hoy, señor, no soy feliz aquí.*» Antonio conservaba la

extrema ingenuidad de quienes van poco al teatro; desconocía el nombre de la cantante y hasta el tema de *Pelléas*. Una mujer rubia cantaba con tristeza infantil y desesperada: «*No soy feliz*», y Antonio pensaba que también él tenía prisionera en una casa hostil a una Melisande más bella y más triste.

¿Qué debía hacer? ¿Qué habría debido hacer Golaud? La música creaba un mundo sencillo y claro donde las grandes virtudes parecían fáciles. Ante todo, había que apiadarse y amar. «*Vamos, Melisande, sé razonable. ¿Es a mí a quien quieres abandonar?*» Antonio suspiró. Francisca lo miró furtivamente. «*¡No, eso no! Quisiera irme contigo. Lo decía porque no puedo seguir viviendo aquí.*» ¿Cómo no se le había ocurrido pensarlo? Marcharse de Pont-de-l'Eure. Entonces volvería quizás a ser plenamente suya. Pero, ¡qué decisión tan espinosa!

Cayó el telón. El ruido de los aplausos reconstruyó un mundo cerrado y duro. Thianges, de pie al fondo del palco, buscaba caras conocidas. «Mire, Francisca, allí en aquella platea está la señora Debussy... Y ese caballero que está de pie —ahí en las butacas de orquesta— hablando con Marta de Felo, es Juan Tharaud... o Jerónimo... nunca estoy seguro.»

—Lo curioso —comentaba Juan-Felipe— es que esta música ha envejecido muy poco; y, sin embargo, pese a las apariencias, carece de inspiración. No ha logrado discípulos.

—¿Cómo puede usted decir eso? —protestó Francisca, que tenía interés en contradecirlo—. Toda la música moderna procede de ahí. Ayer estuve tratando de tocar *Petruchka* al piano, y descubrí a cada momento sonoridades que son de Debussy, sin lugar a dudas.

—Es verdad que se parecen —dijo Montel—, pero no creo que un ruso haya tenido que copiárselas a Debussy. En realidad, esta música y la rusa tienen un origen oriental común.

Entró un caballero de avanzada edad y besó a Elena la mano. Luego dijo:

—¡Ah, qué anticuado ha quedado esto! Cuando pienso que hace veinte años venía yo aquí a pelearme con la gente por defender a Debussy.

Antonio los escuchaba aburrido. Seguía oyendo la frase lenta y triste: «*No soy feliz aquí...*» ¿Qué debía hacer para salvar a Melisande? Los hombros de Francisca, desnudos y tersos, lucían tenuemente; llevaba un

vestido completamente blanco, un vestido de muchacha, sin una joya. Sólo ella podía permitirse tan prudentes audacias y atraer así, honestamente, las miradas. Volvieron a apagarse las luces y Antonio se dejó arrastrar por el río de la música.

También Francisca soñaba. La escena de la ventana le hizo pensar en Bernardo. ¡Qué muchacho tan extraño! Silencioso, hermético como todos los Quesnay, pero con un no sé qué más novelesco... «*Te amo porque el placer te sienta bien.*» ¿Qué quiso decir aquella mujer, exactamente? Sentía aún las manos de Bernardo sobre sus caderas. Aquel minuto le había resultado agradabilísimo. Toda la tarde había deseado intensamente que la estrecharan unos brazos fuertes... Antonio era tan débil... Lo compadecía; no quería causarle pena; pero habría deseado que variase.

Era la escena de Golaud y el niño: «*Mi tío Pelléas... —¿Se besan a veces? —¿Que si se besan? No, padrecito... Sin embargo, una vez sí que...*» Sin embargo, una vez sí. Pero no sucedería más. Se imaginó a Bernardo solo con ella en su cuarto; cerró los ojos y escuchó.

Melisande va a morir. Tan poquita cosa en el amplísimo lecho, tan pueril... ¡Qué culpable se siente Antonio! Para llegar a ese resultado, ¿tiene objeto desgarrar el alma de los seres queridos? ¿Qué puede importarnos en este mundo, sino lograr que la dicha ilumine un rostro hermoso? El faro giratorio y su pincel de luz... Humillarse, sacrificar nuestro amor propio, sacrificarlo todo a la alegría de comprender perfectamente a un ser. «*Te he causado tanto daño, Melisande. No puedo decirte cuánto daño te causé.*» Te he causado tanto daño, Francisca... Un daño oscuro, difícil de expresar. Daño por omisión, por negligencia... pero, al fin, has padecido muchísimo por mi culpa. «*No os quedéis aquí, Golaud; ahora necesito silencio. Venid, venid; es terrible, pero no es vuestra la culpa. Era una criatura misteriosa, como todas...*» Como todas... No había que esforzarse por comprender, no había que discutir. ¿Para qué? En una discusión, Francisca no podía llevar razón; el abuelo y Bernardo sí la llevaban. Pero, nada de discusiones. Había que amar. Viendo allí, al fondo del gran lecho, aquellos ojos cerrados entre las trenzas rubias, se juró Antonio que arrancaría a Francisca de la tiranía de

la fábrica. Los violines desgranaban leves sonos de arpa. El anciano Arkel levantó al hijo de la muerta.

Las luces se encendieron por última vez y Francisca pudo ver que los ojos de Antonio brillaban de haber llorado, y éste se los secaba rápidamente. Sabía ella muy bien por qué lloraba.

—Bueno —dijo Thianges levantándose—; pero, ese niño ¿es de Golaud o de Pelléas?

—¿Se queda usted en París? —preguntó Montel a Francisca ayudándola a ponerse el abrigo—. ¿La veremos a usted otra vez?

—No —respondió ella con bastante sequedad—; mi marido regresa mañana y no puedo dejar que vuelva solo.

Los Thianges condujeron a Móntel, que vivía en el mismo barrio; los Quesnay tomaron un taxi. Permanecían los dos muy silenciosos. Francisca, en la oscuridad, pasó suavemente sus dedos sobre los ojos de Antonio para ver si aún lloraba. Enjugó una lágrima invisible y apoyó luego la mano en los labios de su marido.

—¡Pobre Golaud! —le dijo, mientras Antonio besaba fuertemente aquella mano.

XXXII

Al salir de haber despachado la correspondencia, dijo Antonio a Bernardo:

—Quisiera hablar contigo. ¿Puedes venir ahora a mi despacho?

Una conversación privada entre ambos hermanos era algo tan insólito, que Bernardo, mientras iba silencioso junto a Antonio, pensó: «Pasa algo de importancia... ¿Qué puede ser? Antonio lleva toda la mañana con un gesto trágico; y Francisca está rarísima desde hace dos meses. En el fondo, Antonio no ha acertado casándose con ella. O, a lo mejor, un hombre de negocios debía quedarse soltero toda su vida. Casado, tiene que estar celoso de sí mismo. Sin embargo, los grandes... Todo depende de la mujer: es necesario que sea pasiva o que colabore. Francisca está en contra.»

En el despacho de Antonio había una gran fotografía de su mujer y la influencia de ésta se manifestaba en mil detalles. De todos los despachos Quesnay, éste era el único que tenía una alfombra; los muebles eran antiguos y unos grabados de época representaban las operaciones de la industria lanera en el siglo XVIII. Se veían en ellos tejedoras con miriñaques y niños monísimos con sus chupas, haciendo funcionar unas prensas manuales.

Bernardo sentóse en un sillón, se puso a jugar maquinalmente con un# regla y, al ver que su hermano no empezaba, le preguntó, con un tono bastante rudo:

—Bueno, ¿qué?

—Pues que desearía —le respondió Antonio sin mirarlo— preguntarte sólo una cosa. ¿Te molestaría mucho que me fuese de la fábrica?

—¿Irte tú? —exclamó Bernardo, verdaderamente estupefacto—. ¡Qué ocurrencia! ¿Estás loco?

—¡No! Anoche tuve una conversación con Francisca que duró casi hasta el amanecer... La pobrecilla no puede más. Siempre le pareció muy triste nuestra manera de vivir, y muy dura la tiranía del abuelo. Ha resistido mucho tiempo, haciendo un gran esfuerzo. Ahora, nuestra ruptura con su padre la ha colocado en una situación imposible... Te ruego, Bernardo, que no te encojas de hombros; hay que tener un poco de imaginación. El gran defecto de nosotros, los Quesnay, es nuestra incapacidad para ver la realidad de los demás. Una mujer no cuenta, como tú, con una constante actividad que le impida pensar en sí misma. Hay incidentes que a ti te parecen insignificantes y que a sus ojos adquieren una importancia enorme. Ha de padecer muchísimas molestias que tú ni siquiera notarías... Estás diciendo: «¡No!» Pero no podemos discutir sobre esto; es un hecho, no cabe negarlo. En todo caso, yo no quiero que mi mujer sea desgraciada. Ni quiero tampoco ponerlos en un aprieto. Me quedará el tiempo que sea preciso, pero deseo que se convenga en principio que saldré de la Casa en cuanto sea posible.

—Me parece que exageras mucho —dijo Bernardo dándole vueltas a la regla que tenía en la mano—. Has tomado una decisión trascendental a propósito de un estado de cosas accidental. Si es nuestra pelea con su padre lo que tanto trastorna a tu mujer, no tengo inconveniente, por mi parte, en estrechar la mano al señor Bouchet y pasar una esponja sobre todo este asunto.

—(No debo dejar que la conversación tome este camino —pensó Antonio—. De palabra todo parecerá poderse arreglar y en la primera ocasión resurgirán las dificultades más hondas... Ya me he decidido... Francisca...) No —dijo a su hermano—, no es sólo eso; es que hay incompatibilidad de temperamentos entre la casa Quesnay y Francisca. Es preciso un divorcio entre las dos. Añade a esto que yo, tal como soy desde hace unos seis meses, tengo la sensación de no pertenecer ya a la... clase de hombres que se necesitan aquí.

—Es verdad —asintió Bernardo—; has cambiado mucho. Pero, a pesar de todo, conoces muy bien el aspecto técnico de la fabricación y rendías aún grandes servicios. ¿Quién te iba a sustituir?

—Pronto tendrás aquí al pequeño Rogerito Lecourbe.

Bernardo torció el gesto:

—¡Rogerio! ¡Bah, un teórico!...

—Valdrá más que yo. Te lo aseguro, cada día me encuentro menos apto para desempeñar este oficio. Ya no me interesa esto; estoy hartado, no lo puedo remediar.

—Y ¿qué vas a hacer? ¿Sabes que no te sobrará el dinero, si prescindes de la fábrica?... Con la baja del franco, no valen mucho tus papeles del Estado y, además...

—Ya hemos recapacitado sobre todo esto,' estamos decididos. Nos proponemos comprar una casa en Provenza para pasar en ella la mayor parte del año... A mí me gusta el clima cálido y con tal de que no me falten un coche y una escopeta, ya soy feliz. Francisca tendrá en qué ocuparse: los niños, un jardín, flores... En París reservaré un pisito para que pueda ir allá en el invierno a los conciertos y a reunirse con sus amistades...

—Te aburrirás terriblemente.

—No lo creas... El que te aburres siempre, Bernardo, eres tú. Por eso eres hombre de acción y triunfos. Yo, por mi parte, me distraigo con cualquier cosa; quizás escriba una *Vida de Tocqueville*... Además, te lo repito, mi mujer lo es todo para mí... *Pero eso nunca podrás comprenderlo.*

—¡Nunca! —exclamó Bernardo con cierto malhumor.

Se acercó a la ventana y contempló, en el espacioso patio enfangado, los camiones, los obreros cargados de piezas, todo aquel movimiento tan familiar —y para él tan inteligible— de la fábrica. Un mecánico con blusa azul, acarreaba unos hierros que Bernardo sabía destinados a una nueva prensa hidráulica. Un batanero cruzaba el patio, llevando sobre sus hombros unos retales de un color rojo anaranjado y otros de intenso azul, que formaban un alegre contraste. Más allá, Desmares y Cantaert parecían estar discutiendo encarnizadamente, y Bernardo sabía por qué. Por encima de los tejados naranja de la fábrica, se divisaba en la colina el cementerio de Pont-de-l'Eure en medio de amarillentos árboles.

—(¿Cómo no se dará cuenta Antonio —pensó— de que este movimiento constituye la vida de un Quesnay? Yo ni siquiera concibo que se pueda renunciar a esto. Nada hay más bello, más claro, ni más necesario en el mundo. Es terrible ver convertirse a un hombre en instrumento de una

mujer. Antonio es hombre al agua.) ¿Qué quieres que te diga? Desapruebo tu actitud, y no sólo desde el punto de vista de nuestra fábrica; no, creo en la trascendencia de tu terror, pues si la burguesía se dedica a buscar la felicidad por encima de todo, no tendrá salvación posible. Además, creo que te arrepentirás. Ya te he dado mi parecer; ahora haz lo que quieras. Me siento muy capaz de gobernar la barca yo solo.

—Eso es cuanto deseaba saber —dijo Antonio fríamente—. Lo tremendo es decírselo al abuelo.

—Ya lo prepararé yo —le replicó Bernardo.

Luego, soltando la regla y hablando con viveza:

—A propósito, dime: ¿Te has ocupado de los telares de la ribera? Me habías dicho que ibas a hacerlos funcionar con motores individuales. ¿Supondrá una economía?

Antonio recobró algún celo al hablar de engranajes y transmisiones. Ante él, el retrato de Francisca —rostro delicioso y melancólico— negaba la seriedad de estos problemas.

«Pero, ¿qué hay serio en el mundo?», pensó mientras seguía sus cálculos.

XXXIII

—¡Buenas tardes! —dijo Delamain—. Buenas tardes, varón prudente que sabes dar con cuentagotas tu presencia. Los imbéciles creen necesario verse cada ocho días. La verdad es que se renueva uno poco.

Atrajo a Bernardo hacia la luz y lo miró detenidamente.

—Sin embargo, tú sí has cambiado. A ver, vuélvete: tiene gracia. Estás tomando el aspecto de un «capitán de industria».

—¿En qué lo notas?

—¡Ah, querido, para descubrirlo no hay que ser un Balzac! Lo noto en un no sé qué autoritario y bien definido...; el cuello blando, la chaqueta de buen corte, el calzado fuerte... Y, sobre todo, en esa expresión triste, despiadada y tierna de los soldados de Vigny... ¿Qué es de ti? La última vez que te vi por aquí, me dijiste que te aplastaban los negocios.

—Sí —dijo Bernardo alegremente—. Buscaba... buscaba algo muy vago en una dirección donde no puede encontrarse nada. Quería ser «justo». No es posible. Además, ni siquiera significa algo concreto. Puede uno ser fiel a su oficio y a los compañeros; se puede cumplir la palabra empeñada, y —aunque todo ello no deja de estar muy bien— no hay más que eso. Ahora comprendo ya el juego, Delamain, y los profesionales se dignan decirme que soy un compañero honorable... Lo raro es que esto no me impide seguir siendo, en el fondo, el joven bastante tímido e inseguro que tú conoces, gran lector y muy ingenuo... Ahora bien, en cuanto se trata de tejidos, surge en mí un antepasado Quesnay que toma el mando y sabe qué ha de hacerse, sin la menor vacilación... Soy hijo de piloto y conozco los canales peligrosos.

Delamain movió la cabeza.

—Hace mucho tiempo que he notado en ti la presencia de ese antepasado Quesnay.

Fumaron un rato en silencio.

—Lo que debes comprender —dijo por fin Delamain— es que tu solución vale sólo para ti. Te atormentaban ciertos escrúpulos y los has apaciguado con determinados sofismas. Has sacrificado una parte de su inteligencia a la unidad de tu «yo». Está muy bien. Desde luego, para poder vivir necesitamos construir un sistema de ideas que sostenga a nuestro ser... Haces muy bien, pero a condición de no olvidar que, al mismo tiempo que tú, un Ramsay Macdonald, un Romain Rolland, construyen también unos sistemas, radicalmente contrarios al tuyo y que les parecen tan sólidos y nobles como a ti el que te has creado.

—Tan nobles, quizás —dijo Bernardo—; tan sólidos, no.

—Sí, hombre, sí —insistió Delamain—. Has dibujado un tipo de burgués ideal —mezcla de militar e industrial— y procuras vivirlo. Tienes razón. Pero otro ha dibujado un tipo de revolucionario ideal, y también tiene razón... Por otra parte, no debía decirte estas cosas.

—¿Por qué? —dijo Bernardo (y en aquel momento cruzó por su espíritu la imagen de Simona): «También ella pensaba que vivo para un sistema posiblemente falso.» Y continuó—: Además, la belleza no está en las doctrinas, sino en cierta actitud... Tu querido Stendhal lo vio muy bien... Seguramente, me habrás oído hablar del horror que me inspiraba, la fría avidez de los hombres de negocios. ¡Pues bien, amigo mío, el hombre es un animal más complicado de lo que yo creía!... ¿Te he contado la *vendetta* centenaria entre las familias Quesnay y Bouchet? Después de la gran crisis, se ha recrudecido. Bouchet nos ha declarado la Guerra del Terciopelo de Lana, que merecería —te lo aseguro— alcanzar tanta celebridad como la de Las Dos Rosas o la de los Cien Años... ¿Sabes qué es el terciopelo de lana?

—Tengo una idea —respondió Delamain—, es una tela gris o *beige* de la que se hacen las mujeres abrigos... Dionisia tiene uno.

—El color no importa —dijo Bernardo, con el leve fastidio del técnico ante el profano—; es un tejido cardado, cuyo pelo se tunde después de haberlo sacado... En fin, es el gran éxito de la postguerra. La pequeña-burguesa carece de dinero, la vida está cara y las mujeres cubren la pobreza

de sus vestidos con esos abrigos claros, guarnecidos de pieles falsas. Toda la industria textil francesa se dedica a tejer ese género y hay una competencia terrible; sin embargo, durante mucho tiempo, el monopolio de los mejores terciopelos lo hemos tenido entre los Quesnay y Pascual Bouchet. El apresto del Valle era célebre; podíamos ganarnos la vida... Pero como consecuencia de ciertas desavenencias entre ambas familias, que ya obligaron a mi hermano a marcharse de la fábrica...

—¿Tu hermano Antonio? —se extrañó Delamain—. ¿Abandonó el negocio?

—Sí, ¿no lo sabías? Ha comprado una casa en el Sur y vive allá desde hace varios meses. En realidad, últimamente casi no hacía nada, así que no ha supuesto un gran trastorno... El señor Bouchet, sintiéndose desligado de toda consideración hacia nosotros al abandonar el campo su yerno, rompió las hostilidades ofreciendo a los Almacenes del Louvre un terciopelo soberbio a un precio completamente ridículo. «¡Muy bien! —dijo mi abuelo—, si Pascual quiere jugar esta partida, seré yo quien la termine. Tengo más riñones que él.» Así que contraatacamos al día siguiente y ganamos gloriosamente la batalla de las Galerías Lafayette. Luego siguió la campaña con diversas alternativas, en el «Printemps», y en la «Samaritaine». El combate del «Bon Marché» quedó indeciso y cada bando creyó haberlo ganado. En un principio, ambos beligerantes habrían deseado circunscribir la lucha, pero resultaba imposible. Los precios se difunden en seguida. Se establece una cotización. Y acaba uno vendiéndolo todo por debajo del precio de coste. En el balance de diciembre, descubría Pascual Bouchet que había perdido varios millones. Nosotros, naturalmente, perdíamos otro tanto, pero a él le resultaba más duro porque carecía de reservas. Antes de iniciarse las hostilidades sufrió ya una pérdida enorme al hundirse un tal Vanekem y a consecuencia del cambio rumano, así como por los tremendos gastos que realizó para restaurar su castillo de Fleuré, que ha pertenecido a Inés Sorel... Tenías que haber oído a mi abuelo explicando todo esto y hablando de Inés Sorel con un encogimiento de hombros inimitable. A pesar de todo, Bouchet resistía y confiaba en el porvenir. Lo sostenía una banda local; le hubiera bastado una temporada con suerte para rehacerse.

»Desgraciadamente, el banquero se vio muy necesitado de dinero y tuvo que exigirle el inmediato reembolso de parte de la deuda. Pascual Bouchet solicitó una moratoria; al otro le fue imposible concederla... Y, hace unos días, la fábrica Bouchet parecía abocada a la suspensión de pagos a fin de mes. Desenlace trágico, bajo su aparente vulgaridad, si piensas que el señor Bouchet tiene setenta y ocho años, que se ha pasado toda su vida trabajando y que ha sido considerado, muy justificadamente, Como el más honrado de los hombres; en fin, era para él un final de carrera triste e inmerecido. En cambio, para mi abuelo, era la realización de todas sus profecías, la ruina del enemigo hereditario, la gran victoria.

»Pero Pascual Bouchet, al verse en este inmenso peligro, ha hecho lo último que pudiera preverse. Le ha pedido una entrevista a mi abuelo, con quien no había hablado desde hace muchos meses, le ha planteado su situación y le ha dicho que contaba con su apoyo.

—Me recuerda a Napoleón a bordo del *Bellerophon* —interrumpió Delamain—. «Vengo, como Temístocles, a sentarme en el hogar del más poderoso, más constante y más generoso de mis enemigos.»

—Exactamente... Pero mi abuelo se ha portado mucho mejor que los ingleses. En primer lugar, no manifestó alegría alguna; ni siquiera dijo, lo cual hubiera sido legítimo: «¡Siempre lo estuve anunciando!» Permaneció silencioso toda la tarde, e incluso bastante sombrío. A la mañana siguiente, fue a Louviers y se encerró con Bouchet. Cuando regresó, nos dijo: «He visto su último inventario. Aún puede salvarse. Se necesitan cuatro millones; podemos dárselos.» Y ha puesto en pie a este competidor, cuyo aniquilamiento persiguió durante cuarenta años... ¿Eh, qué te parece?

Delamain miró a su amigo con divertida atención.

—Me parece que encajáis perfectamente en la tradición militar... Se lucha por espacio de cuatro años, de treinta años, de cien años; luego se arruina todo el mundo y el vencedor le presta al vencido lo poco que le queda... Ya ves que, en el fondo, el gran error de todos los economistas —desde Ricardo y Bentham hasta Marx— es el de creer que los negocios se realizan para ganar dinero. La finalidad que persigue un hombre como tu abuelo, no es hacerse rico, sino llegar a serlo a fuerza de luchar con un rival. Si el rival desaparece, se acaba el juego... Como dice ese inglés...

creo que es Russel...: «Si dos equipos de fútbol se pusieran de acuerdo, podrían marcar muchos más goles; pero no habría fútbol.»

—Te has dado perfecta cuenta —le dijo Bernardo—. En realidad, es un juego muy triste.

—Todos los juegos son tristes —le replicó Delamain—. Los hombres verdaderamente alegres, no juegan nunca.

—No seas paradójico. He trabajado toda la mañana y estoy cansado.

Bernardo miró su reloj. Cenaba con Lilian Fontaine. Ésta le había rogado que fuera puntual, porque ella entraba en escena a las nueve.

La escalera de Delamain era incómoda, estaba mal alumbrada... ¿Y la cena?... Lilian iba a hablarle de su carrera artística... Indudablemente, se estaba haciendo famosa. «En mi generación —decía la Fontaine— no contamos más que Falconett, Gaby Morlay, Blanca Montel y yo... Cabemos todas.» También decía: «Lástima que el *Français* pague tan mal, porque me encantaría interpretar *Phèdre* en él.» En el fondo, no le gustaba Bernardo. Sólo pensaba en su propia carrera. Lo mismo sucedía a Bernardo. Pero Lilian tenía un cuerpo delicioso. Para qué más.

OceanofPDF.com

XXXIV

Durante los cuatro años siguientes, sufrió el gobierno de la casa Quesnay y Lecourbe ciertos cambios lentos y profundos. El abuelo estaba ya demasiado viejo; su memoria flaqueaba; a veces, se le torcían levemente las comisuras de la boca y hablaba entonces con dificultad. Al mismo tiempo, se volvía irritable y censuraba las decisiones de Bernardo como si estuviera celoso de él sin ser capaz de sugerir otras mejores. Se habían acostumbrado a ocultarle los acontecimientos desagradables. Iba perdiendo poder. Y padecía por ello. «¿Por qué os calláis cuando me acerco?», decía.

Bernardo parecía no vivir más que para la fábrica, con sombrío y taciturno ardor. Un día a la semana iba a París para ver a sus clientes. Es posible que consagrara una noche a pasarlo bien. Decían que pensaba casarse. Francisca —que pasaba todos los veranos unas cuantas semanas en Fleuré, con sus niños— pretendía que su cuñado estaba amargado, que había sacrificado la única mujer a quien podía amar, que lo lamentaba profundamente. Antonio no era de esta opinión. «No lo conoces —solía replicar—; las mujeres no desempeñan ningún papel en su vida».

Todas las mañanas, a las ocho en punto, llegaba Bernardo a su despacho; una hora de esgrima por la tarde le bastaba como esparcimiento. Se acostaba temprano. Él se veía muy joven, pero los demás pensaban que envejecía, aunque adquiriendo a la vez una gran autoridad. Los empleados sabían que las decisiones de Bernardo Quesnay eran las únicas que importaban. Siempre habían considerado las del señor Lecourbe como elocuentes divagaciones. Por otra parte, dábase perfecta cuenta de que las de *monsieur* Aquiles ya no eran, como antaño, inapelables.

Un hijo del señor Lecourbe había «entrado en el negocio» en octubre de 1921. En un principio, su primo lo juzgó con somera e injusta severidad.

Primero, porque era un Lecourbe; luego, por ser licenciado en Filosofía y doctor en Derecho; y, sobre todo, porque el primer día se permitió criticar los métodos de la casa y llegó a anunciar unos proyectos de reforma.

—No ganas nada —había dicho mientras hojeaba los inventarios—. Te convendría más colocar el dinero en «reports»; en cambio, colocándolo en francos oro te empobreces cada día más.

Bernardo le rogó que se pusiera una blusa azul y lo envió a desgrasar lana. Se pasó allí varios días, sentado en una silla muy alta ante un grasiento cedazo cargado de vellones, frente a un viejo y burlón desgrasador a quien el viejo Aquiles venía a pedirle, de cuando en cuando, su diagnóstico sobre el neófito.

—Hace lo que puede, señor Aquiles —decía el obrero—; hace lo que puede, pero no es muy listo que digamos.

En verdad, Rogerio Lecourbe era muchacho de tipo muy distinto a los que había producido la generación de Antonio y Bernardo. Hablaba de economía política, como su padre, pero siempre con tino. Conducía su «Bugatti» maravillosamente y tomaba las curvas a 120 de modo impecable. Saltaba a 1 m 67 cm en altura; a 6 m 32 cm en longitud, y corría los 100 metros en 11 segundos y $\frac{2}{5}$. Se le metió en la cabeza ser campeón del desgrase de lanas y lo consiguió en 15 días. Su profesor, el tío Ursin, quedó asombrado: «Lo hace mejor que yo, señor Bernardo; es increíble.»

Entonces, Bernardo, que estaba deseando tener un discípulo, adoptó a su primo e inmediatamente le confió pequeñas misiones para empezar a «formarlo».

—Rogerio, esos ovillos están enrollados; dile al señor Desmares que esto no puede continuar así.

—Se lo diré —contestó el joven Lecourbe—; pero sé lo que va a pasar. Cogerá la lupa con la mano derecha, levantará la izquierda hacia el cielo, y afirmará que el defecto no proviene de los tejedores. Y, sin duda, estará en lo cierto.

—En efecto, es probable. En ese caso llamas al señor Leclerc y le dices que es por los aprestos.

—Sí, y me responderá: «Señor Rogerio, si me explica usted qué pintan aquí los aprestos, me encantará saberlo...» Y no sabré qué decirle.

Bernardo rió con ganas.

—Muy bien; pero cuando hayas acusado injustamente a toda la fábrica, los ovillos acabarán siendo perfectos... Hay que chillar.

—Eres terrible, Bernardo —dijo Rogerio Lecourbe—. En el fondo, el abuelo y tú sois unos espartanos, es decir, unos guerreros estupendos, pero completamente insoportables.

—No, hombre, no tanto —refunfuñó Bernardo, bastante contento.

Se acostumbró a tener a su lado a aquel muchacho que le seguía fielmente. A veces, se preguntaba: «¿Cómo me verá Rogerio? ¿Soy para él lo que el abuelo es para mí, es decir, un ser útil y eficaz pero un poco ridículo, un poco testarudo? Es probable. Y sin embargo, tengo la sensación de haber llegado aquí ayer, copio quien dice.»

Cuando tropezaba con su imagen en algún espejo, contemplaba al Bernardo Quesnay estudiante, y soldado luego, que le era tan conocido. ¿Qué veían los demás? Penetraba en él un triste recuerdo que le punzaba dolorosísimamente. «¿Te amas?» Esto solía decirle su querida Simona cuando lo veía mirarse al espejo. «¡No, en absoluto! —respondía Bernardo —; pero me causo un gran asombro a mí mismo.»

Y esto seguía siendo cierto.

OceanofPDF.com

XXXV

Un criado llegó al despacho para avisar que el señor Aquiles Quesnay estaba enfermo y había de guardar cama. A la hora de almorzar, fue Bernardo a interesarse por la salud de su abuelo. Encontró al médico en la escalera.

—¿Es de gravedad? —le preguntó.

—Por esta vez —dijo el doctor Guerin— no es muy grave, pero sí una advertencia bastante seria. No debe seguir trabajando.

Le había dado una congestión leve. Estaba extendido en una *chaise-longue*, con el rostro excesivamente enrojecido y con este aspecto de extremada seriedad que imprimen la proximidad de la muerte y el esfuerzo de la lucha; respiraba precipitadamente y miraba a los visitantes con ojos inquietos y vidriosos. Bernardo observó este dormitorio en el que no había vuelto a entrar desde muy niño. La cama de su abuela estaba aún allí. Los muebles se hallaban cubiertos con terciopelo granate. Grandes botones punteaban el enfundado de los sillones. Había en las paredes unos daguerrotipos y, sobre la chimenea, una figura de bronce regalada por los obreros el día en que se casó Aquiles Quesnay. También había caracolas y piedras pintadas, recuerdos de Dieppe y de Étretat.

—Buenas tardes, abuelo —dijo Bernardo.

—Buenas tardes —le respondió una voz notablemente débil—. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada de particular. Todo marcha bien. Hemos recibido esta mañana un magnífico pedido del Brasil.

—¿Y la libra?

—A más de 100 francos.

—¿La lana?

—Cara.

En este momento entraban de puntillas el señor Lecourbe y su hijo.

—¿Qué hay de nuevo? —repitió el anciano con cansancio.

—Nada —dijo Rogerio—, todo está cada vez más caro. He visto hoy un 2-70 a 80 francos. Y no habrá más remedio que comprarlo.

—¿Para las gabardinas? —preguntó Aquiles.

Y casi llegó a sonreír, feliz de poder recordar.

Luego se callaron todos. Sentados alrededor del antepasado, buscaban en vano un tema que pudiera distraerlo de su angustia. «¿Marruecos?», pensó Bernardo... «No, le importa poco... ¿Las huelgas de los mineros ingleses?... Tampoco... ¿Qué he visto ayer en París?... ¿Le hablo de la *Santa Juana*, de Shaw? ¡Menudo roción me llevaría!... Es curioso, quizás esté a punto de morir y sin embargo me parece inconcebible que pueda hablársele con ternura, ni siquiera con naturalidad... Creo que me ha querido... ¡Pobre viejo!...»

Un rápido desfile de pensamientos le presentó de pronto un tema de indudable interés para el enfermo.

—El batanero del señor Bouchet le ha dicho a uno de los nuestros que han salido mal todos los abrigos fabricados allí para la nueva temporada.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo el abuelo con una débil sonrisa de su boca torcida—. Ese Pascual no ha sabido nunca enfurtir... nunca.

—Las cardadoras —intervino el señor Lecourbe— reclaman un aumento de jornal.

—Y tienen razón —murmuró Rogerio Lecourbe.

Bernardo le lanzó una mirada de censura y le replicó:

—Que tienen razón... es muy fácil decirlo.

En ese momento, el sonido de su propia voz le recordó que su abuelo le había respondido con aquella misma frase, exactamente la misma, hacía seis años, y enrojeció. Aquiles Quesnay se había quedado dormido. Todos salieron de puntillas.

XXXVI

El anciano sufrió el tercer ataque en diciembre, y murió de él. Antonio y su mujer llegaron de Saint-Tropez para asistir al entierro. Se alojaron en Fleuré, pero almorzaron con Bernardo, que halló muy cambiado a su hermano. Tenía mejor color y más agilidad. «Un aspecto de *Bonjour, monsieur Courbet*»^[7], pensó Bernardo. Francisca estaba encinta y parecía feliz. Aunque la cara se le iba ajando, estaba aún muy hermosa.

Sentíase extraña al ambiente de Pont-de-l'Eure y todo se le aparecía con una novedad insólita.

—¡Cómo ha envejecido Bernardo! —le dijo a Antonio a media voz, mientras Bernardo telefoneaba.

—Es que acaba de pasar unos días muy pesados.

—Ya sé; pero tiene grises los cabellos y bastantes arrugas: fíjate en esos dos pliegues acentuados entre la nariz y la boca. Tú pareces mucho más joven.

—Ya veo adonde vas a parar —le dijo su marido sonriéndole tiernamente.

Bernardo —en pie y con el receptor en la mano— vio desde lejos aquella sonrisa y le molestó.

—(Esa vida en el Sur —pensó—. Despertarse tardísimo, bajo los mosquiteros... Almorzar en la terraza, al sol, Antonio en pijama, Francisca en kimono... Los niños en la playa... La siesta, una novela... El té, unos ingleses o unos rusos de Cannes... Las tostadas, un trozo de tarta... Me repugna esa felicidad...)

Cuando volvió junto a ellos, Antonio le pidió noticias de la fábrica.

—¿Trabajáis? ¿Y la lana? ¿Qué tal los precios? Debéis de tener muchas dificultades.

—¿La lana? —dijo Bernardo—. Sube, baja..., ya empezamos a acostumbrarnos a ese vaivén; no se especula ya, se efectúan las compras al día; se equivoca uno, acierta; en realidad, lo mismo da. Lo verdaderamente grave es el cambio y, sobre todo, los impuestos... Todo anda tan confuso, tan mal regulado...

—¿Y los obreros? ¿No tenéis ya huelgas?

—No; ahora tenemos un sistema para aumentar automáticamente los salarios a medida que sube el coeficiente del coste de la vida. Lo hacemos honradamente. Los obreros, en el fondo, son muy buenas personas. Cuando juega uno limpio con ellos, lo reconocen. Todo esto es mucho más sencillo de lo que suponíamos... Ahora me ocupo, sobre todo, de la ampliación de nuestros asuntos.

—Sí, ya sé —dijo Antonio—; tu negocio de lanas en Roubaix y la filatura que instalas en los Estados Unidos... Debes de tener un trabajo horrible.

—¡No, no creas! Rogerio me ayuda mucho... Se ha hecho eficacísimo... Además, me gusta trabajar. ¿Qué vamos a hacer con la vida si no trabajamos? Se piensa en uno mismo, se analiza uno y se atormenta. Es delicioso regresar a casa a última hora de la tarde, aplastado por el cansancio, y acostarse a las nueve para dormir como un animal.

Francisca, que escuchaba esta conversación, intervino con cierta acritud:

—Pero, Bernardo, ¡ésa es una filosofía propia de desgraciados!

—En absoluto —replicó Bernardo, en tono de reto.

Todavía le agradaba contemplarla, pero había ahora entre ellos cierta hostilidad latente. Ella se dio cuenta y, al encontrarse un instante sola con él, lo miró con mucha coquetería:

—*It's funny, Bernard, to see you turned into a big man of business. Everybody says you are one.*

—*Don't believe them. It's all a game*^[8].

Francisca tuvo la sensación de estar despegándole del rostro una careta y que iba a sorprender en él un ser más auténtico, pero en ese momento entró Rogerio Lecourbe acompañando a su hermana.

Los Lecourbe habían hecho venir de Inglaterra a Yvona, para que asistiera al entierro. Bernardo no la había visto desde hacía mucho tiempo. De primera impresión, parecía basta, y mucho más por vestirse con una tosquedad monacal. Tenía bonitos ojos —algo miopes— y una voz agradable. Era seria, muy concreta en cuanto decía, pero nada pedante. Un rasgo de ella que agradó mucho a Bernardo fue el que no afectase una pena que no sentía. Estuvo muy correcta, pero casi en seguida dejó de comentar la muerte de aquel anciano a quien apenas había conocido, para explicar a su hermano y a Bernardo las condiciones del trabajo en Inglaterra.

—Creo —dijo Bernardo— que el gran error de aquella gente ha sido querer mantener a todo precio el valor oro de la libra. El resultado ha sido que los salarios son casi dobles que los nuestros, que sus precios son excesivamente elevados, y que ya no están en condiciones de exportar.

—Exactísimo —asintió Yvona Lecourbe—, y de ahí les viene el paro. Están orgullosos de su restablecimiento financiero; en el fondo, sólo se trata de una prima a la riqueza adquirida.

—No soy de vuestra opinión —dijo Rogerio—. Es inevitable llegar a la crisis del paro más pronto o más tarde. Ahí tenéis el caso de Alemania... Los ingleses han pasado antes la enfermedad... Esto les conviene, pues así hay menos peligro... Es como el sarampión, vale más haberlo pasado... Además, si es verdad que los franceses trabajamos y exportamos por ahora, también lo es que lo hacemos por bajo del precio mundial. Nos devoramos lentamente.

—No es enteramente cierto —dijo su hermana—, en todo precio entran dos elementos: la materia prima que, comprada con oro, debe ser vendida por oro; y la mano de obra... Si el obrero francés puede vivir con un salario mínimo, tan bien como el obrero inglés, esto no supone empobrecimiento para Francia, puesto que los alimentos conseguidos se producen en el país.

—Al contrario, mujer —insistió su hermano—. Yvona lleva este razonamiento al absurdo. El franco papel ha caído casi hasta cero... Admitiendo que el campesino francés sigue alimentando al tejedor francés, el cual vende su trabajo a clientes ingleses o americanos... Llegamos a la conclusión de que Francia se convierte en un país de esclavos al servicio de la libra y del dólar.

—Evidentemente —dijo Yvona—, lo sensato sería pararse en seco, estabilizar el franco... ¿Nos atrevemos a hacerlo?

Hablaba con mucha animación, cruzando a veces las piernas en un movimiento brusco que descubría, hasta las rodillas, unas medias de lana gris.

La discusión económica se prolongó bastante, y en el mismo tono. Cuando se marcharon los hermanos Lecourbe, dijo Bernardo con entusiasmo a Francisca:

—¡Esta Yvona es admirable! Me recuerda a los buenos coches: por mucho que acelere uno la marcha, nunca fallan...

—¡Qué manera tan rara de vestirse! —comentó Francisca.

Y suspiró.

Luego habló de su casa.

—Tengo unas higueras, Bernardo, y naranjos... Y rosas entre los olivos, y un jardín a la italiana con grandes jarrones de barro... Tiene usted que ir a vernos.

OceanofPDF.com

XXXVII

Una inmensa multitud siguió al coche fúnebre. A las once, las sirenas y los silbatos habían anunciado el cierre de las fábricas del Valle. Todos los obreros acudieron. La carroza iba cubierta con grandes coronas. En las cintas violeta se leía: «El personal de hilatura de los Establecimientos Quesnay y Lecourbe» — «El personal de los Telares de la Ribera» — «El Consejo de Administración de “Carbones de Louviers” a su Presidente» — «Los bomberos a su bienhechor».

El cementerio de Pont-de-l'Eure está situado en una colina que domina al pueblo. Al salir de la iglesia, el largo cortejo negro emprendió la marcha por la carretera de pronunciada pendiente, que bordea las fábricas Quesnay. Bernardo —que había caminado hasta entonces cabizbajo— levantó la vista y miró la carroza, cubierta de flores. Luego, inconscientemente, se le fue la atención hacia los edificios. Aquí y allá, alguna puerta abierta dejaba ver montones de piezas, fardos, cajas, arroyuelos amarillentos. «La hilatura... las máquinas trituradoras... el taller de acabados... ¡Hombre, todavía humea el tinte!» El ataúd se deslizaba lentamente a lo largo de los silenciosos talleres como si estuviera pasándoles revista. Aquiles Quesnay daba su última vuelta por la fábrica.

Pascual Bouchet cogió del brazo a Bernardo, con toda delicadeza. Aquel hermoso rostro rosado había envejecido; la barba blanca estaba plantada ahora entre surcos azulados y profundos. También él recorrería pronto este camino. Señaló la inmensa fábrica a Bernardo y le dijo: «*vanitas vanitatum et omnia vanitas*, amigo Bernardo.» El cortejo se detuvo bruscamente. El maestro de ceremonias cambiaba a los portadores de cintas. «¡Señor Prefecto del Eure! ¡Señor alcalde de Louviers!... ¡Señor Presidente de la Cámara de Comercio!» Pascual soltó el brazo a Bernardo.

Con un gran esfuerzo de los caballos, que resbalaban sobre la escarcha, pudo la carroza ponerse de nuevo en movimiento. La comitiva caminaba otra vez. Rogerio Lecourbe miró a Bernardo, que iba ahora solo, un poco destacado en la cabecera. Se preguntó si sentiría su primo verdadero dolor: «Creo que el sentimiento que lo domina ahora mismo es el de haber ocupado el puesto del jefe, y de la responsabilidad de su cargo... En toda la mañana no ha pronunciado ni una palabra, a no ser para dictar órdenes... Sin embargo, no puede decirse que Bernardo sea un segundo *Monsieur Aquiles*. Es mucho más consciente. Quizás sea esto lo más bello del hombre moderno, esta facultad para desdoblarse, para aceptar el conflicto... Las marionetas han emprendido la comedia y, sin embargo, siguen representándola... ¿Cómo es la frase de Barrés...? “Saborear hasta lo indecible la voluntad de sentirse diferente de sí mismo...” No, está mejor dicho así... “Saboreo hasta...”»

Entraban ya en el cementerio. La avenida se estrechaba y descoyuntaba al cortejo. Detrás de Rogerio Lecourbe iban ahora unos desconocidos: «¡No, no!», decía un señor viejecito, «yo no podría vivir en tu universo de Einstein. La idea de que el espacio es limitado me resulta intolerable». «Cálmate, Eduardo, cálmate», respondió una voz, «te devuelvo el espacio infinito».

Oyó también esto: «Mientras se siga aumentando la velocidad de los autos sin mejorar al mismo tiempo las carreteras...»

Luego, los movimientos de la masa le trajeron cerca una voz de muchacho: «Es una zorrilla muy bonita, pero tiene unas piernas canallas...» Rogerio pensó en su amiga, que las tenía deliciosas; era una sueca muy culta y complicada a quien conoció estudiando Ciencias Políticas. Lo invadió una súbita crecida del deseo. Cerró los ojos un segundo y, al abrirlos, le extrañó ver las tumbas, los millares de manos enguantadas de negro. Había perdido terreno y estaba separado de Bernardo por una muchedumbre de cabezas destocadas.

Cuando consiguió llegar junto a su primo (que permanecía inmóvil, y como a la defensiva, ante el sepulcro, en cuyo mármol se leía: «Familia Quesnay») casi había terminado ya la ceremonia. El señor Cantaert pronunciaba un discurso: «En nombre de los empleados de la casa Quesnay

y Lecourbe, he querido dar un último adiós...» Sin duda, experimentaba una involuntaria sensación de alivio pensando que el terrible viejo no podía contestarle nada desde el fondo de su caja de roble. Bernardo se volvió un momento, miró a la multitud que lo rodeaba, y luego, a las elevadas chimeneas que humeaban un poco. Era un magnífico día invernal. Las líneas y los colores se destacaban con nitidez. Un trazo de nieve subrayaba las ramas negras de los árboles. Los tejados planos de las fábricas Quesnay, los depósitos de cemento llenos de un agua de tono azul frío, los largos hangares metálicos de los almacenes de lana, formaban, sobresaliendo de la pequeña ciudad, una especie de fortaleza protectora y áspera.

Rogero Lecourbe siguió observando a Bernardo, que estaba muy pálido, y pensó: «Seguramente, llegará el día en que esté yo en primera fila y alguien diga “Adiós, Bernardo Quesnay, adiós...” ¿Cuál habrá sido su vida?»

El desfile fue muy largo. Fuertes manos estrujaron mil veces la de Bernardo, que se inclinaba mecánicamente y decía: «Gracias, Heutematte... Gracias, Quibel... Gracias, señora Quimouche... Gracias, Ricard... Gracias, señor Leclerc...» Habían ido algunos clientes. El señor Roch murmuró: «¡Ah, amigo mío, su pobre abuelo de usted! Lo estaré viendo siempre sentado ante aquella mesa...» Muchas viejas obreras lloraban. Bernardo tenía la esperanza de ver allí a Simona. No había razón alguna para que asistiera, pero cada vez que al volver la cabeza a la izquierda descubría por entre la gente una cabellera rubia, una mujer joven decía: «Es ella...» Cuando miraba a su derecha veía un poco más lejos el perfil firme y serio de Yvona Lecourbe, que protegía con grandes gafas de concha sus ojos miopes. Francisca se había colocado detrás de la familia, y se apoyaba en la espalda de su marido. A eso de la una se le vio el fin al interminable friso de cabezas y de corbatas negras. Cantaert se acercó, llevando el sombrero en la mano.

—Señor Quesnay —dijo en voz baja— me pregunta el señor Roch si estará usted en la fábrica a las dos.

—Naturalmente —dijo Bernardo.



ANDRÉ MAUROIS (Elbeuf, Normandía, 1885 – Neuilly-sur-Seine, 1967) fue el seudónimo de Émile Herzog, Émile Salomon Wilhelm Herzog, novelista y ensayista francés.

Descendiente de una rica familia dedicada a la industria textil, realizó sus estudios secundarios en Ruan (Liceo Corneille) y superiores en Caen. Tuvo como profesor al filósofo Alain que le animó a tomar el camino de la escritura. Ante la perspectiva de tomar la dirección del negocio familiar, optó por la literatura.

Durante la I Guerra Mundial, sirvió como intérprete del Estado Mayor británico, lo que le familiarizó con el carácter y la cultura anglosajona.

En 1938 ingresó en la Academia francesa. Durante la II Guerra Mundial luchó por la Francia libre como capitán del ejército francés, y se refugió en Estados Unidos al negar su obediencia al gobierno pronazi de Vichy. Estuvo con las fuerzas aliadas en África del norte en 1943.

A su regreso a Francia, en 1946, siendo recibido con todos los honores, siguió escribiendo y llegó a alcanzar una avanzada edad, falleciendo a los 82 años el 9 de octubre de 1967.

Recibió en vida el homenaje del mundo intelectual —aparte de la admiración del público—, y, entre otras distinciones, la de académico, siéndole otorgada también la Gran Cruz de la Legión de Honor.

OceanofPDF.com

Notas

[1] «Venga a desayunar conmigo.» <<

[2] «¡Qué atenciones tiene usted, Francisca!» <<

[3] «Bueno, Bernardo, ¿qué tal le va?» <<

[4] «—Bernardo, vamos a dar una vuelta por el jardín. Este hombre es pesadísimo. No puedo soportarlo.

»—Tenga cuidado. A lo mejor habla inglés.

»—Desde luego que no. Sólo tiene que mirarlo.» <<

[5] Alusión a la novela de este título, de la que es autor Jean Giraudoux. <<

[6] Entiéndase «con medios improvisados». He forzado la traducción de *moyens de jortune* para poder conservar lo divertido de esta escena. (N. del T.) <<

[7] Alusión al título del famoso cuadro de Courbet. <<

[8] «—Tiene gracia, Bernardo, verle convertido a usted en un gran hombre de negocios. Todo el mundo dice que lo es usted.

»—No lo crea. Es que todo esto me divierte.» <<

OceanofPDF.com